



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

TRANSFORMACIÓN DE LAS FAMILIAS CAMPESINAS EN EL PROCESO DE
METROPOLIZACIÓN DE LA CIUDAD BOGOTÁ

YEIMMY VIVIANA OTÁLORA MOYA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

MAESTRÍA EN TRABAJO SOCIAL CON ÉNFASIS EN FAMILIA Y REDES
SOCIALES

2014



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

TRANSFORMACIÓN DE LAS FAMILIAS CAMPESINAS EN EL PROCESO DE
METROPOLIZACIÓN DE LA CIUDAD BOGOTÁ

YEIMMY VIVIANA OTÁLORA MOYA

Proyecto de tesis presentado para optar al título Magister en Trabajo Social con énfasis
Familia y Redes Sociales

Asesor

Leonor perilla Lozano Docente asistente Magíster en Ciencia Política y especialista en
Desarrollo Regional

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

MAESTRÍA EN TRABAJO SOCIAL CON ÉNFASIS EN FAMILIA Y REDES
SOCIALES

2014

Nota de aceptación

Firma del jurado

Firma del jurado

Bogotá, 6 de noviembre de 2014

DEDICATORIA

A la vida, a las oportunidades, al amor y a este camino transitado del que obtuve grandes aprendizajes, y

A ti Compañero incondicional, por permanecer a mi lado en los momentos más difíciles y ser mi cómplice en esta travesía de la vida.

AGRADECIMIENTOS

A todas personas que me apoyaron en este proyecto, especialmente a mi amiga Adriana Sánchez por su apoyo en el trabajo de campo y su amistad incondicional, a mis padres, hermanos, suegros, a mi directora Leonor Perilla por sus aportes, a la profesora Olga del Pilar Vásquez Cruz por asesoría y colaboración y a Jairo Andrés Pineda por su apoyo en el diseño gráfico del trabajo.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	14
PRIMERA PARTE: CONSTRUCCIÓN DE LOS REFERENTES TEÓRICOS, EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLÓGICOS	24
1 CONTEXTUALIZACIÓN DEL PROCESO DE METROPOLIZACIÓN DE LA SABANA OCCIDENTAL EN LA VEREDA SIETE TROJES, DEL MUNICIPIO DE MOSQUERA	25
1.1 El proceso de metropolización en la ciudad-región	25
1.2 La relación de la ciudad de Bogotá con la Sabana de Bogotá.....	27
1.3 Decisiones político-administrativas centro-periferia.....	28
1.4 Desigualdad social: segregación socio-espacial.....	33
1.4.1 Crecimiento desmesurado de Bogotá y metamorfosis de los territorios de la Sabana	35
1.4.2 La extensión global expresada en la local: transformación territorial y familiar de la vereda Siete Trojes (Mosquera)	41
2 CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DE LAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS	45
2.1 Indicios de la transformación de la familia colombiana en los siglos XX y XXI	45
2.1.1. Rasgos de las familias campesinas de los siglos XX y XXI	48
2.2. Perspectivas de la identidad en el contexto campesino	50
2.2.1. La tenencia de la tierra y la familia extensa en la identidad campesina de la región andina 53	
2.3. Concepciones generales de la economía campesina de los siglos XX y XXI.....	57
2.3.1. La economía campesina en el contexto colombiano	59
2.3.2. Efectos de la apertura económica en la economía campesina	62
2.4. Aprendizaje cultural de las relaciones de género	66
2.4.1. Las mujeres campesinas en la invención del Tercer Mundo	70
3. ABORDAJE EPISTEMOLÓGICO Y METODOLÓGICO DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	75
3.1. La acción profesional del trabajo social	75
3.1.1. Perspectiva epistemológica para la comprensión del objeto de estudio: una visión del construccionismo social	77
3.2. Diseño de la investigación: estrategias para el conocimiento de la realidad.....	81
3.2.1. Etapas de la investigación	82
3.2.2. Aportes del enfoque cualitativo.....	83
3.2.3. Entrevistas y cartografía social, procedimientos para la recolección de información	86
3.3. De la teoría a la práctica: tareas de la investigación social	91
3.4. Muestreo intencional	93

3.5.	Elementos, teoría fundamentada y diseño narrativo: enfoques del análisis e interpretación de la información.....	95
3.5.1.	Diseños narrativos.....	97
3.5.2.	Interpretación y descripción de la construcción social de la realidad de la vereda Siete Trojes.....	99
	SEGUNDA PARTE.....	101
	<i>Análisis e interpretación de la información</i>	101
4.	LAS NARRATIVAS DEL TERRITORIO.....	102
4.1.	Relatos de la vereda Siete Trojes: pasado y presente.....	103
4.1.1.	El pasado de la vereda.....	103
4.2.1.2.	El paisaje, el cultivo y el agua.....	104
4.2.2.	El rastrojo.....	105
4.2.3.	Celebraciones y relaciones vecinales.....	107
4.3.	El presente de la vereda Siete Trojes: cambios de tiempo y espacio.....	108
4.3.1.	Incidencia de las administraciones públicas en los cambios del uso del suelo.....	110
4.4.	Efectos de los cambios del uso del suelo en la cotidianidad de Siete Trojes.....	113
4.4.1.	Pérdida de las características rurales de la vereda siete trojes.....	114
4.4.2.	Agua que da vida.....	116
4.4.3.	De la vereda al barrio.....	120
4.4.4.	Cambios en las relaciones comunitarias de Siete Trojes.....	121
4.4.5.	La valorización predial.....	123
4.5.	Configuración de una nueva realidad territorial en la vereda Siete Trojes.....	124
4.5.1.	La inseguridad de Siete Trojes.....	124
4.6.	Permanencia en la vereda, según los sectores.....	127
5.	VOCES DE LA IDENTIDAD CAMPESINA.....	132
5.1.	Un vínculo entre la familia extensa y el territorio.....	132
5.2.	Primera generación: nacimientos en el curso de los decenios 1930-1960.....	134
5.2.1.	La última generación campesina de la vereda Siete Trojes.....	134
5.2.2.	“Atando los cabos” de la identidad campesina.....	135
5.3.	Segunda generación (nacimientos entre 1960 y 1970): la transición.....	137
5.3.1.	Transitando entre lo rural y lo urbano.....	138
5.4.	Tercera generación: nacimientos entre 1980 y 1990.....	139
5.4.1.	“Mi familia y yo siempre hemos vivido en la veredera Siete Trojes”.....	140

5.5.	Los cambios que configuran las transformaciones de la identidad campesina de la vereda Siete Trojes.....	142
6.	TRAYECTORIAS LABORALES	148
6.1.	El trabajo agrícola de las familias campesinas de la vereda Siete Trojes: primera generación	149
6.1.1.	Características del trabajo agrícola.....	150
6.1.2.	Precarización del trabajo agrícola y perspectivas de cambio laboral	152
6.2.	La transición en las actividades económicas: Segunda generación.....	155
6.3.	Tecnificación y especialización del trabajo: tercera generación	156
6.4.	Incidencia de los cambios del uso del suelo en el empleo del municipio de Mosquera..	157
6.4.1.	Trabajo en la vereda Siete Trojes después de la década de los 90	159
6.5.	Tradición y cambio.....	161
7.	Relaciones de género en el contexto cambiante de la vereda Siete Trojes.....	163
7.1.	“Mi papá y la fábrica de colchones”	163
7.1.1.	Las mujeres y la violencia de género	165
7.2.	El trabajo, las flores y el agua	168
7.2.1.	Leonice, la flora y el trabajo remunerado.....	170
7.3.	Nidia: “No trabajo, me dedico a la casa y al cuidado de mi hija”	172
7.3.1.	Nidia y el trabajo del cuidado.....	175
8.	CONCLUSIONES	180
9.	RECOMENDACIONES	185
	REFERENCIAS	186

LISTA DE IMÁGENES

Imagen 1. Crecimiento demográfico, 1993-2005.....	37
Imagen 2. Crecimiento demográfico del cinturón Anillo de la Sabana Cundinamarqués...37	
Imagen 3. Esquema 1. Polarización espacial.....	39
Imagen 4. Foto satelital de la vereda Siete Trojes (tomada de Google Earth).....	43
Imagen 5. Esquema Filiación y herencia.....	55
Imagen 6. Metodología de la cartografía social.....	91
Imagen 7. Proceso de codificación, fragmentación y segmentación de datos.....	96
Imagen 8. Análisis e interpretación de datos.....	100
Imagen 9. Mapa del pasado (decenio de 1960).....	104
Imagen 10. Georreferenciación del territorio de la vereda Siete Trojes.....	109
Imagen 11. Mapa del presente desde la década de los años 90.....	114
Imagen 12. Línea del tiempo.....	116
Imagen No 13: Matriz de análisis del agua antes de 1980 y después de 1990.	118
Imagen 14: Familia extensa sector Cajamarca.....	129
Imagen 15: Familia extensa sector Duque.....	129
Imagen 16: Familia extensa sector Mora.....	130
Imagen 17: Familia extensa sector Sopó.....	130
Imagen No 18. Redes familiares en la vereda Siete Trojes.....	133
Imagen No 19. Afectación del uso del suelo vs presión por vender.....	145
Imagen No 20. Modalidades del uso de la fuerza de trabajo.....	151

LISTA DE FOTOGRAFÍAS

Fotos 1 y 2. Trabajo de campo.....	93
Foto 3: Paisaje Vereda Siete Trojes 2012.....	107
Foto 4. Zona franca Montana sector Duque.....	110
Foto 5. Urbanización Colsubsidio sector Mora.....	110
Fotografías 6 y 7. Usos mixtos del suelo en la vereda Siete Trojes.....	115
Fotografías 8 y 9: pérdida de las características rurales y deterioro del agua.....	116
Fotografías Nos. 10-14. Huertas caseras de la vereda Siete Trojes.....	117
Foto 15 y 16: Calles sector Sopó.....	126
Fotos 17 y 18 Adecuaciones de suelos para la industria.....	127
Fotografías 19 y 20. Características rurales del sector Cajamarca.....	142
Fotos de los sectores 21 y 22: Prácticas agrícolas familiares del sector Cajamarca.....	143
Fotografías 24 y 25 sector Duque y barrio El Poblado.....	147

LISTA DE TABLAS

Tabla 1: Caracterización de la población entrevistada Tercera edad.....	134
Tabla 2: Caracterización de la población entrevistada adultas y adultos.....	137
Tabla 3. Caracterización de la población entrevistada jóvenes adultas-adultos y adolescentes.....	139
Tabla 4. Empleos intergeneracionales.....	160

RESUMEN

Las nuevas expresiones territoriales y culturales de la población campesina de los municipios aledaños a la ciudad de Bogotá son el producto del proceso de la integración territorial entre la ciudad y la región. La expansión, la conurbación, la densificación y la suburbanización son algunos de los procesos que han consolidado el fenómeno urbano denominado metropolización.

Entre los principales efectos de la metropolización se manifiesta el cambio del uso del suelo en las zonas rurales de los municipios cercanos a la ciudad, donde habita una población campesina caracterizada por su relación con el territorio, la permanencia de los lazos familiares y sociales, la subsistencia familiar mediante el trabajo agropecuario y el sentido de pertenencia al entorno, rasgos fundamentales para el análisis que se propone hacer esta investigación.

El estudio realizado en la vereda Siete Trojes, ubicada en el municipio de Mosquera (Departamento de Cundinamarca), muestra la incidencia del proceso de metropolización en la identidad campesina de las familias que transitan del mundo rural al mundo urbano y donde los mecanismos de subsistencia igualmente cambian del trabajo agrícola al empleo asalariado, mientras las relaciones de género aún se sostienen en la estructura de la división sexual del trabajo, agudizada por la transformación del territorio invocando nuevas prácticas familiares, culturales y económicas en región.

Palabras claves: metropolización, cambio, transición, transformación, identidad campesina, trabajo, relaciones de género.

ABSTRACT

The new territorial and cultural expressions of the rural population of the surrounding municipalities to Bogotá are the product of the process of territorial integration between the city and the region. The expansion, the conurbation, densification and suburbanization are some of the processes that have consolidated urban phenomenon called metropolization. Among the main effects of metropolization change of land use is manifested in rural areas close to the city municipalities, home to a rural population characterized by its relationship with the territory, the permanence of family and social ties, family subsistence by agricultural work and the sense of belonging to the environment, fundamental characteristics for the analysis proposed doing this research.

The study on the sidewalk Seven Trojes, located in the town of Mosquera (Department of Cundinamarca) shows the impact of urbanization process in rural identity of the families that travel from rural to urban world and where coping mechanisms also change of agricultural labor to wage employment, while gender relations still hold in the structure of the sexual division of labor, exacerbated by the transformation of the territory invoking new family, cultural and economic practices in region.

Keywords: metropolis, change, transition, transformation, rural identity, work, gender relations.

INTRODUCCIÓN

El crecimiento de Bogotá más allá de sus límites ha implicado el paso a nuevas expresiones sociales, culturales, económicas y territoriales en los municipios del área periférica de la ciudad, y a la vez conducido a procesos de transformación del territorio y de las identidades culturales de la población asentada en las zonas rurales. Es un proceso que ocurre en el marco de la metropolización, fenómeno que viene configurando nuevas realidades en los municipios sabaneros, en los cuales imprime la lógica de la superposición urbana sobre el escenario rural.

El proceso de desbordamiento de la ciudad hacia la periferia, conocido como metropolización, empieza a evidenciarse en el año 1954, cuando se crea el Distrito Especial de Bogotá mediante el Decreto legislativo 3640 de 1954, en cual se anexan a la ciudad capital los municipios de Bosa, Engativá, Fontibón, Suba, Usme y Usaquén, lo cual proyecta –en la visión de futuro– el desarrollo de la ciudad sobre un territorio de 163.575 hectáreas (Jiménez, 2009).

El fenómeno puede apreciarse de la siguiente manera: extensión de la ciudad en el sur, principalmente en límites con el municipio de Soacha; en el norte, con los municipios de Cota, Chía y Cajicá, y hacia el occidente en los municipios de Funza, Mosquera, Facatativá y otros restantes, como Tabio, Sopó y La Calera (González y Aldana, 2004).

Producto inmediato de estos cambios fue el incremento demográfico del Distrito Capital, cuya población pasó de 831.000 habitantes en 1951 a 6.776.000 en 2005, es decir, aumentó en cerca de seis millones en el curso de solo 54 años; en otras palabras, en un poco más de medio siglo la ciudad incrementó ocho veces su tamaño inicial (Dane, 2005).

En la misma proporción en que aumentó la población distrital, paralelamente crecieron los municipios vecinos de Bogotá. Mosquera, territorio donde se efectuó este estudio, es uno de los municipios que registra mayor aumento poblacional. De acuerdo con el censo de 1993, sus habitantes eran 24.005, que hacia 2005 se habían transformado en 63.226, de los cuales el noventa por ciento habían nacido en otros municipios (Plan de desarrollo de Mosquera, 2008).

El crecimiento acelerado de la ciudad de Bogotá se enmarca en los efectos de la globalización y las políticas neoliberales que condujeron el modelo económico del país a la libre competencia, la apertura económica y la alta productividad, concentradas en las grandes urbes y que dejó de lado la capacidad cultural y económica de las zonas rurales.

Las actuales condiciones del territorio de Mosquera, especialmente en la vereda Siete Trojes, permiten relacionar y analizar las transiciones de la familia campesina en medio del proceso de metropolización; otros estudios hechos en el contexto latinoamericano y colombiano evidencian asimismo los diversos efectos que tiene el crecimiento de la ciudad más allá de sus límites sobre su entorno ambiental, así como en las prácticas sociales, económicas y culturales de los habitantes de la región.

Una muestra de la transformación de la familia campesina en el marco de la urbanización del territorio rural se encuentra en la localidad de Emilio Portes Gil, ubicada en San Felipe del Progreso, región central de México, donde las familias tradicionalmente vinculadas a la agricultura del maíz testimonian de qué manera los cambios y las adaptaciones familiares y comunitarias añadieron nuevos desafíos a la supervivencia de las familias campesinas (Torres, 2008).

La actividad agrícola aparece más como una acción ligada a la identidad rural que como un verdadero mecanismo de supervivencia familiar, a causa del bajo valor económico del maíz y demás productos agrícolas; sin embargo, esa identidad agrícola se va extinguiendo con el paso de las generaciones, en razón de la escasa disposición de tierra y el alto costo de los componentes de la producción, al tiempo que se reduce el precio de los productos en los mercados y descenden los índices de identidad cultural, todo ello bajo la influencia de la globalización, que desplaza consumos tradicionales, como el maíz, y posiciona otros de menor valor nutricional y cultural, como la Coca Cola, que empiezan a ocupar un lugar privilegiado en los imaginarios culturales de los pobladores (Torres, 2008).

En el caso de la población de vallecaucana de “El Hormiguero”, aledaña a Cali, la progresiva expansión urbana sobre su territorio puesta en marcha en los últimos años ha propiciado la construcción de colegios, universidades y clubes de recreación, y a su lado la

proyección de elegantes condominios, un basurero, una cárcel y un gran aparcadero de buses del sistema integrado de transporte “MIO”. Tales proyectos urbanísticos repercuten significativamente en la población que tradicionalmente han habitado el lugar y ponen en riesgo la permanencia de la cultura y la organización social campesinas (Torres, Gaona y Corredor, 2012).

En estos territorios de alta transición, la ruralidad ha cambiado y, de un modelo basado en una agricultura de pequeña y mediana escala, ha pasado al paradigma del crecimiento económico afianzado en la construcción de un nuevo territorio, ahora determinado por la expansión de la ciudad hacia la periferia.

Los cambios experimentados por el medio rural como resultado de los procesos de conurbación y metropolización introducidos al amparo de la expansión y el crecimiento de la ciudad se extienden a sus estructuras productivas, sociales e institucionales. En ese nuevo marco se originan las transformaciones de la organización social, así como el funcionamiento y las estrategias de reproducción empleadas por las familias rurales. Los antecedentes de los estudios de la familia rural resaltan la importancia histórica de adelantar su análisis, tanto para la comprensión de la naturaleza de los procesos sociales rurales como para la orientación de las diversas transformaciones del desarrollo rural (Sumpsi y Mora, 2004).

La presente investigación analiza la relación entre la familia y el territorio afectado por el proceso de metropolización, que va cambiando paulatinamente sus características medioambientales y socio-culturales para integrarse a una nueva cotidianidad urbana que va permeando las diferentes esferas de la tradición campesina, la cual, al modificarse su entorno inmediato, también se transforma.

En este sentido, la desarticulación familiar operada por una apropiación excluyente, unida a los procesos de urbanización y al desplazamiento forzado de población, atenta contra la organización familiar campesina y deja a los miembros del grupo familiar sin una identidad clara, cargando un proyecto de vida anclado en el pasado y en su tradición y exponiendo a

la población a la pobreza y la marginalización, cuando tradicionalmente ella había funcionado como una comunidad de productores de su propia existencia.

Esta problemática refleja el hecho de que, en la vida de la población campesina, el usufructo y el aprovechamiento de la tierra es cada día menor, a medida que disminuye la tenencia del suelo y la reduce a vivir en barrios informales, exponiendo su seguridad y su soberanía alimentaria y disminuyendo las posibilidades de autosostenimiento y comercialización a baja escala de sus productos. Se trata de aspectos críticos que se agudizan con los cambios en el uso del suelo, que imprimen una nueva lógica de vida en las poblaciones del campo.

Las evidentes transformaciones suscitadas en los últimos años en el ámbito territorial y cultural de los municipios aledaños a la ciudad de Bogotá llamaron nuestra atención. En el caso el municipio de Mosquera han tenido una alta incidencia sobre el suelo rural, que desde la década de los años 90 ha tenido un nuevo destino y pasado de una vocación agrícola al uso industrial y urbano. Este estudio solo pretende describir y analizar los cambios, transiciones y transformaciones que se han operado en las características de la familia campesina residente en la vereda Siete Trojes, del municipio de Mosquera, derivadas de ese proceso de metropolización.

La incidencia en los cambios del uso del suelo y en los estilos de vida de las poblaciones tradicionalmente campesinas da origen a las nuevas realidades que experimentan las familias asentadas al margen de la ciudad y que empiezan a transitar en medio de dos escenarios –el rural y el urbano–, con la característica particular de que la introducción de la urbe sobre los municipios aledaños ejerce mayor fuerza en el cambio de la cultura campesina respecto de la transformación del territorio.

Por esa razón la pregunta que orientó la investigación fue esta: a partir del decenio de 1990, ¿cuál ha sido la incidencia del proceso de metropolización en las familias campesinas residentes en la vereda Siete Trojes en cuanto a la identidad campesina, las actividades económicas y las relaciones de género?

Para encarar la tarea nos propusimos como objetivo central realizar un análisis descriptivo de la relación entre el proceso de metropolización y las transiciones operadas en las características de la familia campesina asentada en la vereda con relación a tres categorías de análisis: la identidad, el trabajo y las relaciones de género.

Para alcanzar esta meta se formularon tres objetivos específicos orientados a: I) contextualizar la huella del proceso de metropolización del territorio urbano-rural; II) establecer los aspectos centrales de tal proceso, basados en la percepción de las familias que habitan la vereda; y III) definir los principales rasgos que los habitantes de la vereda asignan a la identidad, las relaciones de género y el trabajo en el proceso de metropolización.

El desarrollo de estos objetivos aporta información relevante para entender mejor los procesos de transformación de la familia campesina y su territorio, y, en este sentido, la pertinencia social en el abordaje de la metamorfosis regional radica principalmente en la comprensión de los cambios de las prácticas de sobrevivencia de las poblaciones campesinas afectadas por las nuevas concepciones económicas, culturales, políticas y sociales del sector rural, así como por el deterioro de las zonas de protección del agua, el aire y la provisión de alimentos.

La idea es adelantar un proceso investigativo que, apoyado en las narrativas y las experiencias locales, revele la repercusión de la expansión de la ciudad sobre la región, que está presente en la creación de políticas públicas y planes de desarrollo y de ordenamiento territorial, en los cuales puedan valorarse los resultados del cambio provocado en el aprovechamiento del suelo, en términos sociales y ambientales.

De esa manera, una serie de variables que no han sido tradicionalmente consideradas en la observación de este fenómeno resultan fundamentales para el estudio de estos procesos de integración. Nos referimos a la identidad que se gesta en la relación con el territorio y sus prácticas socioculturales; las conflictividades que determinan nuevas prácticas familiares con relación al actual escenario territorial y la integración a una realidad más amplia (la ciudad) que suscita nuevos retos sociales.

Por tratarse de un asunto que debe ser analizado con base en las narrativas y experiencias de los sujetos, los interrogantes y los objetivos de la investigación se abordaron siguiendo los siguientes procedimientos metodológicos:

- a) Metodología cualitativa abierta y flexible, encaminada a abordar la problemática de las familias en proceso de transformación en la vereda Siete Trojes.
- b) Trabajo empírico desarrollado con las técnicas de la entrevista semi-estructurada, la cartografía social en la elaboración de mapeos participativos y la técnica de los grupos focales para la creación de la línea del tiempo.

El trabajo documental fue transversal a todo el proceso de investigación y se orientó fundamentalmente en la búsqueda de información en torno a dos aspectos básicos para el estudio: la configuración del proceso de metropolización y la definición teórica de las categorías de análisis “identidad campesina, trabajo y relaciones de género” en la escena rural.

Para demostrar la transformación progresiva de las familias campesinas, la investigación la divide en dos partes. La primera, relacionada con las referencias teóricas, alude a la construcción teórica y metodológica de la investigación y se desglosa en tres capítulos: a) la contextualización del proceso de metropolización de la ciudad de Bogotá; b) las referencias teóricas del campesinado del siglo XX y XXI, y c) el abordaje epistemológico y metodológico del estudio.

El primer capítulo analiza el proceso de metropolización, que pone en evidencia los problemas de la expansión de la ciudad hacia la periferia, asociada a factores como:

- a) El aumento de la población de la ciudad y de municipios aledaños.
- b) La orientación de los modelos urbanos de crecimiento encontrados en Bogotá y enfocados en los procesos de extensión de la ciudad hacia los municipios del primer anillo demográfico ocurridos en el decenio de 1980 (propuesta urbanística del estadounidense Currie).

c) La polarización del espacio que divide sustancialmente la ciudad y la periferia, según los usos y la valorización del suelo.

d) Las decisiones político-administrativas de la ciudad y los municipios vecinos que han favorecido al centro sobre la periferia, especialmente en la formulación de los planes de ordenamiento territorial.

La combinación de los anteriores factores determina el proceso de metropolización, que en el caso la vereda Siete Trojes se ha evidenciado en el cambio de las características de las familias campesinas en términos de identidad, actividades económicas y relaciones de género.

Para comprender la evolución experimentada por la metropolización se profundiza en la metamorfosis territorial asociada a los procesos de extensión de la ciudad, con sus respectivas consecuencias. Igualmente se aborda la concepción de ciudad-región, que estipula la nueva organización territorial y administrativa de Bogotá con la región de Cundinamarca.

A medida que la ciudad de Bogotá se va desbordando hacia la periferia, poco a poco se vislumbra el proceso de metropolización, y en esta misma dirección aumentan los estudios y publicaciones donde se menciona el impacto de las reformas territoriales en el proceso de integración territorial. No obstante, una de las características de la producción documental es el enfoque de corte planificador y técnico de los estudios de las entidades territoriales de la ciudad, los cuales se centran en la visión de centro-periferia.

Con apoyo en otras perspectivas del trabajo social y las ciencias sociales, se determinan las categorías de análisis de la “identidad campesina”, las “relaciones económicas o trabajo” y las “relaciones de género”, aspectos que resultaron fundamentales para conocer las interacciones socio-culturales que las familias han construido en la historia social del territorio.

En la segunda parte del documento se presenta el análisis del trabajo empírico y se evidencian las principales transformaciones operadas en el territorio y en la cultura de la población de la vereda Siete Trojes. Este análisis se vierte en los siguientes cuatro

capítulos: a) narrativas del territorio, b) voces de la identidad campesina, c) trayectorias laborales, y d) relaciones de género.

El capítulo “Narrativas del territorio” recoge la historia de la vereda Siete Trojes desde la década de los años 60, relatada con base en los recuerdos y las percepciones de familias que han tenido presencia allí en el curso de tres generaciones. Basados en sus memorias, se construye el antes (1960) y el después (1990) de la vereda, en un espacio que resalta aspectos fundamentales del cambio operado, como el territorio, las relaciones vecinales, las acciones de liderazgo y las actividades culturales y sociales.

En el capítulo “Voces de la identidad campesina” se intenta una construcción colectiva de la “cultura campesina”,¹ presente en los relatos de abuelas y abuelos, padres e hijos y que es transformada por las prácticas de la vida urbana.

Sucesivamente, el capítulo “Trayectorias laborales” establece la disyuntiva entre “el trabajo agropecuario versus el trabajo industrial”. La transformación de las actividades económicas de la vereda se advierten en las transiciones de la economía campesina de autosostenimiento al trabajo asalariado, con las implicaciones sociales y económicas que ese cambio de actividad tiene en las familias campesinas.

El último capítulo presenta las relaciones de género en el proceso de metropolización y da a conocer los dilemas entre el trabajo remunerado y el trabajo del cuidado en las condiciones de marginación del trabajo doméstico y el trabajo asalariado, analizadas desde la óptica de la división sexual del trabajo y el contexto cambiante de la vereda Siete Trojes.

A partir del análisis teórico documental, se presentan los resultados del análisis del *corpus* o conjunto de datos producto del trabajo de campo. Allí se describen y analizan a profundidad las dinámicas del cambio, junto con la transición y la transformación de la población rural de la vereda Siete Trojes.

¹ “La noción de cultura consiste no solo en creencias y valores, sino también las prácticas, hábitos y formas de hacer las cosas que piensan producto del sentido común” (Engle, 2010).

Para los propósitos de esta investigación se elaboró una distinción conceptual de las tres nociones –cambio, transición y transformación–, resultantes de la observación del trabajo de campo y del análisis de las narrativas de la población.

Por lo tanto, el “cambio” se considera como una “variación, sustitución o remplazo que refiere el paso de una condición a otra; por ejemplo, los cambios de los horarios laborales o el lugar de trabajo.

La “transición” se puede comprender como el tránsito o estado intermedio entre un modo de vida campesino y un estilo de vida urbano. Por lo general, este modo de vida varía como resultado de un conjunto de cambios, que posteriormente se manifiesta en las “transformaciones”.

Para esta investigación, las transformaciones son consideradas como la sumatoria de cambios que dan como resultado la mutación de una entidad a otra, como en el caso del gusano de seda, que experimenta diversos cambios para transformarse en mariposa (Metáfora de la mariposa. Morán, 1996).

En este sentido, el “cambio” puede presentarse a corto plazo, como en el caso de los usos del suelo del municipio de Mosquera, en el cual estos procesos configuran la transición de la vereda al barrio o del trabajo agrícola al trabajo urbano, y que con el paso del tiempo se presenta como una transformación territorial y cultural. Es decir, que la transformación es progresiva y contempla el conjunto de cambios que dan paso a la nueva realidad.

Finalmente, el documento plantea una serie de conclusiones y recomendaciones que responden a la pregunta sobre los objetivos, donde se sintetizan los resultados de la investigación en tres campos de reflexión: los cambios, las transiciones y las transformaciones, que condensan en cada proceso los aspectos más importantes con relación con la familia y el territorio.

**PRIMERA PARTE: CONSTRUCCIÓN DE LOS REFERENTES TEÓRICOS,
EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLÓGICOS**



1 CONTEXTUALIZACIÓN DEL PROCESO DE METROPOLIZACIÓN DE LA SABANA OCCIDENTAL EN LA VEREDA SIETE TROJES, DEL MUNICIPIO DE MOSQUERA

1.1 El proceso de metropolización en la ciudad-región

La progresiva transformación territorial de los municipios aledaños a Bogotá ha afectado década tras década importantes porciones del territorio de la Sabana de Cundinamarca, provocando cambios significativos en las expresiones sociales, familiares y ambientales de la región.

Los cambios, las transiciones y las transformaciones presentes en el territorio de la Sabana están asociados principalmente a dos contextos. El primero es la influencia del modelo de desarrollo económico orientado en términos de centro-periferia, que da protagonismo al sistema productivo capitalista respecto de la economía campesina. El centro concentra los conceptos de tecnología, ciencia y capital y la periferia es considerada como extensión al servicio de la ciudad o como un lugar deshabitado o de baja densidad poblacional y atrasado, debido a las prácticas tradicionales del trabajo de la tierra.

Desde este punto de vista, el escenario rural es dibujado como el espacio vacío o el lugar de los salvajes (Escobar, 2009), gentes sin educación que viven en el atraso y que por ende hacen una utilización inadecuada de su territorio, ya que su objetivo al permanecer en él no es la explotación masiva sino el autosostenimiento. Por su parte, el pensamiento desarrollista² estima que las poblaciones campesinas e indígenas carecen de tecnificación y viven a la sombra de la modernidad.

En este sentido, desde la óptica del modelo de desarrollo se postula a las ciudades como foco de la fundación y la expansión ideológica, política, económica, social y cultural del pensamiento desarrollista-capitalista, que trae implícitas diferencias sociales y jerarquías

² En esta investigación el término “desarrollo” se refiere al conjunto de políticas económicas que sostienen que el modelo económico debe estar fundamentado en el crecimiento económico del país con base en la productividad y competitividad de las “locomotoras” del desarrollo (agro-industria, proyectos mineros, construcción, etc.).

territoriales impuestas por el pensamiento occidental del “primer mundo” para el “tercer mundo”.

El acelerado crecimiento de la ciudad de Bogotá sobre el suelo de la periferia ha ocasionado el desbordamiento demográfico e industrial (fenómeno denominado metropolización) sobre los municipios de la Sabana del occidente: Mosquera, Funza, Madrid y Facatativá. La metropolización de Bogotá se ha caracterizado principalmente por la extensión y conurbación de las zonas rurales de los municipios de la Sabana.

El fenómeno se origina especialmente como consecuencia de la relación jerárquica establecida entre centro y periferia, donde el cuidado y la protección del medio ambiente quedan a la deriva frente al auge de los procesos de urbanización e industrialización.

En el caso de Mosquera, Madrid y Funza, sus relaciones sociales, administrativas, comunitarias y políticas han sido determinadas con base en la lógica del centro-periferia, que ha marcado las formas de apropiación del territorio y el modelo ideológico del desarrollo, es decir, el valor y el significado que los pobladores, planificadores y administradores le brindan a la región de acuerdo con las características y propiedades del territorio. Por ese motivo, estas visiones son fundamentales en el análisis de la transformación de la familia campesina, en cuanto que permiten identificar el valor que cada actor social le asigna al municipio y la vereda respecto de su cercanía con la gran ciudad.

En la construcción del espacio de la vereda Siete Trojes se ha establecido una doble interacción: por una parte, el comportamiento de sus pobladores incide en las características del territorio y, por la otra, las características del territorio influyen en la acción humana; de ahí que la transformación del territorio modifique las prácticas sociales, y viceversa.

Uno de los principales factores que ha repercutido en la transformación territorial y familiar es el crecimiento acelerado de la ciudad de Bogotá, la cual se ha expandido más allá de sus límites y absorbido los suelos fértiles de la Sabana. Por lo tanto, al crecer apresuradamente, descarga altos volúmenes poblacionales sobre los municipios cercanos.

En el periodo 1993-2005 los municipios cercanos a Bogotá, como Mosquera, han duplicado su población; a su vez, municipios como Tabio, Tocancipá, Chía, Gachancipá, Sopó, Cota y Soacha presentaron tasas de crecimiento superiores a la nacional (Secretaría de Planeación Distrital, 2010).

El mayor crecimiento anual de la población en los municipios de la primera área de influencia corresponde a Soacha (14,6%), la sabana del Occidente (13,3%), la sabana del Centro (12,4%) y la región de Sumapaz (10,3%). Los municipios externos al primer anillo tuvieron tasas de crecimiento negativas, mientras Soacha, Chía, Girardot, Facatativá y Fusagasugá presentaron un aumento anual superior al 2,5%. El dato puede asociarse a los procesos de migración desde las regiones periféricas hacia los alrededores de Bogotá (Ardila, 2003)

Debido a estas nuevas realidades territoriales en la integración de la región con la ciudad de Bogotá, se configura de manera paulatina la transformación de las formas de uso del suelo y de los patrones de asentamiento humano. El principal rasgo de identificación es la nueva configuración estructural del territorio por la vía de la metropolización de la Sabana, caracterizada por el crecimiento demográfico e industrial de los municipios cercanos (Barco, 1998).

1.2 La relación de la ciudad de Bogotá con la Sabana de Bogotá

En los inicios de los años cincuenta la ciudad de Bogotá se encontraba a punto de convertirse en el Distrito Especial que es hoy. Bajo el gobierno del general Rojas Pinilla, en el año 1954 y mediante la respectiva Resolución administrativa, Bogotá integra a los municipios de Usme, Fontibón, Engativá, Suba y Bosa y da así un paso importante en el proceso de metropolización, entendida como la explosión incontrolable de la ciudad hacia las periferias, proceso que se desarrolló en los decenios que siguieron.

La integración territorial de la ciudad con la región promueve dos posturas contradictorias. Por una parte, aparece una ciudad desde la cual la región se ve como un ente impersonal y carente de gobernabilidad municipal, que integra todos los rasgos culturales y sociales de la

Sabana; por la otra, la región percibe a Bogotá como una amenaza, como un gigante indiferente que arrasa sin conciencia a la región (Cavelier, 1992. Citado por Ardila, 2003).

Esta visión antagónica que comparte las dos realidades territoriales de “ciudad y región” es construida con base en el paradigma desarrollista, que pone en primer lugar la competitividad de las ciudades respecto de lo que ofrece la región y que usufructúa principalmente los suelos de la Sabana y cambia sus usos tradicionalmente agrícolas para convertirlos en industriales o urbanos.

Tales decisiones, que por lo general se adoptan desde el centro y hacia la periferia, han tenido efectos devastadores en la descomposición del tejido social de las comunidades rurales de la Sabana y efectos negativos en la protección de los recursos naturales, comenzando por los hídricos.

Esta concepción disímil de la ciudad y la región establece una jerarquía territorial sustentada en la supremacía de la ciudad respecto de las diversas realidades que componen el mundo rural, las cuales, una vez invisibilizadas y desvalorizadas por la mentalidad desarrollista, quedan rezagadas al configurarse como antagonistas de los propósitos de la modernidad y el desarrollo.

Desde este punto de vista, el espacio rural se convierte en una especie de obstáculo para la materialización del proyecto desarrollista, ya que las lógicas de las poblaciones rurales, especialmente del campesinado, se fundamentan en la subsistencia y la trasmisión cultural del trabajo agrícola, dirigidas a garantizar generacionalmente la supervivencia de los grupos familiares. Por ende, el proyecto de vida del campesinado se sustenta en el autosostenimiento en condiciones dignas (menor dependencia del mercado) y no en la acumulación del capital.

1.3 Decisiones político-administrativas centro-periferia

En la consolidación de la ciudad-región, la percepción centro-periferia ha sido adoptada y nutrida por los urbanistas y los planificadores de la ciudad. En ese sentido, las dinámicas territoriales de la ciudad respecto de la región plantean una serie de consideraciones.

A comienzos de los años cincuenta, las decisiones sobre la planificación de la urbe se inspiran en el modelo urbanístico de la densificación, que consolida el crecimiento urbano en predios de la misma ciudad y mediante la construcción de las viviendas multifamiliares. Tal modelo urbanístico implicaba un crecimiento denso en torno de lugares de empleo múltiple, o sub-centros, promovidos por el Estado para disminuir el desplazamiento y los costos de movilización de los ciudadanos. El modelo puesto en marcha en 1950 se orientó a la luz de los aportes del arquitecto franco-suizo Le Corbusier y se denominó como Plan Piloto, y en 1953 los arquitectos Wiesner y Sert propusieron el plan regulador de la ciudad capital. (Cede-CCB, 1998).

Posteriormente, en los inicios del decenio de 1970, el modelo urbanístico de crecimiento de la ciudad, cambia hacia el inspirado en el economista estadounidense Lauchlin Currie, quien se centró en la extensión de la ciudad hacia las áreas periféricas y apostó por su construcción como motor de desarrollo de la ciudad y del país.

Los “estudios para una ciudad en marcha” presentados a manera de balance por el alcalde Virgilio Barco (1966-1969) dejan ver claramente los principios básicos de la estrategia diseñada por Currie, quien tenía interés en propiciar el desarrollo urbano y general del país (Cortés, 2007). En la puesta en marcha de este objetivo, Cortés enuncia los siguientes lineamientos (2007):

a) *Acelerar el crecimiento como condición del desarrollo* (Currie, 1974). Para la implementación de esta estrategia debía permitirse e incentivarse la expansión de las grandes ciudades, acelerando el proceso de urbanización del país y ubicando al sector de la construcción como eje fundamental de la economía nacional;

b) *Lograr un desarrollo urbano concentrado*. Esta intención se fundamentaba en la formulación de políticas y lineamientos encaminados al ordenamiento del territorio, a fin de superar problemas como la dotación de servicios, la movilidad y la conexión de los habitantes con sus lugares de trabajo;

c) *Descentralizar* las actividades típicamente urbanas (monocentricas) para acercar a la población a las fuentes de trabajo y disminuir la distancia, la frecuencia y el tiempo invertido en los viajes;

d) *Densificar* el territorio urbano, lo que implicaba provocar un cambio en el patrón habitacional y pasar de viviendas unifamiliares a multifamiliares de alta densidad.

Una vez hecha la intervención de Currie en el proceso urbanístico de Bogotá, se despliega una serie de estudios de desarrollo urbano denominados sucesivamente Fase II, Plan de estructura para Bogotá; Estudio Ciudad (1972-1979); Estudio Cede-Orstom (1973-1993)³ y Misión Bogotá Siglo XXI (1992). Tales investigaciones aportaron datos significativos respecto de las trayectorias residenciales, las relaciones de la ciudad de Bogotá con el departamento de Cundinamarca, la oferta y la demanda de infraestructura y el crecimiento poblacional y los procesos de segregación social. Los aportes de los estudios se proyectaron en el Plan Estratégico Bogotá 2000 (1993-1996), cuyo objetivo era “Ciudad moderna, competitiva, atractiva e industrial”.

Por el mismo tiempo apareció la Ley 388 de 1997, “por la cual se modifican la Ley 9 de 1989 y la Ley 3 de 1991 y se dictan otras disposiciones”. Ella define los mecanismos para que los municipios promuevan el ordenamiento de su territorio, y sus medidas se basaron en los siguientes puntos: a) tránsito del campo a la ciudad, b) municipalización de la gestión urbana, c) financiamiento de atributos urbanos básicos, d) obligatoriedad y conveniencia de recuperar el sentido de la planeación, y e) recuperación de la facultad expropiatoria sobre el suelo (Departamento Nacional de Planeación-Misión del sistema de ciudades, 2013).

El tránsito del campo a la ciudad es un hecho crucial en la transformación del territorio y de la identidad de las familias campesinas, las cuales, en medio del proceso de metropolización, han tendido a cambiar drásticamente sus estilos de vida para dar paso a las nuevas realidades urbanas, que son legitimadas mediante los permanentes cambios introducidos en los sucesivos planes de ordenamiento territorial.

³ Centro de Estudios para el Desarrollo Económico. Universidad de los Andes-Office de la recherche scientifique et technique outre-mer.

Desde esta óptica, la política de desarrollo urbano⁴ hace un balance de la implementación de los primeros Planes de Ordenamiento Territorial (POT), operación en la cual se identifica la “escasez de suelo urbanizable”, la informalidad de los procesos de urbanización y el déficit de vivienda, aspectos que determinan las características del sistema urbano de Colombia. Con base a estos criterios se mide la necesidad de suelo y se calcula una demanda de 3.565 hectáreas anuales para las cinco ciudades principales (Departamento Nacional de Planeación-Misión del Sistema de Ciudades, 2013).

Las últimas decisiones político-administrativas se reflejan en el plan de gobierno “Bogotá Humana 2012-2016”, del actual alcalde Gustavo Petro, que mediante el Decreto 364 de 2013 compila las disposiciones contenidas en los decretos distritales 619 de 2000, 469 de 2003 y 10 de 2004 y modifica las normas urbanísticas del Plan de Ordenamiento Territorial (Secretaría de Planeación Territorial, 2012).

Esta modificación se efectuó con la idea de retornar al modelo de crecimiento de la ciudad hacia adentro e incluyó una mayor protección de las zonas rurales de la periferia de la ciudad, así como una mayor protección y atención a la población campesina del Distrito Capital de Bogotá. El nuevo POT se fundamenta en los cambios demográficos sufridos por la capital y presentados en las proyecciones del censo población de 2005, así como en una protección ambiental que tenga en cuenta el cambio climático y la gestión de riesgo (Secretaría de Planeación Territorial, 2012).

A excepción del actual POT, los modelos urbanísticos se han centrado en el desarrollo de la ciudad, principal escenario de las sociedades occidentales, el cual deja de lado los efectos sociales, ambientales y económicos descargados sobre los municipios aledaños en el curso de los procesos de expansión de Bogotá, que van absorbiendo el suelo rural a tono con el crecimiento acelerado de la metrópoli.

⁴ La política de desarrollo urbano manifiesta en la Ley 388 1997 se expide en el documento Conpes 3305 de 2004.

El ejemplo de Bogotá es recogido por los municipios vecinos, que en sus planes de desarrollo del ordenamiento territorial introducen ahora distintas políticas encaminadas a la integración regional, que especialmente miran hacia la capital del país.

Esto es evidente, por ejemplo, en el POT del municipio de Mosquera, que señala como objetivo prioritario “facilitar la integración del municipio con la región” (POT de Mosquera, 2000); el POT de Chía, por su parte, establece como política “la inserción del municipio de Chía, como centro prestador de servicios, en el modelo agropolitano propuesto para la región, soportado en su posición estratégica”, y señala como estrategias regionales las de “concertar con el Distrito Capital y con los municipios circunvecinos la construcción del modelo de desarrollo regional” (POT de Chía, 2000).

Por su parte, el cambio en el uso del suelo implantado en el municipio de Mosquera se corrobora al aproximarse al plan de ordenamiento territorial del municipio del año 2000 y su modificación en 2007, especialmente en relación con las veredas San Jorge y San Francisco.

En el POT de Mosquera del año 2000 se establece que, en el caso de las veredas de San Jorge y Siete Trojes, se emprende un cambio del uso del suelo, tradicionalmente agrícola, al de zona industrial rural y suburbana; de la misma manera, la vereda San Francisco, de rural y agrícola, se convierte en zona rural agroindustrial, y si bien en la modificación del POT de 2007 se mantiene el mismo aprovechamiento, se señala:

A pesar de que parte de la vereda San Francisco ha venido sufriendo los impactos de la expansión desordenada de Bogotá por el sector de El Tintal, su límite con el río Bogotá y por consiguiente con la ciudad capital, y lo retirado del centro del municipio, aunado a los estudios presentados por los propietarios de los terrenos y de gremios como la Andi y la Zona Franca de Bogotá, se ha considerado que el uso principal de parte de la vereda San Francisco continuará siendo agroindustrial (Decreto 053 de 2007).

En el proceso de integración territorial empiezan a observarse los cambios operados en el ámbito cultural, económico, ambiental y social de la región. En este sentido, la planificación de la ciudad, la búsqueda de recursos naturales sin previa consulta o

participación de los municipios vecinos, la pérdida de autonomía y la disminución de la capacidad de acción de los municipios frente al avance de la ciudad son los aspectos negativos de la unión territorial (Cavelier, 1992. Citado por Ardila, 2003).

A pesar de la mirada polarizante de *la ciudad versus la región*, se puede observar que las expresiones sociales de los habitantes de la región y de la ciudad se manifiestan de manera recíproca, al no distinguir jerarquizaciones en el territorio; en la búsqueda constante de una mejor calidad de vida, las conexiones sociales se han construido mediante el acceso a las oportunidades que los municipios brindan a los capitalinos, y viceversa, como afirmara Virgilio Barco, alcalde de Bogotá en el lapso 1966-1969:

“[...] es necesario admitir que una gran cantidad de residentes en Bogotá trabajan o estudian en alguno de los municipios cercanos, y que las relaciones de dependencia han creado nuevos lazos, donde los municipios juegan un papel importante como generadores de empleo u oferentes de servicios que ya son imposibles de obtener en la ciudad (alto costo de la tierra en Bogotá, bajo en los municipios, dificultades de espacio en la ciudad, mejores condiciones en los municipios)” (citado por Ardila, 2003, p. 292).

Como una alternativa de “escape” de las tensiones que se experimentan en la ciudad, los municipios aledaños ofrecen facilidades de recreación, esparcimiento y descanso. A pesar de eso, el punto de vista de la gobernabilidad percibe las relaciones de la ciudad con la región especialmente como relaciones centro-periferia, donde el núcleo central es urbano y la periferia es escénicamente rural. Las interacciones que se presentan en estos espacios territoriales son complementarias, especialmente en relación con la oferta de educación, salud, recreación, servicios públicos domiciliarios, etc. (Ardila, 2003): quieras que no, la problemática de la relación de estos dos espacios se expresa en la supremacía de la ciudad sobre el mundo rural.

1.4 Desigualdad social: segregación socio-espacial

Las relaciones de desigualdad de centro-periferia se fundamentan en la polarización de la ciudad de Bogotá frente a una distribución espacial que asigna extensiones urbanísticas en los suelos de la Sabana de acuerdo con la clase social, como ocurre con el crecimiento de la

capital en el costado noroccidental, donde se presenta una marcada tendencia a la construcción de condominios, particularmente en los municipios de Chía, Cota y La Calera.

Hacia el costado occidental, en los municipios de Mosquera, Funza y Madrid, el destino de los suelos ha sido orientado mediante proyectos de vivienda de interés social, zonas francas y parques industriales, mientras en el sur-occidente el municipio de Soacha sustenta la mayor cantidad de población en condiciones de marginalidad y pobreza.

La sectorización clasista de la ciudad de Bogotá pone en evidencia diferentes patrones sociales en estos polos opuestos del espacio urbano, como lo afirman Dureau y Flórez (citados en Goüeset, Cuervo, Lulle, Coing, 2005, p. 30): “el tamaño promedio de los hogares es sensiblemente más alto en sectores populares: mientras las mujeres de ‘clase alta’ tienen los niveles de fecundidad más bajos del país, aquellas en situación de miseria llegan a ser más fecundas que las mujeres campesinas”.

Otra de las consecuencias de “la polarización socio-espacial” se refiere al fenómeno de la densificación poblacional en los diferentes sectores de la ciudad, donde se presenta una marcada diferenciación entre la alta densificación habitacional y geográfica de los habitantes de los estratos que perciben menores recursos económicos y la baja aglomeración de los estratos sociales mejor posicionados económicamente (Dureau y Delaunay, 2005).

Por lo tanto, mientras el promedio departamental de densidad es de 93 habitantes por kilómetro cuadrado, en Soacha se eleva a 1.546, en Cajicá a 795, en Chía a 789, en Funza a 745 y en Facatativá a 503 (Ardila, 2005).

En oposición a la realidad social del municipio de Soacha, y debido a los procesos migratorios de personas de clase alta, las administraciones de los municipios de Chía y Cota eligieron otras opciones urbanísticas: la construcción en masa de conjuntos residenciales cada vez socialmente más selectivos, además de caracterizados por la presencia de áreas verdes, en un esfuerzo por conservar su carácter agrícola y rural. Por su parte, el municipio de Madrid, ubicado al occidente de Bogotá, ha recibido la metropolización con desarrollos industriales que, a su vez, atrajeron a población obrera, y de esta manera el municipio crece con construcciones de viviendas de interés social, con lo

cual se incrementa cotidianamente su densidad (población de un área geográfica delimitada) y se plantean nuevos retos ante el arribo de nuevos residentes de escasos recursos, que demandan servicios públicos, educación, salud, recreación y demás necesidades básicas todavía sin resolver (Goueset, 2005).

1.4.1 Crecimiento desmesurado de Bogotá y metamorfosis de los territorios de la Sabana

En los planos nacional y distrital, algunas de las variables que inciden en el acelerado crecimiento de la ciudad de Bogotá hacen alusión al diverso dinamismo demográfico (migraciones masivas), social (desempleo, ineficacia de la cobertura educativa, desplazamiento por razones del conflicto armado interno, etc.), económico (apertura económica y adhesión a las políticas neoliberales) y cultural (cambios y transformaciones operados en las identidades y las tradiciones culturales).

“Según el censo de 1938, Bogotá contaba con 320.000 habitantes, cifra que aumentó a 630.000 en 1951” (León, 2008). Bastó una década (1951-1960) para que la población de la capital del país se duplicara y llegara a 1.305.857 habitantes (Cetre, 2011). Entre 1993 y 2005 esa población creció en un 26% y de sumar 5.413.484 habitantes pasó a ser de 6.840.611, lo que entonces representó el 16,5% de la población total del país, de acuerdo con el censo del Dane de 2005 (Secretaría de Planeación Distrital, 2010).

El fenómeno de la explosión urbana de Bogotá se relaciona fuertemente con los procesos migratorios de todas las regiones del país hacia la capital en procura de empleo, acceso educativo, mejores oportunidades económicas, etc. Sin embargo, entre las principales razones de estos flujos migratorios figuran el conflicto armado y la violencia política que vive el país, que han provocado masivos desplazamientos forzados de familias enteras desde las regiones a las principales ciudades.

La problemática del desplazamiento forzado en Colombia ha aumentado de forma alarmante desde 1985. Se estima que la violencia ocasionó la migración de más de 390.000 familias entre 1985 y 1999, lo que puede representar una cifra aproximada de 1.900.000

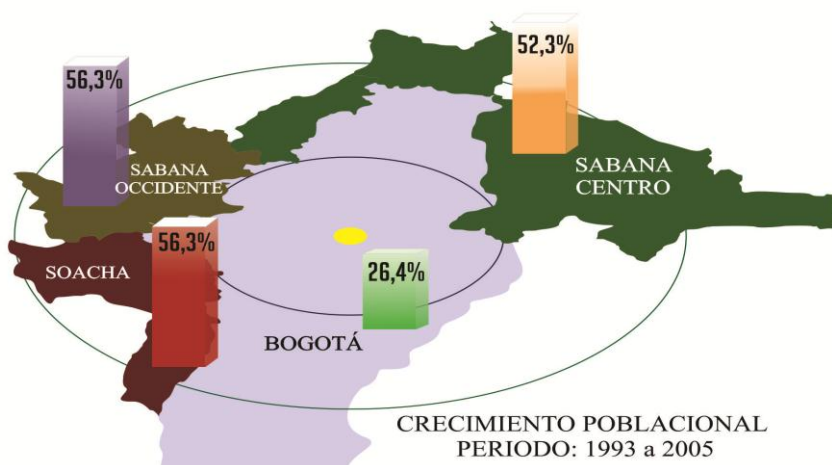
personas, de las cuales alrededor del 60% son menores de edad. Las principales razones del desplazamiento han sido la violencia en las zonas rurales y los conflictos por el territorio (Codhes, 2000. Citado por Ardila, 2003).

Una de las consecuencias colaterales del desplazamiento en el plano nacional en relación con el crecimiento de las urbes es el desbordamiento de la ciudad de Bogotá hacia la periferia, donde inicialmente llegan a habitar las familias en condición de desplazamiento, con lo cual aumentan los cinturones de miseria de las grandes ciudades y la erección de barrios informales donde la calidad de vida de las familias es precaria a causa de la ausencia de servicios públicos domiciliarios, de salud y educación, entre otros.

Es el caso del municipio de Soacha, extendido en el costado sur de Bogotá y que constituye el mayor albergue de población en condiciones de desplazamiento: de acuerdo con estudios recientes, en un lapso de tres años, entre 1995 y 1998, llegaron allí 24.750 nuevas personas. El fenómeno ha afectado el acceso al trabajo, las oportunidades educativas y la distribución y planificación del espacio urbano municipal (Arquidiócesis de Bogotá y Codhes, 1999. Citado por Ardila, 2003).

A su vez, el avance progresivo de procesos migratorios de los capitalinos y otros ciudadanos hacia los municipios aledaños a Bogotá ha mostrado elevados índices de crecimiento (ver Imagen 1); en el periodo 1993-2005 las provincias de Soacha (56,3%), Sabana central (52,3%) y Sabana occidental (56,3%) evidencian los mayores aumentos poblacionales, todos ellos con tasas que incluso duplican el crecimiento de Bogotá (26,4%) (Secretaría de Planeación Distrital, 2010).

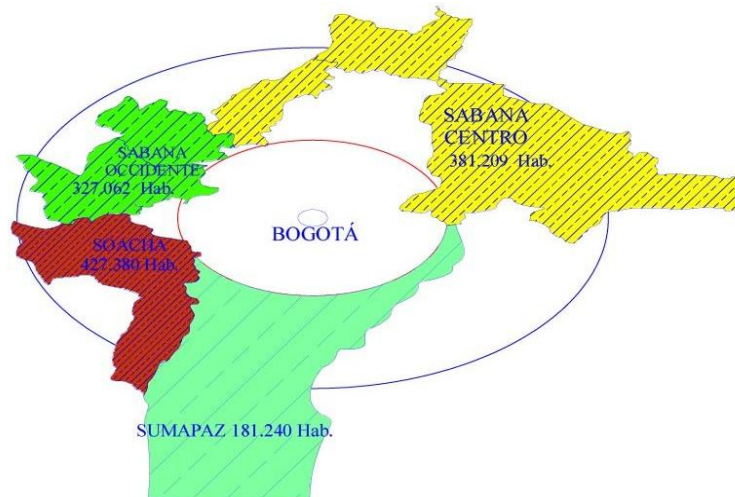
Imagen 1. Crecimiento demográfico, 1993-2005



Fuente: elaboración propia basada en datos de la Secretaría de Planeación Distrital, 2010.

De acuerdo con cifras de 2010 de la Secretaría de Planeación Distrital (ver Imagen 2), en estas mismas provincias de la Sabana, el occidente, el centro y Soacha viven 1.304.445 habitantes, el 52% de la población del departamento: Soacha (427.380), Sabana Central (381.209), Sabana Occidental (327.062) y Sumapaz (181.240).

Imagen 2. Crecimiento demográfico del cinturón Anillo de la Sabana Cundinamarqués



Fuente: elaboración propia con base en datos de la Secretaría de Planeación Distrital, 2010.

Según Alonso (2009, p. 35), “las migraciones de bogotanos hacia la Sabana inducen su crecimiento poblacional en 29,1%, cuando hace quince años lo hacían en 18,8%”. Esa variación indica a todas luces una profundización de las relaciones de metropolización con los municipios sabaneros, la cual, comparada con el impacto descargado en las demás zonas del país, es de una magnitud muy considerable, pues, en efecto, el crecimiento poblacional del resto de los municipios de Cundinamarca es inducido en un 7% por las migraciones de bogotanos, mientras los del resto del país lo son en apenas el 1,1%, niveles no muy distantes de los estimados para 1993.

Los más eminentes sectores de expansión territorial se presentan en Mosquera –ejemplo de diversificación socio-económica– y Soacha, que tiene una tradición monoclasista, en este caso caracterizada por el hecho de que sus habitantes pertenecen principalmente a los estratos socioeconómicos 1 y 2. El crecimiento acelerado por el flujo migratorio de Bogotá ha doblado la población autóctona de dichos municipios y hoy se presenta una expansión de la metrópoli que, por ejemplo, incrementa la consolidación de las conurbaciones de Mosquera con Funza y de Madrid con su costado accidental (Alonso, 2009.).

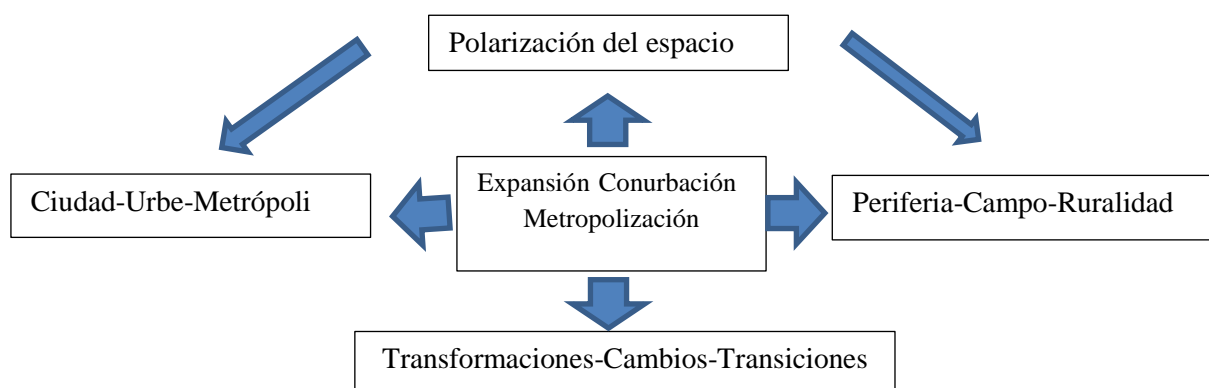
Debido a la progresiva redensificación del municipio por efecto de su incremento demográfico, se estima que Soacha es el primer municipio conurbado o absorbido por la ciudad de Bogotá, cuya metropolización se consolida por el costado suroeste de la capital. Pero, ¿qué implican estos procesos expansivos e invasivos de la ciudad?, ¿cuáles son las huellas que deja el actual paso de la metropolización en el territorio de la Sabana y en el ámbito cultural de la población rural de la región?

La metropolización es un fenómeno que ocurre a escala mundial, en el cual las principales ciudades del mundo, inmersas en la era de la globalización, empiezan a interiorizar nuevas lógicas capitalistas que hacen que las poblaciones de dichas ciudades crezcan precipitadamente, a tal punto que provocan el desbordamiento de las principales ciudades sobre las áreas periféricas o rurales, en las cuales el avance de la urbanización consume masivamente grandes extensiones de suelo.

Según el estudio “*Bogotá y la Sabana: un territorio posible*”, la metropolización de Bogotá es un fenómeno asociado a la explosión demográfica de la ciudad, que se expande hacia la periferia y establece nuevos usos del suelo regional, con diferentes distribuciones jerárquicas y sectoriales, como ya se había dicho (Ardila, 2003).

El avance de la metropolización está directamente ligado a la fase de industrialización y urbanización que se ha desatado en Bogotá desde la década de 1950, proceso urbano expansivo hacia la periferia que consolida fenómenos como la conurbación, la aglomeración y la suburbanización, como muestra el esquema que acompaña estas notas.

Imagen 3. Esquema 1. Polarización espacial



Fuente: Elaboración propia

La conurbación puede entenderse como el resultado del crecimiento de la gran ciudad hacia las áreas periféricas, hasta encontrarse con los lindes de un municipio aledaño cuyas características difieren sustancialmente de las que se presentan en esa ciudad, ya que los municipios menores se caracterizan por su baja densidad demográfica y su base económica se sustenta en actividades locales propias de la región, como ocurre en el caso de las localidades sabaneras que mantienen una tradición histórica fincada en las actividades agropecuarias. Según Moreno (2008), la conurbación es un fenómeno mediante el cual dos o más ciudades se integran espacialmente, independientemente de su tamaño, de sus características propias y de su adscripción administrativa. En el mismo sentido, Utria

(1998) define la conurbación como un acercamiento físico de la ciudad a uno o varios centros vecinos como resultado de un rápido crecimiento periférico; tal cercanía interconecta ineficientemente el tejido urbano de cada uno de los centros y del conjunto y altera sus estructuras urbanísticas.

Estos procesos expansivos de las principales ciudades metropolitanas, donde se concentra la mayor proporción de la población colombiana, no son ajenos al fenómeno de la metropolización, que provoca cambios de diverso orden en el modo de vida, especialmente de los pobladores de las áreas rurales aledañas a las capitales de cada departamento, con lo cual se consolida la creación de nuevos núcleos metropolitanos (Alonso 2009).

Alonso (2009) cree que la suburbanización consiste en la extensión del modo de vida urbano hacia zonas rurales circunvecinas de un núcleo urbano, donde se cambian permanentemente los usos del suelo rural por usos urbanos y en segunda instancia se marcha hacia la construcción de zonas industriales. El autor afirma que estos cambios tienen sus antecedentes en los recurrentes altibajos de la actividad agrícola-pecuaria y la fragmentación territorial originada por la extensión histórica del minifundio y de la pequeña propiedad.

Finalmente, el avance de la ciudad dispersa encuentra en la conurbación su fase conclusiva, cuando las fronteras de las ciudades se funden en un continuo urbano-urbano, lo cual da paso a que las actividades de la producción agrícola que sustentaban el sostenimiento económico de la población en áreas rurales sean sustituidas por las actividades residenciales. Sin embargo, la contraparte de esta sustitución del suelo y de la actividad económica en la periferia provoca un encarecimiento del costo de vida de los nuevos residentes de los sectores suburbanos, debido al aumento de precio de los bienes primarios, cuyo abastecimiento implica gastos de transporte adicionales y el pago de una alta renta por el aprovechamiento de un suelo de menor fertilidad (Alonso, 2009.)

El fenómeno de la metropolización se evidencia en el territorio sabanero de la siguiente forma: la ciudad de Bogotá crece y se expande sobre los municipios de la primera área de

influencia de la Sabana Occidental, y en los casos de Mosquera, Funza y Madrid, esos espacios crecen en compañía de dos características: la participación de urbanizaciones y la creación de parques industriales denotan una notable expansión sobre las áreas rurales, lo cual pone en evidencia la nueva ocupación del territorio y perfila al costado accidental sabanero como un cantón industrial.

Ahora la industria es un problema metropolitano de la Sabana. Los municipios vecinos han ofrecido más de 10.000 hectáreas para utilización industrial, aunque la demanda es menor y para los próximos veinte años solamente se requieren 2.000 (Borrero, 2008).

De esta manera se evidencia el acelerado consumo de suelo: en los últimos tres años las treinta hectáreas anuales que consumía Bogotá se convirtieron en 150. Según esa tendencia, en 2007 y 2008 Bogotá debería haber construido cerca de 360.000 m² de bodegas en 72 hectáreas de suelo. Sin embargo, en 2008 se inició la edificación de 1.200.000 m² de bodegas en 300 hectáreas del suelo de los municipios periféricos de la Sabana. Eso equivale a la demanda histórica de Bogotá durante diez años (Borrero, 2008).

1.4.2 La extensión global expresada en la local: transformación territorial y familiar de la vereda Siete Trojes (Mosquera)

La incidencia del proceso de metropolización se evidencia en la vereda Siete Trojes, territorio donde se recolectó información con base en la memoria histórica de sus habitantes, quienes indicaron que, a partir de los años 90, empezaron a manifestarse importantes cambios en materia de uso del suelo y de desarraigo de la comunidad respecto de su territorio como resultado de la presión que ejerce la transformación del entorno físico y particularmente los procesos de urbanización e industrialización, materializados en la construcción de zonas francas y parques industriales en el sector occidental de la Sabana.

La vereda Siete Trojes, de Mosquera, limita por el sureste con el barrio Poblado, al norte con la vereda El Charquito, hacia el este con el municipio de Funza, al oeste con la zona industrial Santo Domingo y hacia el sur con la zona industrial Santa Ana. Siete Trojes es

una de las seis veredas que componen el área rural del municipio de Mosquera y porta, como ya anotamos, una identidad cultural basada en la producción agropecuaria.

En los años 60 del siglo pasado Siete Trojes estaba poblado por familias dedicadas a la producción agropecuaria de mediana escala. Entre los finqueros más conocidos aparecen las familias Cruz, Quiñones y Sopó, y son bien destacadas las fincas La Aurora, San José y San Jorge, heredadas por familias que prosiguieron la tradición agraria de generación en generación, hasta finales del decenio de los ochenta.

Una característica transversal de las familias campesinas que hoy sobreviven en la vereda es la tenencia de la tierra: pequeñas parcelas (de menos de una hectárea) adquiridas mediante el trabajo a jornal cumplido en fincas productoras de mediana escala.

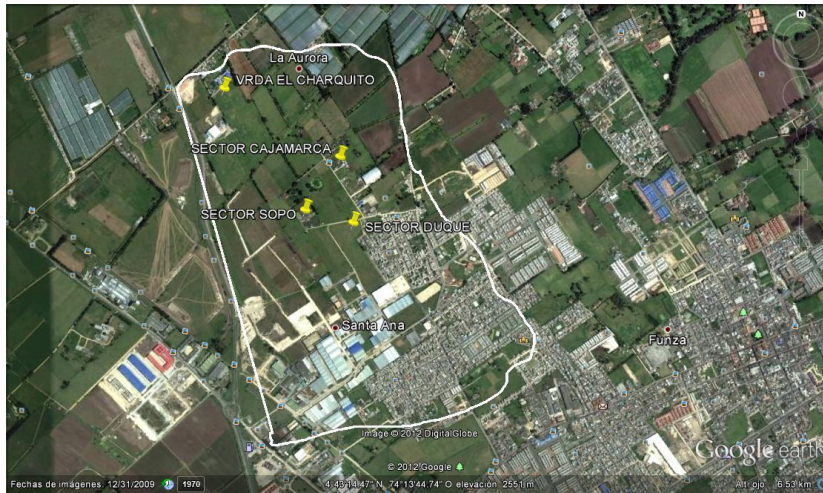
La presente investigación se centra en las familias campesinas que han sobrevivido a los cambios territoriales que, por conducto de la tenencia de la tierra, permiten a la siguiente generación heredar un predio o una parcela familiar para la construcción de sus viviendas, característica que dio paso a una organización familiar extensiva.

Esa es la razón por la cual en la vereda Siete Trojes se consolida un sistema familiar conformado a lo largo de tres generaciones (abuelos-abuelas, madres-padres, hijos-hijas, tíos-tías y sobrinas-sobrinos): la denominada familia extensa o ampliada.

La vereda está dividida en cuatro sectores (Cajamarca, Sopó, Mora y Duque), que a su vez alojan a grupos familiares caracterizados por la familia extensa, en una organización aproximada de cuatro a cinco familias nucleares por sector⁵ (ver la fotografía aérea).

⁵ Esta descripción se ampliará en el capítulo “Narrativas del territorio”.

Imagen 4. Foto satelital de la vereda Siete Trojes (tomada de Google Earth)



Los actuales habitantes de la vereda pertenecen a familias que habitan el territorio desde hace más de cien años y que se han caracterizado por mantener una relación intrínseca con la tierra y por el abastecimiento de alimentos básicos, tanto para el consumo familiar como para el mercado del municipio de Mosquera, la ciudad de Bogotá y diferentes zonas de Cundinamarca.

Pues bien, a partir de los años noventa del siglo pasado los habitantes de esta zona vienen experimentando fuertes cambios asociados al proceso de metropolización, que, según Klink, es producto del crecimiento de la ciudad de Bogotá más allá de sus límites (citado por Boiser, 2006), manifestado en el paso del aprovechamiento tradicionalmente agrícola del suelo hacia la implantación de parques industriales y proyectos de urbanización.

La problemática se centra en los cambios operados en el uso del suelo, que traen como consecuencia el deterioro de las relaciones vecinales, la inseguridad, el desempleo, la contaminación ambiental, etc., aspectos que presionan a las familias a adaptarse al nuevo contexto urbano o abandonar la vereda.

Las opciones de vivienda no presentan las mismas condiciones que ellas tenían originalmente, pues los nuevos proyectos no permiten la autoconstrucción y tampoco

ofrecen un espacio destinado a huertas, como las que poseen y laboran en sus viviendas tradicionales, a lo cual se añade el deterioro de las redes sociales y familiares.

Las mutaciones soportadas por el esquema tradicional, tanto territorial como familiar, han dado paso a nuevos conflictos, cambios de las identidades y retos que afrontan las familias que habitan estas veredas del municipio de Mosquera.

Con los cambios que acarrea la nueva definición del territorio el equilibrio familiar de estas poblaciones sufre modificaciones que afectan las identidades culturales, los roles asignados a cada uno de los integrantes de la familia y la dinámica general del trabajo. La modificación del territorio, las identidades y los roles asignados puede conducir al destierro de las familias de los territorios que usualmente ocuparon (Jiménez, 1996).

Estos trastornos en la ocupación de los sectores de la producción también se reflejan en la alteración de sus formas de trabajo e incluso de sus inquietudes sobre las relaciones de género, si consideramos la tendencia creciente –señalada por Schejtman y Berdegúe (2003)– de incorporación de las mujeres del campo en el mundo del trabajo extraparcero, viraje que modifica las relaciones familiares y las maneras tradicionales del género frente al mayor contacto con el mundo urbano. Las expectativas y los patrones de vida cada día son más semejantes entre los habitantes rurales y los urbanos, especialmente entre los jóvenes. El cambio en la construcción del territorio, la utilización del suelo y la apropiación del ambiente por parte de las familias, tradicionalmente ocupadas en las prácticas agrícolas, provoca asimismo una modificación de las conductas.

Por lo demás, la presión de la ciudad sobre las zonas rurales representa altos costos sociales, culturales, económicos y ambientales que aún no han sido suficientemente valorados por las administraciones públicas de la ciudad capital y de los municipios vecinos. El faro político que ha orientado las decisiones sobre el territorio de la Sabana de Bogotá ha sido el desarrollo económico basado en las características del territorio, ya sea por su riqueza minero-energética o ya por su ubicación geoestratégica.

De esta manera, los aspectos regionales característicos de la Sabana occidental, como el paisaje, los recursos hídricos, la producción agrícola, las relaciones familiares y vecinales,

la identidad cultural y los medios de subsistencia, quedan a la sombra del avance, la productividad, la competitividad y el desarrollo urbanos.

2 CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DE LAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

La transformación territorial del municipio de Mosquera como producto del proceso de metropolización ha desencadenado un conjunto de cambios en las poblaciones rurales de las veredas. La identidad cultural empieza a desaparecer en medio de los procesos de urbanización, y la subsistencia familiar fundamentada en la economía campesina ha comenzado a mutar por efecto del proceso de producción industrial; el fuerte vínculo entre las relaciones vecinales se ha difuminado en la impersonalidad del trato y las estrategias familiares son más individualistas y menos colectivas.

Los estudios realizados por González de la Rocha (citado en Estrada y de la Fuente, 2004) sobre la vida familiar en el continente americano sostienen que los cambios estructurales provocan modificaciones de las familias y los relacionados con la reestructuración económica afectan el ámbito doméstico, y en particular las relaciones de género.

Por esa razón, para visualizar las distintas tramas que se tejen en torno a la transformación de la familia campesina en proceso de metropolización, en este capítulo se expone la perspectiva teórica ilustrando los cambios progresivos que las organizaciones de base –la familia y el campesinado– han atravesado en materia de composición familiar, mecanismos de subsistencia, variación del estatus de los géneros, distribución y tenencia de la tierra, así como la incidencia del ajuste de las poblaciones rurales al proyecto de industrialización.

2.1 Indicios de la transformación de la familia colombiana en los siglos XX y XXI

Las transformaciones operadas en la familia colombiana en el curso de los siglos XX y XXI son producto de los cambios en la estructura del sistema social, económico y cultural. La inserción laboral de las mujeres, el control natal, la homoparentalidad y el resquebrajamiento de la división sexual del trabajo son factores que se han gestado en la familia en torno a las nuevas posiciones que las mujeres ocupan en la sociedad.

El estereotipo de la familia colombiana se asociaba al modelo predominantemente patriarcal, de conformación extensa y prolífica, especialmente en los sectores medios y altos y tanto en las zonas urbanas como en las rurales. Tales características estaban influenciadas por los valores de la religión católica, que lograron penetrar en las estructuras más profundas de la sociedad, especialmente en la organización familiar, que ha estado condicionada al prototipo de la “sagrada familia”: padre, madre e hijos; por lo demás, la responsabilidad del cuidado y la crianza recaía exclusivamente en la población femenina (Pachón, 2007).

Sin embargo, a lo largo del siglo XX este modelo familiar perdió protagonismo al impulso de las transformaciones políticas, económicas y culturales de la sociedad colombiana, cuando aspectos como los mayores niveles de escolaridad y la pérdida ideológica de los valores religiosos promovieron un alejamiento del dogma católico que regía la autocracia masculina y su dominio sobre la familia (Pachón, 2007).

Entre las primeras transformaciones que experimentó la familia figura la aparición de las mujeres en el escenario laboral. La mujer dedicada exclusivamente al cuidado de los suyos en el hogar, ahora compartía la responsabilidad económica con su cónyuge; el nuevo rol femenino develaba el vacío del Estado y de la sociedad en cuanto a la responsabilidad de la crianza de los hijos, que desde edades tempranas se convirtieron en sujetos institucionales. Ahora la crianza y el cuidado han pasado de la potestad femenina a terceros profesionales, centros comunitarios, escuelas, vecinos y otros familiares, según sea el nivel de ingresos y el estrato social de la familia (Pachón, 2007).

Es notorio que en los últimos cincuenta años los índices de analfabetismo se redujeron y la educación media y superior aumentó, lo cual incidió en la transformación de la familia en el curso del siglo XX, cuando las mujeres se insertaron masivamente en el sistema educativo hasta alcanzar una alta participación en el medio universitario, donde hoy representan el 52% de sus componentes. En consecuencia, hay una nueva correlación entre el acceso a la educación y la vinculación al mundo laboral remunerado, donde la representación femenina sube al 46%, aunque aún son evidentes las desigualdades sociales suscitadas por las

exigencias del mercado laboral, que cada vez es más selectivo en cuanto a mano de obra calificada (Echeverri, 2004).

Los progresivos cambios registrados en el sistema social y económico han hecho que los procesos de urbanización e industrialización del país muestren una tendencia al crecimiento de la población urbana, que del 30% en el pasado ha pasado a ser del 80%, en las condiciones del paso del país agrícola a un proceso de industrialización. En la misma medida se presentan cambios estructurales y funcionales en la familia, especialmente en los mecanismos de supervivencia, los modos de producción y las concepciones sobre el mundo, aspectos que repercuten en el comportamiento del sistema familiar, ahora más correlacionado con los demás sistemas sociales (Echeverri, 2004). En un contexto altamente cambiante, ese fenómeno afecta directamente las interacciones y respuestas de la organización familiar.

Adicionalmente, la familia colombiana recibe la influencia de los procesos de globalización en el marco de la apertura económica, donde la competitividad es inexcusable y se generalizan la informalidad y el desempleo. La organización familiar viene adaptándose a las nuevas condiciones de vida de este entorno, con la característica de una paulatina pérdida de la familia extensa productora y su sustitución por la familia nuclear urbana, propia de una unidad social consumidora (Echeverri, 2004).

El proceso de modernización acarrea nuevos artículos de consumo a la familia urbana y se opera un proceso creciente de consumo masivo de medios electrónicos como la televisión, el computador y el teléfono celular, convertidos en herramientas indispensables para el funcionamiento del sistema educativo y el medio laboral y que introducen en el seno del hogar nuevos estilos de vida, diversos valores sexuales y hábitos de consumo que contrastan palmariamente con los que delinearon el carácter de las viejas generaciones (Echeverri, 2004).

2.1.1. Rasgos de las familias campesinas de los siglos XX y XXI

En la estructura de la sociedad campesina la familia se mantiene marcadamente definida como la organización social básica, cuyos lazos afectivos se asientan en el parentesco consanguíneo, de compadrazgo o de afinidad. En el contexto campesino la familia se caracteriza por encarnar un sistema extenso de tres generaciones. Según Galeski, las funciones de la familia campesina han llegado más allá del rol socializador de la cultura, al conformar la base de la economía doméstica sustentada en la producción de la tierra mediante la explotación de la fuerza de trabajo del grupo familiar (1997).

La organización familiar campesina y su tradición⁶ cultural trascienden el análisis del campesinado y sus distintas estructuras sociales, culturales y económicas. En esta razón se sustentan los principales rasgos definatorios del campesinado de los siglos XX y XXI y su relación con la familia, agente productor y reproductor del sistema social campesino. Eso permite comprender mejor la construcción de una identidad cultural fundamentada en la familia y su relación con el territorio.

A su vez, la composición de la familia extensa se encuentra complementada por los lazos familiares asociados al compadrazgo, figura unida a la familia extensa, que establece como mecanismo de supervivencia la solidaridad frente a situaciones adversas, como la muerte, la enfermedad, los nacimientos y las crisis económicas. Hay que resaltar que esta organización familiar se presenta con mayor fuerza en las zonas rurales del complejo andino y que, además de sustentar una fuerte estructura familiar, es puente de integración del grupo familiar a la comunidad adyacente (Gutiérrez, 1977).

En las sociedades campesinas aparece una compleja diversidad cultural y territorial que en cada país presenta aspectos como la familia, la identidad cultural y la economía, que varían en consonancia con la región. Sin embargo en la revisión documental sobre el tema aparece

⁶ “El conjunto de prácticas reales transmitidas de generación en generación a través de pautas socialmente heredadas que constituyen formas específicas de resolver problemas de la vida en todo grupo humano” (Robichaux, 2007, p. 30).

un patrón significativo, que empieza a definir a la sociedad campesina: la relación entre la familia y el territorio.

Hacia el año de 1998 la definición del campesinado colombiano según la categoría de los hogares con vínculo rural (HVR) se operaba bajo tres variables: la residencia del hogar en veredas y zonas rurales; el acceso a la tierra bajo cualquier forma de tenencia, y la ocupación de al menos una persona del hogar como productor o asalariado agropecuario (Osorio, 2007).

La relación que la población campesina ha construido con el territorio está asociada a la pequeña producción agrícola como mecanismo de satisfacción de las necesidades materiales de la unidad familiar y sustentada en los recursos naturales de la región, en el marco de una cultura tradicional con un fuerte tejido social comunitario (Shanin, 1990; Sevilla y González de Molina, 2004. Citados por Bascuñán, 2010).

Esta forma de vida asociada al campo evidencia su importancia numérica. De acuerdo con los datos de Forero, la población rural es el 53% de la población del planeta, y la agricultura continúa siendo la actividad económica que mayor empleo ofrece. En los países llamados del Tercer Mundo, con la excepción de América Latina, los habitantes del campo superan numéricamente a la población de las ciudades. La población que vive en los campos colombianos, incluidas las pequeñas cabeceras municipales (menores de 10.000 habitantes) representa el 38% del total de la población del país. Aunque entre 1938 y 1993 la población rural aumentó en el país, son más significativos los procesos migratorios de los campos a las ciudades, determinados en gran medida por el conflicto armado y el desplazamiento forzado (2003).

A pesar del significativo aporte de los pobladores campesinos a las sociedades, muy a menudo son denominados por las clases dominantes como “atrasados, ignorantes e incapaces”; las empresas multinacionales los consideran como un obstáculo para el desarrollo y los terratenientes ven en el campesinado al enemigo; los políticos, finalmente, lo valoran como una reserva electoral. En contraposición, la forma como la población

campesina se define es la de vivir en el campo, por la identidad relacionada con el agro, por los ancestros campesinos, las raíces y la descendencia, por el tipo de cultura, por el aprecio y el gusto por la naturaleza y por las relaciones de producción. Entretanto, en el caso de los sectores populares urbanos, el campesino es el forjador de riqueza y de vida (Salgado, 2010).

2.2. Perspectivas de la identidad en el contexto campesino

El análisis de la identidad en el marco del campesinado implica el reconocimiento de las narrativas individuales y colectivas que las poblaciones campesinas han construido históricamente; las trayectorias de vida y la relación con el entorno determinan en gran medida la identidad asumida por los sujetos y las comunidades. En este sentido, Linares (1996) argumenta que la identidad cultural se materializa en el individuo, es decir, los sujetos construyen su identidad con elementos procedentes de las mitologías de sus sistemas de pertenencia: familia, sociedad o etnia.

Por lo tanto, la identidad cultural es un mito, debido a que ni los grupos ni las culturas de los grupos poseen identidad, solo tienen identidad los individuos. La cultura es al sistema relacional lo que la personalidad es al individuo. La organización y la mitología son los dos grandes elementos definitorios de la cultura o de un sistema, como puede ser el familiar (Linares, 1996).

Desde este punto de vista, la identidad se puede considerar como el núcleo de la mente, producto del discernimiento de la experiencia. Conjuntamente se establece la narrativa derivada de la experiencia cotidiana, aunque menos fija y con mayor rango de fluctuación. Por ende, la identidad es el espacio donde el individuo se reconoce a sí mismo y por lo tanto es resistente al cambio (Linares, 1996).

La identidad se comprende a través del tiempo como el conjunto de elementos constitutivos de sentido y experiencia, construidos por la población a partir de atributos culturales, la experiencia humana y el entorno natural que, mediante un proceso de

asimilación, dotan de sentido a la acción. En la cotidianidad, la interacción entre los diferentes actores sociales construye una multiplicidad de identidades que sostienen los mecanismos de solidaridad, las diferencias en la distribución de roles y las tensiones provocadas por la acción social (Salgado, 2010).

Por lo demás, la identidad campesina se entiende como una construcción cultural que es elaborada a partir de las narrativas individuales de los sujetos que han interiorizado una misma mitología y una organización social, diferenciándose históricamente a través de sus cambios y transformaciones, relacionados con el medio social, político, económico y cultural de los estados-nación

En este sentido, en la mitología de la identidad cultural del campesinado predominan las narrativas de la satisfacción de las necesidades del grupo familiar y la transmisión cultural intergeneracional con fines de subsistencia y permanencia en el territorio. Por lo tanto, el campesinado de los siglos XX y XXI es comprendido como una organización socio-cultural diferente de los granjeros comerciales, los empleados de las tiendas y los habitantes urbanos (Ortiz, 1979).

La revisión bibliográfica relativa al siglo XXI define a la identidad campesina como la construcción histórica de las relaciones sociales que la población proyecta en el territorio, la cual establece relaciones de pertenencia, supervivencia y coexistencia a través de la subsistencia de la tierra, así como la vigencia de las costumbres, tradiciones, conocimientos, artes y oficios que, además, se convierten en un plus de la economía campesina.

La sociedad campesina se ha identificado como el sistema de relaciones familiares extensas y de fuerte vínculo con la comunidad local, características identificadoras que se presentan en el marco de un sistema económico alternativo al modelo de desarrollo capitalista, motivo por el cual el campesinado es percibido desde el punto de vista de su

relación con el territorio, en una interacción donde prima “la racionalidad de coexistencia entre el ser humano y su entorno natural”.⁷

El sistema económico del campesinado se ha fundamentado en la agricultura familiar, actividad considerada en el tiempo como “una forma generalizada de organización de la sociedad humana” (Thorner, 1962, p. 182).

De conformidad con Moreno (2005), un aspecto central de la población campesina latinoamericana es la consolidación de la red de relaciones sociales caracterizadas por su particular vínculo con el territorio: la naturaleza, la proximidad dada por la convivencia en un entorno común, la relativa durabilidad en el tiempo de los lazos sociales y la interconexión de las relaciones afectivas y de parentesco que tienden a fortalecer el tejido social (citado por Ballara y Parada, 2009).

No obstante, si una de las principales características que definen a la sociedad campesina es el vínculo con su territorio, según Moreno y Palenzuela (2000, citados en Bascuñán, 2010), la definición del campesinado no debe estar sometida exclusivamente a la discusión de elementos productivos de la tierra sino que debe ser comprendida de conformidad con los vínculos comunitarios e identitarios, fortalecidos en ocasiones por comportamientos y experiencias sociales que expresan una forma política y cultural específica, ligada a la ética de la subsistencia y no al beneficio y la lógica capitalistas.

Es importante comprender a la población campesina más allá del modo de vida en la vereda y de los mecanismos de autoabastecimiento. Su análisis debe enfocarse en el entramado de relaciones sociales que tienen una incidencia significativa en las resistencias sociales, en la construcción cultural propia y en una forma particular de ser, estar, sentir y tener. En este sentido, los agentes sociales que componen el campesinado “son, entonces,

⁷ Aunque no se descarta el hecho de que muchas prácticas agrícolas están relacionadas con el deterioro del medio ambiente (por ejemplo, la tala y la quema de bosque nativo para ampliar la frontera agrícola y la adecuación del terreno, entre otras), en este caso las prácticas agrícolas se conciben desde el punto de vista del pluricultivo y de la implementación de las prácticas ancestrales transmitidas por los indígenas; de ahí surgen las tesis sobre la “ecología de los pobres” (Toledo, citado en Bascuñán, 2010).

productos históricos específicos con múltiples génesis y trayectorias variables” (Llambí, 1990, p. 47. Citado en Salgado, 2010).

Además, es necesario resaltar la importancia de la presencia de la población campesina en el mundo y su favorable relación con el entorno, ya que la cultura campesina, desde su comprensión ancestral, ha construido una racionalidad ecológica afincada en el sistema de producción campesina tradicional (Toledo, citado en Bascuñán, 2010).

2.2.1. La tenencia de la tierra y la familia extensa en la identidad campesina de la región andina

La tenencia de la tierra es un rasgo definitorio de la identidad campesina. Por esa razón nos referimos a los elementos descriptivos de la región andina, a fin de aproximarnos a la comprensión histórica de la construcción social de la identidad cultural en el departamento de Cundinamarca y más específicamente de la vereda Siete Trojes.

El análisis de la región andina presenta un meta-punto de vista (Moran, 1995) percibido como un puente que conecta el pasado con el presente, con el fin de comprender de qué manera las actuales transformaciones de la familia campesina de esa vereda se originan en los mecanismos de apropiación del territorio en el pasado.

Para comprender la realidad que se manifiesta en la actualidad en las transformaciones de las familias campesinas del municipio de Mosquera conviene conocer los orígenes de la desigualdad social en el territorio andino y analizar el problema del acceso y la herencia de la tierra. Dicha desigualdad se caracteriza principalmente por dos fenómenos, el minifundio y el latifundio, procesos de apropiación de la tierra que hunden sus raíces históricas en la época de la Colonia.

De conformidad con datos presentados por Gutiérrez, la tenencia de la tierra en el altiplano cundiboyacense se caracteriza por su apropiación a través del minifundio. Un ejemplo particular se presenta en los municipios boyacenses de Monguí, donde el 98,5% de las

parcelas mide menos de tres hectáreas, y Tenza, que presenta un 95,1% de propietarios hasta de cinco hectáreas de suelo. En el departamento de Cundinamarca las parcelas de los municipios de Madrid, Bojacá, Funza y Mosquera el 78,4% de los predios tiene una extensión menor de diez hectáreas y está en manos del 82,3% de los propietarios. Por su parte, el 4,3% de los propietarios latifundistas ocupa casi dos tercios de la superficie total (1975).

Estas cifras son equiparables con el incremento que se operó en la concentración de la tierra colombiana en el curso del periodo 1996-2000. En el caso de Boyacá, el 45% del territorio rural estaba distribuido entre el 95% de los propietarios. (Rodríguez y Cepeda, 2011), es decir, que fincas de entre 0 y 5 hectáreas correspondían al 3,2% de la posesión total de los predios (Fajardo, s. f.). Mientras el 54,9% de la tierra estaba distribuida entre el 5% de los propietarios, en el año 2000 ese departamento reportó un aumento en la concentración de la tierra, ya que el 5% de los propietarios de tierras rurales ampliaron sus predios en una proporción del 58,3% (Rodríguez y Cepeda, 2011).

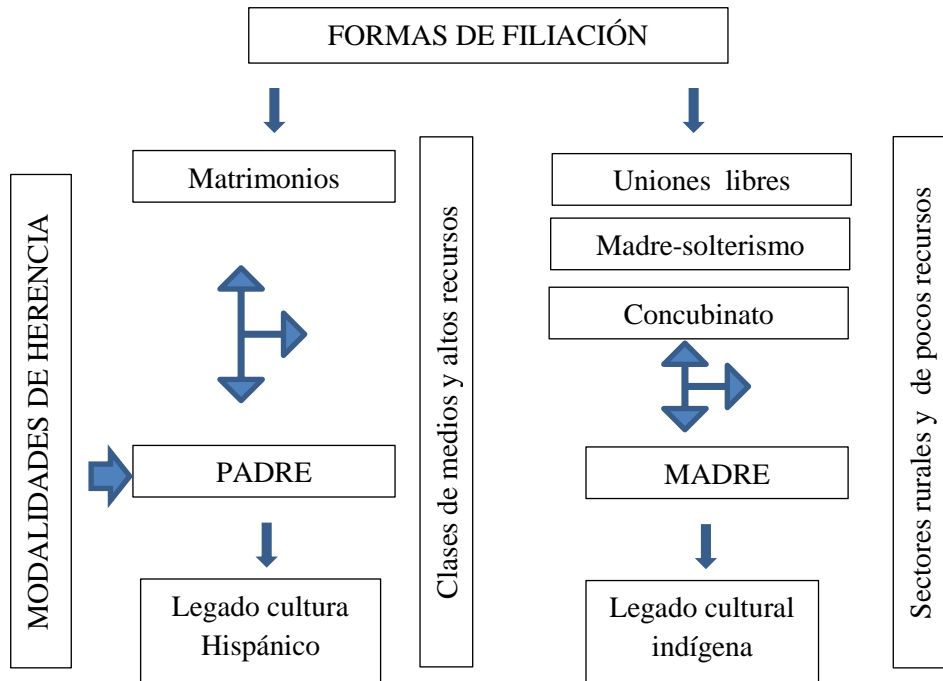
En el año 2010 el número de hectáreas bajo propiedad privada y de destinación agropecuaria en Colombia ascendió a 39,2 millones de hectáreas (ha.), lo cual equivale a un 31% del territorio nacional. La estructura de la propiedad se concentra en propiedades grandes y medianas: 42% de esta área está compuesta por propiedades de más de 200 ha., 40% por propiedades medianas de entre 20 y 200 ha., y un 18% corresponde a propiedades con extensiones de menos de 20 hectáreas (Helo e Ibáñez, 2011, p. 123).

En los territorios de la llamada “Sabana de Bogotá”, en los departamentos de Nariño y en Boyacá, la producción de cultivos de papa, maíz, trigo y cebada componen un aporte importante a la economía de las familias del área andina, y paralelamente la tenencia de bovinos y la producción artesanal configuran las actividades más importantes de la economía campesina de la región.

Es evidente que la tenencia de la tierra en la región andina se centra en la disposición de poca tierra para muchos trabajadores y sus familias, aspecto que ha hecho que estas poblaciones estén obligadas a ofrecer su mano de obra en el trabajo extraparculario y que, a

medida que se relevan las generaciones familiares, el tamaño de la tierra tiende a disminuir como consecuencia de la repartición de las herencias.

Imagen 5. Esquema Filiación y herencia



Fuente: elaboración propia con base en datos de Gutiérrez de Pineda.

Puede observarse que los mecanismos de la herencia surgen a partir de dos corrientes culturales diferentes, fundamentadas en el patriarcado, legitimado por el matrimonio católico en la transmisión de las posesiones del padre hacia los hijos, y de la capacidad de heredar a través de la línea materna en el caso de los matrimonios “ilegítimos”. Las dos estructuras familiares de la región andina representan la legitimidad de la capacidad de heredar por parte de los hijos y las hijas, aunque la herencia materna aparece marginalizada, por escapar de los estándares de legitimidad impuestos por la época.

Una de las consecuencias de la cultura patriarcal es el hecho histórico del bajo acceso a la posesión de la tierra por parte de las mujeres, asentado de manera permanente y legitimado en el dominio masculino y la transmisión cultural heredada de la Colonia española, cuyas ideas se fundamentan en la supremacía de los hombres sobre las mujeres y cuyos vestigios culturales se conservan en la actualidad.

Los antecedentes históricos de la inequidad en la propiedad de la tierra corresponden a la herencia histórica derivada de la invasión española, que dejó una huella importante en la distribución del suelo y su riqueza en el territorio andino y en el país en general; la Colonia española imprimió una nueva manera de distribuir la tierra que evidenciaba una notoria desigualdad social; una vez despojada de sus territorios, la población indígena era utilizada para trabajar en las grandes fincas, mientras su capacidad de adquirir una pequeña parcela disminuía. Esa realidad es dibujada por Virginia Gutiérrez de la siguiente manera:

Algunos nativos conservaron la posesión de sus tierras, lógicamente no las más favorecidas, pero contra las cuales, al aumentar la presión sobre el suelo en las cercanías de los centros, habría de operarse una fuerte insistencia, bien por parte del blanco que las recortó considerablemente, o por las formas de herencia que empequeñecían cada vez más la parcela nativa [...] Con ello se daba comienzo al establecimiento de grandes propiedades en manos de la clase dirigente hispánica y la creación de una población servil que se ubicó en dichas grandes propiedades, pero que no poseía las tierras que laboraba. Desde entonces se iba generando la tendencia minifundista que hoy hallamos y que se aparejaba coexistentemente con las formas y sistemas de la gran propiedad también a imagen y semejanza de la realidad tenencial presente (Gutiérrez, 1975, p. 25).

La combinación de las dos variables de tenencia territorial, minifundio y latifundio, dio origen a un grupo de agricultores sin tierra propia, y simultáneamente en los diferentes municipios se observa la existencia de una población rural que, según Gutiérrez, “explota la tierra ajena por hallarse en condiciones de desarraigo total o sub-desarraigo” (1977, p. 27). Es un fenómeno que se manifiesta de igual manera en los municipios de la Sabana de Bogotá.

Esta condición de desequilibrio social en el territorio andino imprimió una gran fragilidad en la estructura social y familiar de la población campesina con menor acceso a la tierra. Virginia Gutiérrez afirma que “la aparición de cualquier elemento de cambio se constituye en un factor que crea disfunción y altera el orden establecido por los individuos, grupos, instituciones y comunidades, dejándolos sin piso económico, social y cultural” (1977, p. 22).

En la aproximación a las características andinas, representadas en la familia y en el territorio, se vislumbran los principales atributos de identidad campesina, que hunden sus raíces en las identidades aborígenes y en la conexión de éstas con el territorio; de igual manera, la desigualdad en la tenencia de la tierra se refleja en el minifundio y la configuración de la familia extensa, elementos constitutivos de la identidad campesina.

A continuación se presenta la economía campesina como otro rasgo constitutivo de la identidad campesina, con el objetivo de describir y analizar las principales definiciones, características y formas de la organización productiva de la familia campesina y con ello determinar los factores que han incidido en el proceso histórico de transformación.

2.3. Concepciones generales de la economía campesina de los siglos XX y XXI

La organización familiar tiene un papel muy importante en los mecanismos de autosostenimiento asociados a la economía campesina, o agricultura familiar. Los miembros de las familias son productores y consumidores, no solamente del empleo de su fuerza de trabajo sino asimismo de su propia identidad cultural.

Por lo tanto, el análisis de la identidad campesina y de su lógica de reproducción social a través de la familia y la comunidad ocupa una destacada posición en los estudios agrarios. Los debates conceptuales y su propósito en el desarrollo de los diseños de las estrategias de desarrollo rural obligaron a proponer diversas maneras de entender la denominada “*economía campesina*” o “*agricultura familiar*”; de ahí emanan la organización de la unidad económica de la familia campesina y el tamaño de la misma, así como su ciclo vital, aspectos que originan una diferenciación social del campesinado frente a otros sectores de la sociedad (Chayanov, 1985).

El comportamiento típicamente no capitalista es una de las principales características de la economía campesina. Esta percepción se comprende en la medida en que la familia campesina explota su mano de obra con una finalidad de autosostenimiento del núcleo familiar y de su transmisión cultural. Por esa razón los principales analistas de la economía

campesina sostienen que una forma fundamental de la organización en la producción agrícola es la familia campesina, la cual deberá crear los medios destinados a garantizar su supervivencia general (biológica, social y cultural), determinados históricamente en el territorio (Chayanov, 1985 y Posada, 1993. Citados en Noriega, 2009).

La “racionalidad típicamente no capitalista” está basada en el hecho de permitir a las explotaciones familiares resistir la tendencia a la concentración: “la percepción de la renta está garantizada, pero a la vez inhibida por esta racionalidad. Por consiguiente, la familia, en este tipo de rol productor, es el núcleo central de la transmisión de la propiedad, pero también de la actividad en sí misma” (Balsa, 2003. Citado por Noriega, 2009).

De esa manera cobra sentido el hecho de que la explotación familiar tenga una identidad de transmisión generacional y que la fuerza de trabajo familiar esté asociada directamente con el factor de la tenencia de la tierra, que a su vez garantiza la supervivencia familiar (Jervell, 2000, citado por Noriega, 2009). En la misma dirección, afirma Galeski, la tierra es vista como un factor de producción pero más como un patrimonio, es decir, con un valor moral (citado por Noriega, 2009).

De hecho, la economía campesina, al sustentarse en la estructura de la familia extensa principalmente dedicada a la producción de pequeña escala, es más autónoma en la satisfacción de las necesidades de sus miembros. Por lo tanto, respecto de otras familias, la familia campesina es menos dependiente de la organización de la producción dentro de la sociedad global. Esta autonomía se alcanza a partir de la interacción y el apoyo que esa familia construye conjuntamente con la comunidad (Galeski, 1977).

Desde este punto de vista, el trabajo campesino, según Chayanov (1985), “cumple un estricto papel de satisfacción de necesidades. Los mecanismos económicos de estas unidades con mano de obra familiar se visualizan a partir de una dimensión subjetiva del grupo familiar. Esta relación entre el trabajo campesino y la explotación familiar se representa en el esquema adjunto, fundamentado en la visión de Chayanov.

En este sentido, la economía doméstica no es solo el lugar donde se producen bienes, tanto materiales como culturales, sino también el lugar donde se consumen. Además, la economía campesina se relaciona con la transmisión de la herencia material y cultural, así como con la división sexual del trabajo, que ocurre en el proceso productivo; tal división del trabajo se materializa en los roles asumidos por los géneros dentro la producción y reproducción económica y familiar (Galeski, 1977).

Por lo tanto, la producción y la reproducción están directamente relacionadas con las estrategias económicas que han permitido que el trabajo familiar se mantenga en contextos adversos. Otra variable analizada es la “herencia”, referida a la transferencia intergeneracional, no solo de la tierra sino especialmente de saberes y prácticas que suponen el encuentro de trayectorias individuales y colectivas a largo plazo (Noriega, 2009).

En consecuencia, Luxemburg (1923, p. 36, citado en Chayanov, 1981) afirma que “la particularidad económica de la población campesina, si se desea ubicarla en una categoría diferenciada, reside en el hecho de que no pertenece ni a la clase de los empresarios capitalistas ni a la clase del proletario asalariado, en que no representan la producción capitalista sino la producción para el consumo”.

2.3.1. La economía campesina en el contexto colombiano

Está claro que los campesinos proveen alrededor del 65% de la producción agrícola nacional, contribución representada principalmente en alimentos de consumo directo: maíz, panela, papa, plátano, yuca, fríjol... Su participación es también mayoritaria en el abastecimiento de leche y significativa en el de carnes (Corrales y Forero, 1992).

En el caso de la economía campesina colombiana este sistema de producción alimentaria, según Mondragón y Valderrama (1998), se sustenta así: i) el aprovechamiento intensivo de la tierra se adelanta con poco capital y abundante fuerza de trabajo; ii) la producción agropecuaria de la parcela está destinada a la subsistencia; iii) el usufructo del trabajo de la tierra no está dirigido a acumular capital sino a garantizar los productos y los niveles de

autoconsumo agropecuario, entre otros objetivos; iv) el ingreso familiar es bajo y está conformado por productos agropecuarios, no agropecuarios (artesanías) y obtenidos fuera de la parcela; v) la población campesina está ligada al mercado a través de la venta de productos y de fuerza de trabajo, así como de la compra de productos de subsistencia.

Las características de la economía campesina en el contexto colombiano se fundamentan asimismo en la economía campesina, definida principalmente como: i) el aporte de la fuerza de trabajo de los integrantes del grupo familiar; ii) la no acumulación de capital, y iii) la producción de alimentos y otras actividades para el autosostenimiento. Estos rasgos de la economía familiar campesina son parte de la identidad del campesino; aunque ellos no son los únicos que la definen, tienen un valor fundamental en la construcción de la misma.

Absalón Machado añade que, además de estas características puntuales, en el territorio colombiano la economía campesina se ha desplegado en varias economías o subsectores. Pueden distinguirse dos tipos de situaciones: la economía que se adapta a los mercados agroindustriales mediante el proceso de modernización y la economía campesina que carece de recursos suficientes y obra con unidades familiares que no poseen tierra y además no alcanzan a percibir los ingresos necesarios para su subsistencia. La actividad económica de la familia se sustenta en labores agrícolas, acompañadas de trabajo asalariado temporal y ocupaciones extraparcarias, como la pesca, la artesanía, el comercio, etc. (Machado, 1991).

Las condiciones estructurales de la cotidianidad campesina, como la lucha por la tenencia de la tierra y contra la inequidad en la participación del mercado, exponen a la población campesina a jornadas laborales que, durante las cosechas, oscilan entre doce y quince horas diarias de trabajo; además del tiempo demandado, las condiciones laborales del agricultor son deplorables y el rendimiento y la producción están condicionados por la ubicación geográfica y las condiciones climáticas (Pérez, 1959).

Por otro lado, el ajuste del modelo económico de industrialización adoptado por los países latinoamericanos condujo a un proceso acelerado de urbanización que desplazó a los

campesinos hacia las ciudades, privilegió las políticas orientadas al desarrollo urbano rural y ubicó en un segundo lugar la inversión pública en el agro; la política de estímulo a la industrialización desfavorece a la población campesina y restringe la demanda del sector agropecuario en materia de bienes industrializados. Las sociedades campesinas se han visto afectadas significativamente por esta política, especialmente porque ellas encarnan el desconocimiento del trabajo campesino y aceleran la pauperización y descomposición del campesinado por efecto del fuerte proceso de incremento de la migración rural hacia las urbes (Machado, 1991).

El debilitamiento de los productores campesinos es uno de los aspectos más negativos de la apertura económica aplicada en el contexto nacional. Hombres y mujeres dedicados al cultivo de productos como el trigo, la cebada y el sorgo compiten con las importaciones y a la vez quedan fuera del mercado productores de tabaco, yuca y plátano, al no presentarse una mayor demanda de estos productos en el mercado. La situación del campesinado es muy desigual porque no cuenta con los recursos y la infraestructura necesarios para competir en las condiciones trazadas por la política de apertura económica. Otra consecuencia es el debilitamiento de la seguridad alimentaria debida al cambio de las lógicas de producción y a la necesidad de subsistir en una economía monetizada. Asimismo, la tendencia migratoria del campo hacia la ciudad aumenta la pobreza de las poblaciones urbano-rurales (Machado, 1991).

Paradójicamente, el profesor Absalón Machado agrega que “los sectores agroindustriales también se han favorecido con importaciones más baratas en materia prima, incorporando parte de los subsidios otorgados por las economías más industrializadas” (Machado, 1991, p. 25). Por esa razón aumenta la mano de obra disponible para propósitos diferentes de la agricultura, coyuntura que fue aprovechada para la expansión de servicios públicos (energía, escuelas, hospitales, etc.) y establecimientos industriales y comerciales (Currier, 1950, citado en Mondragón y Valderrama, 1998).

2.3.2. Efectos de la apertura económica en la economía campesina

La aplicación de las políticas de apertura económica tiene auge a partir de la década de los años noventa, aunque sus inicios se remontan a los comienzos del decenio inmediatamente anterior, bajo la orientación del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Los factores de la producción (la tierra, la tecnología, el capital y la fuerza de trabajo) reflejan el control que distintos sectores sociales tienen sobre ellos, así como la elevada concentración de la propiedad territorial se traduce en una renta del suelo igualmente elevada. A su vez, la llamada “revolución verde”, representada en el acceso a la tecnología agrícola y a la implementación de agroquímicos, así como la mecanización, descargan nocivos efectos sobre la economía campesina y el medio ambiente (Fajardo, s. f.).

La puesta en marcha del modelo de apertura económica deja de lado las características de la producción campesina; dentro del mismo no aparece una iniciativa gubernamental de desarrollo rural y la población campesina queda relegada por estimarla como un sector desarticulado, marginal y homogéneo en vías de extinción. Desde esta perspectiva, la única alternativa para el campesino es la de convertirse en un empresario capaz de acceder a los mercados de la tierra, el capital y la tecnología, o bien desaparecer (Corrales y Forero, 1992).

En este proceso de reacomodamiento o extinción el campesinado tiene que enfrentarse a la estandarización de las tecnologías de una producción que, por sus altos grados de monetarización y contaminación agro-tóxica, configuran un proceso agresivo y devastador para el pequeño productor agrícola y para la misma tierra. Sin embargo, en los predios de la política económica no se ha creado una estrategia que pueda integrar al campesinado a la novedosa lógica de producción, no obstante que en los últimos treinta años la tendencia colombiana se ha orientado hacia la adaptación de los paquetes tecnológicos de la “revolución verde”, política que ha sido implementada especialmente hacia el mediano y el gran empresario agrícola (Corrales y Forero, 1992).

La revolución verde actuó como una solución técnica que permitió aumentar la productividad sin necesidad de redistribuir la propiedad de la tierra. Los países que la aplicaron asumieron el modelo agroexportador como modelo de desarrollo económico, en lugar de estimular el mercado interno. La especialización de los cultivos requería de capital e inversión extranjeras, lo que abrió la puerta a grandes corporaciones transnacionales que controlaban todas las fases del sistema de producción agrícola, desde el cultivo hasta la comercialización, y lo sometían a los intereses económicos (Bascuñán, 2010, p. 155).

Los costos de implementación de estas tecnologías por parte de la población campesina implican una más alta especialización de la mano de obra, mayor dependencia del mercado, requerimientos de crédito para ampliar la tenencia de tierra e impulsar el monocultivo mediante el incremento del riesgo económico y la reducción de la posibilidad del autoconsumo, pues así se elimina la variedad productiva característica de la producción campesina. La reorientación de la economía campesina hacia el monocultivo y el empleo de agroquímicos tienen una gran incidencia en la transformación cultural, cambia sus hábitos de consumo, establece periodos de descanso y afecta significativamente los sistemas agroecológicos, la diversidad de los recursos naturales y la misma identidad campesina (Corrales y Forero, 1992).

Actualmente se impulsa la segunda revolución verde, que consiste en el desarrollo industrial de productos transgénicos y de los agrocombustibles, prácticas que han incidido en la aceleración de los procesos de concentración de la tierra. La revolución biotecnológica ha agudizado la proletarización y la semi-proletarización del campesinado, y llevado al pequeño productor agrícola a soportar una gran dependencia de las grandes corporaciones transnacionales (Bascuñán, 2010).

Para introducir al campesinado en la lógica del modelo de desarrollo agroindustrial se creó el programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI), que sometía a los campesinos a una serie de proyectos encaminados a transformarlos en pequeños empresarios racionales. El DRI operaba con un conjunto de entidades estatales que trabajaban con los campesinos seleccionados alrededor de aspectos como el crédito, la asistencia técnica, el manejo de los recursos naturales, la salud, la educación, etc. Con estos criterios se implementó la

metodología del manejo integrado, propuesta por el DRI para lograr que los agricultores aceptaran un conjunto de recomendaciones estrictas que, además, exigían información detallada sobre la vida familiar y los aspectos productivos ligados a ella. Con este manejo del desarrollo rural los campesinos se hallaban, como nunca antes, bajo la mirada del poder (Escobar, 2002).

Esto se refleja en la Misión Rural, que propone una manera más eficiente y efectiva de abordar la superación de los obstáculos que impiden el desarrollo sostenible con rostro tanto de hombre como de mujer, introduciendo en la noción de pobreza indicadores que permitan identificar el complejo de privaciones que padecen los actores desde su subjetividad y que les impide desarrollar las capacidades para enfrentar la demanda, la negociación y la defensa de sus derechos fundamentales [...] En esta visión alternativa, la pobreza involucra un complejo de privaciones que varía según la organización social, la localidad, las costumbres y los roles asignados a distintas personas, e incluye, entre otras facetas, las carencias físicas, la noción de inferioridad social, el aislamiento, la debilidad física, la vulnerabilidad frente a los choques externos, la estacionalidad en la satisfacción de necesidades, la falta de poder en los contextos de regateo o negociación, la baja autoestima y la autoimpuesta humildad frente a terceros (Ospina, 1998, p. 9).

Con la visión centrada en el subdesarrollo y la pobreza se pierde la verdadera esencia de la cultura campesina como organización básica de la sociedad colombiana, y ella pasa a ser reconocida simplemente a partir de la presunta inferioridad y debilidad de esta población, ocultando las estrategias de supervivencia y su aporte a la construcción de una vida digna, que se oponen a las lógicas capitalistas, que son precisamente las que, apoyadas en el estereotipo de la pobreza y la ignorancia del campesinado, lo sujetan a las nuevas disposiciones del mercado.

Esto se evidencia en el sometimiento cada vez más riguroso a las reglas de la producción capitalista asociadas, según Cobos y Góngora (1977), a un mecanismo regulador que contenía un “paquete tecnológico” que incluía semillas mejoradas, fertilizantes y control químico de plagas, además de que los agricultores tenían que especializarse en la producción de ciertos cultivos, preparar planes detallados de producción, mantener

registros y llenarlos periódicamente, además de organizarse para mercadear los cultivos, entre otras acciones. Estos procesos de producción diferían en gran medida de las prácticas agrícolas agenciadas por el campesinado de diferentes territorios, que acostumbraba el uso del abono y el control orgánico de plagas, así como la producción no especializada, que permitía la mezcla de cultivos; además, las parcelas tradicionales mostraban una mezcla de cultivos comerciales y de autoconsumo y un gasto menos intensivo de los recursos de la finca, por ejemplo, en el aprovechamiento de materias orgánicas como el *compost* (citado en Escobar, 2002).

Entre otras consecuencias graves, en la adopción de este modelo de desarrollo aparece el aumento de las migraciones de población campesina hacia las ciudades; el modelo incide en la forma de cultivo y en el sistema de producción, y obliga a asumir riesgos sociales y ecológicos poco conocidos, además de que lleva a la gran masa de la población a afrontar peligros relacionados con la seguridad alimentaria. En 2004 la FAO informó que en el mundo existían 852 millones de personas desnutridas, cifra que para 2009 había subido a mil millones (Amin, citado en Bascuñán, 2010).

El resultado de todo esto fue que las políticas del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional terminaron por afectar significativamente a las clases medias y populares. Su influencia incidió más en las mujeres pobres y en las relaciones de género, al agravar las condiciones de explotación y flexibilización laboral para las mujeres campesinas (Escobar, 2002).

La economía campesina está afectada por el modelo de desarrollo económico del país, que excluye esta actividad económica por estar fuera del mandato capitalista manifiesto en la competitividad del mercado. Semejante criterio sobre la economía campesina es un obstáculo para la modernización del país. En este sentido, parecería que el modelo de desarrollo económico tuviese la intención de acabar con la población campesina o transformarla en individuos urbanos que, en su condición cultural de campesinos, no contribuyen a la creación de riqueza económica.

2.4. Aprendizaje cultural de las relaciones de género

Así continuó cumpliendo una tarea vital en la producción agrícola. En su parcela cubrió las labores asignadas en la cultura india: sembró y siembra; abonó y abona; aporcó y aporca; cosechó y recoge el fruto de la labranza al lado de sus hijos menores; transporta y lleva al silo hogareño o al mercado el maíz, la papa, el trigo, la cebada.

Virginia Gutiérrez de Pineda

En el anterior análisis de la economía campesina se evidenció la asimetría entre el campesinado y las clases dominantes. De la misma manera, se constató una desigualdad entre los géneros humanos en el marco de una estructura social capitalista que torna más frágil la comprensión e interacción entre ellos.

En este sentido, el propósito de analizar las relaciones de género de la población campesina en el marco de la metropolización tiene como finalidad el entendimiento de la división sexual del trabajo, así como los roles que se desprenden de ella, modificados por los procesos de transformación del territorio.

En el acercamiento a las relaciones de género en el contexto rural empieza a anticiparse su correlación con la división sexual del trabajo y se evidencia la distribución de los roles familiares con una fuerte tendencia a clasificar la división del trabajo en la división de los sexos, que marcan fuertemente las pautas del comportamiento en una cultura que se debate en una repartición de las actividades de reproducción y producción por parte de los sexos. Según Ballara y Parada (2009),

Se entiende por relaciones de género aquellas que son consecuencia de la diferente inserción de hombres y mujeres en la familia y en la sociedad, y de la asignación cultural de roles diferenciados: los hombres reciben la responsabilidad de ser proveedores del hogar y las mujeres las de la crianza de hijos e hijas y el cuidado del hogar. Como resultado de esta diferente asignación de roles, culturalmente se asocia a los hombres con la producción y a las mujeres con la reproducción (p. 13).

En parte, la discriminación de género se fundamenta en la división sexual del trabajo y en las desigualdades culturales. La división sexual del trabajo se ha comprendido más desde el punto de vista de la naturalización de las relaciones de género, es decir, las de la asociación de los papeles reproductivos a las mujeres y la asignación de los papeles productivos a los hombres. Other y Rosaldo plantean las dicotomías naturaleza-reproducción-doméstico-femenino y cultura-producción-público-masculino. Esta perspectiva divisoria de los géneros asume una oposición entre los papeles femenino (asociado a la naturaleza, por sus características reproductoras) y masculino, identificado con la cultura a causa de su capacidad de transformación del medio natural (citadas por D'Argemir, 1995).

Aunque esta sea la forma más común de describir la división sexual del trabajo desde el punto de mira de la cultura occidental, MacCormack y Strather (citadas en D'Argemir, 1995) proponen observar la división sexual del trabajo como ligada a las condiciones culturales de cada sociedad.

De esa manera, Strauss afirma que la universalidad de la división sexual del trabajo radica en la repartición de actividades como una constante de toda cultura; lo que varía en cada contexto social es la asignación cultural de los papeles sociales. El autor afirma que “las mujeres bororo trabajan la tierra, mientras que entre los zuñi este es un trabajo de hombres; según la tribu, la construcción de la chozas, la fabricación de cacharros y la confección de la vestimenta puede ser labor de uno y otro sexo” (1974, p. 31).

En este sistema de producción y reproducción de las relaciones sociales aparece implícita o explícita una serie de normas relativas a las formas de relacionamiento entre los géneros. Tales relaciones pueden evidenciarse en una jerarquía social y en la dominación de una clase sobre otra, o de un género hacia el otro. Aunque la división sexual del trabajo no es la única característica que define las relaciones de género, también se puede comprender, por ejemplo, con base en las desigualdades culturales entre hombres y mujeres, expresadas en las representaciones simbólicas creadas en esas relaciones sociales (D'Argemir, 1995).

Sin embargo, las relaciones de género son ante todo un aprendizaje social que se trasmite en las relaciones familiares y sociales. Su lenguaje está codificado en la cultura, y las distintas formas de proceder del individuo se condicionan con base en el ámbito cultural,

pero es ahí, en la cultura, donde descansa el punto de partida para transformarla, permearla, ampliarla o simplemente cambiarla. Desde este punto de vista, la idea de la naturalización de los roles en la división sexual del trabajo queda quebrantada frente a la maleabilidad de la cultura, que constantemente presenta transiciones y cambios.

No obstante, la capacidad de transformación de la cultura en materia de papeles asignados por el sistema social ha permanecido fundamentada en el patriarcado occidental, transmisión histórica heredada de la Corona española. Dicha distribución crea una notoria división de pensamientos, acciones, tareas y modos de vida en el seno del grupo familiar y en el contexto social que lo rodea. Las expresiones del comportamiento diferenciado por los roles sexuales en la sociedad crea inequidad y prohíbe de hecho a las mujeres el acceso a los derechos y al estatus del hombre.

Para Frei (citado por Valdés, 2004), el trabajador cumple con “la ley universal de la naturaleza: el trabajo”, mientras la mujer tiene en el hogar “el rol natural [...] donde tiene preocupaciones suficientes para consumir su existencia. La mujer está sin duda, fisiológicamente, mal preparada para resistir el trabajo [...] la intervención de la mujer en dos trabajos representa siempre el abandono de los hijos y el desaparecimiento de la fuerza más estable que tienen las sociedades para existir” (p. 30).

A pesar de que se reconoce la función de las mujeres en el hogar, las ideas expresadas por el autor manifiestan la división sexual del trabajo y la concepción tradicional de la incapacidad de las mujeres para asumir labores fuera del hogar, como si, en palabras de Leví Strauss, existiera una prohibición en la asignación de tareas, de tal modo que existe una división de mundos en la esfera pública (hombres) y en la mundo privado (mujeres).

Con la naturalización en la asignación de roles en el marco de la división sexual del trabajo surgen las actividades del cuidado, que en su mayoría son realizadas por las mujeres, como una expresión de la femineidad: las mujeres están “hechas” para cuidar (Molinier, 2011).

La elevada tasa de feminización justifica el empleo de expresiones genéricamente femeninas: “las enfermeras” o “las auxiliares de enfermería”. En la Francia de 2004 las

mujeres representaban el 87% del total de la mano de obra ocupada en la enfermería; los varones constituían el 13% restante, pero en psiquiatría eran el 47%, y el 27% en la especialidad de anestesia. Las mujeres auxiliares de enfermería y el personal hospitalario (el 91% y el 81%, respectivamente) ocupaban 740.000 empleos (Bessière, citada en Molinier, 2011).

La naturalización de la división sexual del trabajo ha incidido en la invisibilidad del trabajo del cuidado, que se manifiesta de manera intrínseca y trae como consecuencia un déficit crónico de reconocimiento y valoración sociales. El trabajo del cuidado se intrinca, por regla general, con la femineidad, y comúnmente se estima como un don del ser y no como un saber adquirido por la experiencia. (Molinier, 2011)

Aunque las acciones y los trabajos de las mujeres campesinas han sido invisibilizados a través de los procesos discriminatorios, el papel que desarrollan las mujeres en la economía campesina y en la organización familiar y comunitaria es fundamental, según la FAO (s. f.). Las mujeres producen entre el 60 y el 80 por ciento de los alimentos de los países en vía de desarrollo y son la mitad de los habitantes de todo el mundo. Se constituyen en el pilar de la agricultura de pequeña escala, del trabajo campesino y de la subsistencia alimentaria del grupo familiar. Sin embargo, enfrentan mayores dificultades que los hombres para acceder a ventajas como la tenencia de la tierra, el crédito y los insumos que mejoran la productividad.

Esto se traduce en el hecho de que en “América Latina y el Caribe, la población rural asciende a cerca de 121 millones de personas, las que representan –aproximadamente– el 20% de la población total. De ellas, 58 millones son mujeres –es decir, corresponden al 48% de la población rural–, y su contribución es clave en la producción de alimentos y en el desarrollo económico de la región” (Ballara y Parada, 2009, p. 10).

Desde esta perspectiva, es evidente el poder social y cultural de las mujeres campesinas, tejedoras de las relaciones sociales en la comunidad y promotoras de la dignidad y la equidad en el contexto rural. Parte de esta relevancia se expresa en el documental “Tesoros

del campo” (Galindo, citada en Pnud, 2011), realizado con mujeres rurales colombianas de la región andina asentadas en los municipios de Guasca, Sumapaz y Ráquira. El relato de una mujer campesina deja entrever lo que significa para ella su relación con el entorno y la reivindicación de sus derechos, contruidos con base en su propia autonomía:

Quando me hablan del paraíso, me imagino mi campo, su merced: limpio, puro, fresco. No me imagino otro lugar como este. Mi mamá me decía que las mujeres solo servíamos para criar y cocinar, pero eso ha ido cambiando. Ya empezaron a valorar nuestro trabajo, y ahora sí podemos tener nuestra propia tierra. Y aunque no lo crea, las mujeres del campo nos le medimos a todo. A cuidar los animales, a ver por la familia, a trabajar la tierra, a velar por la educación y salud.

Sin que importe la relevancia de las mujeres campesinas en la escena rural, sin embargo, se les ha estudiado y analizado desde la perspectiva de la discriminación social, política y cultural. De acuerdo con el Pnud (2011), las mujeres campesinas sufren una triple discriminación, asociada a su condición de mujer, al hecho de pertenecer al sector rural y a ser víctima particular del conflicto armado colombiano.

Esta discriminación se ha sustentado en las prácticas patriarcales heredadas del llamado “mundo desarrollado”. Por eso el Pnud afirma que dicha discriminación se sostiene en los roles reproductivos y domésticos asignados a las mujeres, en las diversas formas de violencia, incluida la doméstica, en las oportunidades de violencia y desaforo que ofrece el conflicto armado, en las condiciones de pobreza e insatisfacción de necesidades básicas, en el escaso acceso a la titularidad de los factores productivos (como ocurre con la tierra) y en la baja asignación de recursos económicos (2011).

2.4.1. Las mujeres campesinas en la invención del Tercer Mundo

Las condiciones de vida de la población campesina y de las mujeres rurales son analizadas a partir de la comparación entre el sector rural y el urbano. Los recientes informes de desarrollo humano confirman que la proporción de las personas que viven en el campo por

debajo de la línea de pobreza ha sido históricamente muy superior al que existe en las ciudades. El Dane sostiene que en julio de 2010 el 19,6% de los hogares de las cabeceras municipales presentaban al menos una necesidad básica insatisfecha, en tanto que en las zonas rurales la proporción subía al 53,5%. Fenómeno contrario se vivía en las ciudades, donde el respectivo porcentaje era de 0,2%. Por otra parte, en el año 2003 la cobertura del sistema de salud pública en las zonas rurales se había elevado del 51,2% al 84,6%, con la particularidad de que el 83,1% de los hogares estaba afiliado al régimen subsidiado, lo que, de todas maneras, demuestra la precaria inserción laboral de los campesinos colombianos de ambos sexos (Pnud, 2011).

El análisis del Pnud se fundamenta en la descripción de la realidad campesina a costa de la realidad urbana y mantiene la visión tradicional de centro-periferia, que ha cifrado el nivel de la vida rural en los indicadores de calidad de vida de la urbe y los patrones culturales occidentales, que sostienen que, aparentemente, en la ciudad se ofrece mejor calidad de vida que en el mundo rural, invisibilizando así la identidad cultural propia del contexto campesino, que ha ideado sus propios mecanismos de subsistencia, así como la creación y satisfacción de sus propias necesidades. Esta realidad se oculta en el paradigma del desarrollo económico.

Por lo demás, la típica interpretación del mundo campesino se ha hecho con base en la invención del “Tercer Mundo”, donde las mujeres campesinas, indígenas y afros han sido analizadas desde la óptica occidental, que las identifica como mujeres pobres, sumisas, domésticas, victimizadas, frente a la mujer occidental, educada y moderna, que controla su cuerpo y su sexualidad. Es una visión paternalista, fundamentada en la superioridad de la cultura occidental y que consolida un proceso de homogeneización y sistematización de la opresión de las mujeres del Tercer Mundo (Mohanty, 1991, citada en Escobar, 2002).

Tal imagen también universaliza y homogeneiza las culturas del Tercer Mundo en una forma ahistórica. Solo desde una cierta perspectiva occidental tal descripción tiene sentido; su existencia constituye, más un signo de dominio sobre el Tercer Mundo que una verdad acerca de él. Lo importante de resaltar por ahora es que el despliegue de este discurso en un sistema mundial donde el Occidente ejerce cierto dominio sobre el Tercer Mundo tiene

profundos efectos de tipo político, económico y cultural que deben ser explorados (Escobar, 2002, p.57)

Esta idea de la modernidad y el desarrollo económico cuestiona las formas propias de crear y concebir la cultura latinoamericana y se convierte en talanquera cuando se trata de dotar de autonomía al desciframiento de la cultura propia. Por lo tanto, cuando se revisa la literatura especializada de la “mujer rural”, las consideraciones preliminares de los documentos establecen que las mujeres campesinas se encuentran asociadas a diferentes problemas, entre ellos el de ser pobres, tener muchos hijos, no haber recibido educación formal, etcétera. ¿Cuál de todos estos imaginarios serían ideados desde el “primer mundo”?, y ¿qué tan reales son? ¿Para estimar que se superó la pobreza, el subdesarrollo y la marginalidad es necesario no procrear o solo procrear pocos hijos, ser educada, ser profesional y tener trabajo?

Por su parte, Escobar (2002) opina que los programas del modelo de desarrollo orientados a mejorar la productividad y la producción agrícolas estaban dirigidos a los agricultores varones e invisibilizaban la labor de las mujeres agricultoras al mostrarlas como “la madre encargada de alimentar el niño, embarazada o lactante, cocinera y limpiadora, cultivando alimentos en la huerta”.

En ese sentido, el sesgo patriarcal del modelo de desarrollo ha ocultado la contribución de las mujeres a la economía y dado un cariz negativo a su posición social y su estatus. No pocos planificadores del desarrollo estiman que el modelo implementado en los Estados Unidos es el ideal porque se enfoca en los varones por estimar que ellos son los trabajadores más productivos; la labor de las mujeres en el sector rural se invisibiliza y los programas enfocados en ellas se asocian a la planificación familiar, la nutrición, el cuidado infantil y la economía doméstica, es decir, se considera a las mujeres solo en relación con el rol de reproductoras. En este sentido puede afirmarse que el desarrollo modernizó las estructuras opresivas del patriarcado (Escobar, 2002).

La mujer ha sido “la agricultora invisible”, ha sido organizada mediante técnicas que consideran solamente su rol como reproductora. Hasta finales de los años setenta, la mujer

aparecía en el aparato del desarrollo solo como madre encargada de alimentar al niño, embarazada o lactante, o dedicada a buscar agua para cocinar y limpiar, o tratando las enfermedades de los hijos o, en el mejor de los casos, cultivando algunos alimentos en la huerta casera para complementar la dieta familiar. Solo el hombre se consideraba ocupado en actividades productivas, y por consiguiente los programas orientados a mejorar la producción agrícola y la productividad estaban dirigidos a él. Si había capacitación para la mujer, era en áreas consideradas naturales a ella, como la modistería o la artesanía (Escobar, 2002, p. 291).

Para el caso colombiano, Meertens (citada por el Pnud, 2011) señala que:

Los bancos siguen dando crédito a los hombres, la asistencia técnica no toma en cuenta las necesidades de las mujeres, la toma de decisiones de reproducción queda en manos de los hombres, los aportes de las mujeres a la producción, por más sustanciales que sean, quedan ocultos detrás del velo de sus actividades.

Entre tanto, respecto de la introducción de las mujeres campesinas en el modelo de desarrollo auspiciado y legitimado por organismos estatales (la academia, las organizaciones gubernamentales e internacionales en el análisis de la perspectiva de género), se deben tener en cuenta las variables que componen un nuevo modelo de desarrollo que supone la inclusión de la valoración del trabajo doméstico como condición indispensable para garantizar los efectos equitativos, entre hombres y mujeres, de las políticas de todo orden (Ospina, 1988). En esta perspectiva se evidencia el trabajo doméstico de las mujeres, pero sin cuestionar la división sexual del trabajo y manteniendo estáticas las relaciones sociales basadas en las jerarquías sociales del patriarcado.

Sin embargo, a pesar de que las mujeres representan la mayor carga social por estar entre la diatriba de la producción y la reproducción, no existen las suficientes garantías de acceso a la tenencia de la tierra. En la encuesta nacional de verificación de derechos de la población colombiana desplazada, llevada a cabo en 2010, se determinó que el 64,2% eran propietarios varones y el 26,5% eran mujeres; en cuanto a la ocupación de predios baldíos, el 70% de los hombres eran ocupantes mientras que las mujeres representaban solo el 8,9%

(Pnud, 2001). Se sugería entonces que, para permitir una mayor participación, empoderamiento y equidad de género, las mujeres deben acceder a la tenencia de la tierra como un principio fundamental de mayor autonomía de la mujer rural.

Para concluir, “se trata de integrar los temas de la mujer a la concepción y el diseño de la política económica en su conjunto: obligar a los Estados a reconocer las diferencias reales que existen entre hombres y mujeres como sujetos sociales, y la necesidad de considerar el efecto de las políticas macroeconómicas sobre la división sexual del trabajo” (Escobar, 2002, p. 316).

Con ese enfoque “el empoderamiento busca transformar los términos en que las mujeres se encuentran ligadas a las actividades productivas, de tal manera que la equidad económica, social y cultural de su participación quede asegurada” (León, 1993, p. 17). Desde este punto de vista, “la mujer puede construir un nuevo modelo de desarrollo, holístico, no economicista, más humano y justo, que incluya sus necesidades tal como ella las percibe. Sería una especie de desarrollo desde la perspectiva de la mujer” (Benería y Roldán, 1987. Citadas en Escobar, 2002).

La concepción progresista de las mujeres campesinas establece nuevos paradigmas en la comprensión de un modelo económico alternativo que plantea propuestas encaminadas a la dignificación de los sectores sociales más invisibilizados por la concepción capitalista, aunque en el proceso de empoderamiento de las poblaciones marginadas encontremos siempre la dualidad entre la emancipación y la permanente subyugación frente a las fuerzas opresoras.

Con el desarrollo teórico de las categorías de análisis construidas como el hilo conductor de las relaciones sociales que existen en el territorio, se muestran las interrelaciones existentes entre la familia campesina y la construcción social que ella hace del territorio, permeada por los cambios estructurales que se han consolidado en el curso de los siglos XX y XXI y en la incursión de la era globalizante, que propone un conjunto de políticas neoliberales que afectan directamente la subsistencia familiar, las relaciones de género y la identidad cultural campesina.

La construcción teórica del objeto de investigación permite determinar el estado del problema mediante los aportes de los autores que se han interesado en el análisis del proceso de transformación de la familia y el campesinado. A la vez, esos avances se consolidan como punto de partida de la ampliación de la perspectiva teórica y empírica, que se define en el procesamiento, el análisis y la comprensión de los datos recolectados en el trabajo de campo en el marco de la metropolización de la Sabana de Bogotá.

La base teórica presentada en este capítulo determinó el desarrollo metodológico de las categorías de análisis a través de la operacionalización de las mismas, proceso que dio como resultado el conjunto de técnicas y métodos de investigación para la recolección de información. El *corpus* de datos emanados de la actividad investigativa y presentados en la segunda parte del libro consolida el ensanchamiento de las teorías que han contribuido a la comprensión de “la familia y el territorio”.

3. ABORDAJE EPISTEMOLÓGICO Y METODOLÓGICO DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

3.1. La acción profesional del trabajo social

El análisis teórico desarrollado en torno al campesinado y los diferentes fenómenos que lo rodean, especialmente la denominada metropolización, llama la atención en este capítulo sobre la actuación o perspectiva del ejercicio profesional que analiza las circunstancias que enmarcan el problema de investigación.

En este sentido, la profesión de Trabajo Social se ha alimentado de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales destinadas a construir su propia actuación profesional y crear una perspectiva de la realidad que oscila entre la praxis y la investigación. El trabajo social es una disciplina holística que acoge distintos puntos de vista epistemológicos, metodológicos, teóricos y prácticos para abordar y comprender a la sociedad.

Tanto en la praxis como en la investigación, el trabajo social observa, analiza y comprende la relación entre una comunidad, la familia y el individuo con su territorio. Esta disciplina se orienta en develar las complejidades de tal interacción, y es clave no ignorar el hecho de que la labor profesional está territorializada en los espacios más críticos del sistema social, caracterizados por la exclusión y la desigualdad sociales.

Por tal motivo, esta investigación recurre al objeto de estudio familia y el territorio, escenario único de intervención e investigación del trabajo social. En este sentido, el interés de la tarea es indagar sobre la construcción social que las familias campesinas han hecho de su territorio, determinar cómo este espacio dotado de características biofísicas no es un espacio neutral, simplemente habitado por una población, y evidenciar cómo la acción social incide sobre la identidad y de la misma manera cómo el territorio influye en la comunidad que lo habita.

Además de interpretar las relaciones sociales que históricamente se han consolidado en la vereda de Siete Trojes en la construcción de una identidad socio-territorial, la investigación busca poner en evidencia las transformaciones que las familias de tradición campesina han manifestado en los últimos quince años, conforme emerjan de las narraciones expresiones, experiencias, recuerdos, memorias que permitan mostrar un panorama del pasado y el presente de las familias y las veredas en mención.

En el presente aparte se exponen los distintos elementos metodológicos que caracterizan esta investigación. De esta forma se incluye la perspectiva epistemológica del construccionismo social, que se ha seleccionado para comprender la realidad: la transformación de las familias campesinas de la vereda Siete Trojes por el proceso de metropolización. De igual manera se hace alusión al enfoque de investigación cualitativo, así como a las técnicas y procedimientos que se llevaron a cabo en la labor investigativa.

El enfoque cualitativo comprende el objeto de estudio de manera integral, por esta razón el diseño metodológico de esta investigación abordó un conjunto de teorías, métodos y técnicas adecuadas para la obtención, procesamiento y análisis de datos cualitativos. De

esta manera se complementan y diferencian las teorías y técnicas empleadas; en el caso del construccionismo social, enfoque epistemológico, integra múltiples métodos que buscan ampliar las formas de expresión e interpretación de la realidad estudiada, algunos de los métodos empleados en esta investigación son el diseño narrativo, la teoría fundamentada, la cartografía social y la investigación acción.

La integración de estas perspectivas teóricas y metodológicas propicio la complementariedad entre sus distintos aportes. La teoría fundamentada brindó los elementos para clasificar y codificar la información facilitando la organización y procesamiento de datos, una vez realizado el proceso interpretativo se emplearon las herramientas del diseño narrativo el cual brindó un orden y sentido a las narrativas de la población, en este sentido la segunda parte del informe de investigación presenta una descripción analítica de los aspectos cotidianos de la población de la vereda Siete Trojes entorno al significado de sus experiencias de vida en relación con el territorio, por medio de la construcción de historias de vida, recuentos cronológicos y línea del tiempo.

Por último, la conexión entre la metodología de la cartografía social y la investigación acción, es íntima, en la medida en que la cartografía social implica un proceso participativo de la comunidad, donde por medio de la interacción la investigadora busca el reconocimiento del territorio con el fin de fortalecer las relaciones sociales de la población que lo habita en pro de su cuidado y conservación.

3.1.1. Perspectiva epistemológica para la comprensión del objeto de estudio: una visión del construccionismo social

El construccionismo social es la construcción de lo real, donde las experiencias personales están enmarcadas en estructuras culturales, recuerdos y memorias que determinan a los sujetos. Por ese motivo, la construcción social de la realidad debe ubicarse en un contexto y en un rol determinados, a fin de comprender las diferentes interpretaciones de la realidad social. Lo que se considera verdadero emerge de las relaciones; por lo tanto, el

conocimiento está inmerso en las interacciones sociales y no en el sujeto como centro del conocimiento (Gergen, 2011).

Berger y Luckmann (2001) advierten que en la construcción colectiva del mundo social la construcción social de la realidad se fundamenta en la interpretación de los hechos de la vida cotidiana, que involucra diferentes esferas de la vida social y de la conciencia humana. Para ese propósito, los autores se refieren principalmente a la rutina como una forma de conocer y construir el mundo cotidiano a través de la intersubjetividad, que abarcaría las objetivaciones y sus significados que se construyen mediante el análisis fenomenológico.

Pakman (1997) advierte que el énfasis construccionista puesto en los procesos dialógicos marca un cambio significativo respecto de las teorías representacionales de la vida social. Al inspeccionar el proceso social la atención se enfoca en la producción de la interacción, espacio donde se crean ciertas ideas, descripciones y explicaciones.

Dentro del discurso del construccionismo social “el intento es concentrarse en la acción conjunta” (Shotter, 1984). En este sentido, Gergen (citado en Pakman, 1997) sugiere que la teoría relacional busca mover a los individuos hacia el énfasis donde ubican los procesos sociales construidos en el lenguaje; el construccionismo social supone, pues, que el potencial de la comunicación reside en la acción complementaria.

Por esa razón el lenguaje desempeña un papel fundamental en las entrevistas y diálogos sostenidos con la comunidad, al dar un sentido y un orden al mundo de la vida humana. Es a través del habla como se exponen las experiencias del pasado y se configuran en el presente mediante historias vivenciales. Se deduce entonces que los relatos textuales “son subproductos de la experiencia humana y se cargan de significados a partir de la manera en que se los usa dentro de las relaciones interpersonales” (Gergen. Citado por Ávila, 2012).

De ahí que el relato sea importante, porque de él se atribuirán los significados que surgen de la experiencia. Los relatos que emergieron de cada persona se construyen bajo su propia espontaneidad y develan los aspectos esenciales más significativos y que constituyen la experiencia humana a lo largo de la vida. En este sentido, la relevancia del observador y la realidad observada disminuyen en cuanto que la esencia de la búsqueda investigativa se

concentra en los fenómenos resultantes de la experiencia humana y se materializa a través del lenguaje. (Gergen, 1996, citado por Ávila, 2012).

Por otra parte, Donoso (2004) sostiene que el construccionismo social es una filosofía para la comprensión de los fenómenos sociales que contempla la articulación entre los aspectos de la experiencia individual y los fenómenos socio-culturales y trata de comprender la complejidad de la realidad. Dicho de otra manera, es la relación que existe entre los sujetos que interactúan en un contexto cultural común y que, basados en su propia experiencia y su subjetividad, construyen sus realidades y las llevan al lenguaje social.

De esa manera, la comprensión de las formas como las personas interactúan está guiada por la manera como ellas comprenden su mundo, el cual está inserto en los acontecimientos y hechos influidos por experiencias y significados socialmente aprendidos. En la construcción cotidiana de la vida, las personas atribuyen significados a las cosas y las relaciones sociales, y son estas interpretaciones y definiciones las que determinan la acción (Donoso, 2004).

En consecuencia, el conocimiento de la realidad social no se soporta en el punto de vista personal, sino en el colectivo. Bravo (2002) postula que el construccionismo social trata de establecer que el conocimiento es construido por las prácticas socio-culturales, a diferencia del conocimiento construido por el individuo, una visión que estaría actualmente en crisis.

Además, el construccionismo social es una noción de la investigación social que permite realizar estudios exploratorios de carácter fenomenológico, cuyo objetivo es la comprensión de la realidad y de los fenómenos inmersos en ella. En la dinámica grupal el investigador cumple el papel de orientador, hace uso de las descripciones, experiencias y vivencias de las personas, resalta lo que para ellas es significativo en determinado concepto, tópico o situación, y de esa manera establece la acción transformadora. Por esa razón el investigador se sitúa en una posición de desconocimiento del tema estudiado, con el fin de identificar las valoraciones, significados y descripciones que cada sujeto hace de su experiencia personal (Donoso, 2004).

En el proceso de interpretación de los relatos de la comunidad de Siete Trojes se presentan diferentes valoraciones y significados del contexto de cada sujeto frente a la apreciación de

una situación. De esa manera las personas y fenómenos sociales no se simplifican en variables predeterminadas sino que se comprenden en dependencia de la temporalidad y la experiencia personal.

La comprensión de la realidad social de las familias campesinas de la vereda Siete Trojes se orienta, pues, a identificar las interacciones y las experiencias que son fruto del acontecer de la vida cotidiana en el proceso histórico de la transformación de su territorio y las incidencias de estos cambios en los significados que le atribuyen a la identidad campesina, al trabajo y las relaciones de género, unidades de estudio que han sido construidas social y culturalmente.

Desde la perspectiva del construccionismo social, se construyó la óptica con la cual se observó e interpretó la realidad de las transformaciones de las familias de Siete Trojes. De acuerdo con esta lógica construccionista se abordó a la comunidad en mención a través de técnicas como la entrevista, la cartografía social, los grupos focales y la observación participativa, a fin de construir de manera colectiva una versión de la realidad de las familias en los procesos de urbanización de las zonas rurales de la Sabana.

Las familias de la vereda Siete Trojes construyen su realidad social en un contexto rural que está determinado por el escenario sociocultural. En el transcurso de su vida, esa comunidad ha ido construyendo su mundo mediante la interacción social y lo ha dotado de significados con el fin de tener una mejor comprensión de sí mismos y del mundo que los rodea.

Bajo esta óptica, la comprensión del mundo social de la población de estudio se puede analizar desde las siguientes perspectivas: la estructura social y la agencia humana, la estructura social entendida como el orden social, y las macro-estructuras constituidas por la religión, la educación, la familia, la economía, etc. La agencia humana es la acción social o la capacidad autónoma de los sujetos de construir su propia vida e influir en los procesos sociales (Sautu, Boniolo, Dalle y Elbert, 2005).

En este sentido, la estructura social incide sobre la agencia humana y, viceversa, la estructura social repercute sobre la agencia humana en la formación de las personas sobre su clase social, género, etnia etc. En el caso de la agencia humana, se trata de la acción

cotidiana que configura el aporte personal en las distintas tramas de las relaciones sociales que influyen en las macroestructuras (Sautu, Boniolo, Dalle y Elbert, 2005).

Esta investigación se orienta en la comprensión del sujeto, no basada en la estructura social sino en la agencia humana o la acción social de la vida cotidiana de la comunidad, privilegiando los relatos y las memorias de las personas que históricamente han realizado una construcción social del territorio y dando reconocimiento especial a las poblaciones que quedan en el anonimato de los procesos de metropolización.

Por este motivo, la investigación de la transformación de las familias campesinas en el proceso de metropolización es concebida como la configuración del construccionismo social como instrumento para comprender a la comunidad de Siete Trojes con base en sus subjetividades y su intersubjetividad, tomando como referencia de este enfoque epistemológico la necesidad de entender al individuo a partir de sus prácticas sociales y el entramado de las relaciones que otorgan diversos significados a su historia de vida.

3.2. Diseño de la investigación: estrategias para el conocimiento de la realidad

Apoyados en la teoría construccionista, los métodos de investigación reflejan los supuestos de una comunidad determinada. Por esa razón el reto del construccionismo social es desdibujar las fronteras entre las disciplinas, enfoques y procedimientos metodológicos, que por ende se fundamentan en el intercambio de un diálogo que permite la interacción de realidades múltiples, así como diversas formas de interpretación y análisis de la realidad (Gergen, 2011).

Por esa razón el diseño de investigación se concibe como una estrategia para recolectar, tratar y analizar información. En la investigación cualitativa el investigador no está sujeto a adoptar una sola estrategia para abordar esa labor; de hecho, la investigación cualitativa tiene como característica principal la flexibilidad del proceso de acercamiento y conocimiento de la realidad. Precisamente, Hernández (2008) afirma que cada estudio cualitativo es un diseño de investigación. Es así como los estudios cualitativos pueden

entenderse como “piezas artesanales del conocimiento”, hechas a mano y a la medida de las circunstancias.

En este sentido, la flexibilidad del enfoque cualitativo y las características epistemológicas del construccionismo social permiten hacer uso de las diversas técnicas y enfoques del paradigma interpretativo en el proceso investigativo; el resultado es una combinación de estrategias metodológicas que facilita el abordaje holístico del objeto de estudio.

En ese sentido, en la etapa del análisis y el procesamiento de datos se combinan la teoría fundamentada y el diseño narrativo, enfoques complementarios del proceso de investigación. Por una parte, la teoría fundamentada brinda herramientas para la clasificación y codificación de la información y establece las relaciones entre las categorías de análisis, así como sus matices interpretativos. Por otro lado, el diseño narrativo recurre al significado relevante que emerge del proceso de codificación para explorar los significados que yacen en los relatos de la población, a fin de interpretar los resultados en la construcción de historias de vida basadas en experiencias cotidianas.

Ahora bien, la relación entre el construccionismo social y el enfoque narrativo se fundamenta en la importancia que éstos le atribuyen al lenguaje materializado en los relatos de la población construidos a través de la experiencia humana, punto de partida básico para comprender los procesos sociales sustentados en la comunicación.

3.2.1. Etapas de la investigación

Para el desarrollo de este trabajo se plantearon dos momentos claves al alcance de los objetivos propuestos, a fin de resolver la pregunta de la investigación; uno de ellos se remite a la investigación de carácter documental y el otro a la investigación de campo.

La primera etapa consistió en la recopilación de información de tipo documental mediante la revisión de archivos y bibliografía especializada. Se conocieron los documentos producidos por autoridades administrativas y corporaciones públicas de la ciudad de

Bogotá y de los municipios aledaños y que se relacionan con el proceso de metropolización, tales como planes de ordenamiento territorial y estadísticas del Dane, la Alcaldía Mayor de Bogotá, la Gobernación de Cundinamarca, etc. En ese momento el ejercicio fue básicamente de tipo archivístico e informativo, aprovechando documentos de producción oficial.

Como instrumentos para la recolección de esta información se utilizaron fichas de reseñas analíticas y matrices de análisis que cruzan las unidades de estudio de la investigación, lo cual implicó un trabajo de síntesis e interpretación de la información obtenida con el ánimo de delimitar el espectro del estudio sin desviarse por los múltiples caminos que propone la teoría social.

Con posterioridad a la investigación documental, el trabajo de investigación de campo y el análisis de la información aprovecharon dos momentos relevantes: a) en el proceso de recolección de datos la autora se inclinó por técnicas de investigación social que permitieron construir socialmente una noción de los cambios y transformaciones de las familias campesinas. Las principales estrategias que acompañaron el proceso de información en la fase de trabajo de campo (empírica) fue una combinación de cartografía social y entrevistas semi-estructuradas; b) en la fase de interpretación y análisis de resultados se combinaron aspectos de la teoría fundamentada para la codificación y sistematización de la información. Igualmente la investigación se apoyó en elementos del diseño narrativo, con el fin de brindar una contextualización de la época y el lugar donde viven los sujetos de estudio, así como el empleo de la narración como una forma de comprender las historia de vida y la construcción social de las relaciones de los pobladores con su territorio.

3.2.2. Aportes del enfoque cualitativo

Para el estudio de las realidades relacionadas con los cambios y transformaciones de las familias campesinas de la vereda Siete Trojes se adopta el enfoque cualitativo que propone

una metodología flexible y abierta en el proceso de abordar a la comunidad (Hernández, Fernández y Baptista, 2008), decisión que coincidió con las necesidades de adaptarse a las circunstancias del contexto social en particular.

El enfoque cualitativo responde a las necesidades de la investigación y de la investigadora, en la misma medida en que la realidad de este enfoque es una construcción social compartida por sus miembros, cuyo principal marco de referencia es la cultura. Para la investigación cualitativa, la cultura es un concepto central entendido como la dimensión simbólica y representativa de las prácticas sociales (Davila, 1994).

Por lo tanto, el enfoque cualitativo no limita con los cánones del enfoque cuantitativo y del paradigma positivista, que desde la perspectiva del método científico traduce la realidad en términos de reducción (dato estadístico), generalización (leyes o patrones generales para explicar la realidad) y manipulación experimental de los eventos sociales, entre otros rasgos característicos del enfoque cuantitativo.

En ese sentido, la visión cualitativa de la investigación revela otros elementos de la realidad, representados en la dimensión del construccionismo social, donde no se crean realidades absolutas sino múltiples versiones de la realidad social. El principal aporte de la investigación cualitativa es tratar de comprender e interpretar la realidad, pero no mediante la objetivación de los hechos sociales sino por el camino de describir la perspectiva de los actores sociales que componen el fenómeno.

Para entender al enfoque cualitativo deben observarse tres dimensiones: el qué (la naturaleza de la realidad social), el quién (los sujetos cognoscentes y cognoscibles de la realidad) y el cómo (el proceso metodológico adoptado para conocer el contexto). A continuación se presenta cada una de ellas (Piergiorgio, 2010):

- El enfoque cualitativo enfatiza en el “qué”: como las prácticas cotidianas se representan en la construcción social de la realidad, el hecho de que la interacción humana se construya de manera compartida determina una realidad percibida como objetiva. Por esa razón el interés de las ciencias sociales es la comprensión de estas

construcciones sociales en el escenario cultural (Dávila, 1994). En este caso, la naturaleza de la realidad son las construcciones sociales de los cambios y las transformaciones que han tenido lugar en las familias de tradición campesina principalmente como consecuencia del proceso de metropolización.

- Al mismo tiempo aparece el “quién”: las familias campesinas de la vereda en cuestión y la investigadora. El enfoque cualitativo tiende a la desaparición de la dualidad y la tensión entre el investigador y los sujetos de estudio, y en su reemplazo surge la acción colaborativa entre las partes para tratar de darle un sentido a la realidad. A su vez, el enfoque cualitativo busca conocer la realidad a través de la interacción de los seres humanos que crean estructuras sociales; por lo tanto, la acción individual está dotada de un sentido que, en última instancia, es el interés del investigador social.
- En el diseño de la investigación, el enfoque cualitativo concibe al “cómo” en el sentido de estrategia utilizada para aproximarse a la realidad estudiada. Es importante tener presente que las fronteras entre los diseños de investigación cualitativa no existen, pues la naturaleza del enfoque cualitativo determina que un estudio puede apoyarse en más de uno (Hernández, Fernández y Baptista, 2008).

En conclusión, los enfoques cualitativos de investigación, asociados al paradigma interpretativo de las ciencias sociales, perciben la realidad social como una construcción colectiva de sentido, como un tejido de relaciones es siempre cambiante (Torres, 1996). Por tal razón, en este abordaje investigativo se acudió a develar los significados de las familias campesinas a través de la construcción histórica de sus interacciones sociales, el análisis de sus relaciones con el territorio y el reconocimiento de la construcción social de su realidad.

3.2.3. Entrevistas y cartografía social, procedimientos para la recolección de información

Para el desarrollo de la fase empírica de la investigación se recurrió a la técnica de la entrevista, con la cual se obtuvo información de forma oral y personalizada. La información suministrada por la población de la vereda giró en torno a los acontecimientos vividos y los aspectos subjetivos de las familias frente a los procesos de transformación territorial y familiar, y se fundamentó en las opiniones, creencias, actitudes, tradiciones y valores de la población de estudio.

En la interpretación del lenguaje expresado en la memoria histórica de los participantes, la entrevista permite conocer las perspectivas de los actores sociales. En el curso de la conversación la investigadora tiene un rol activo en la búsqueda de recuerdos y reflexiones.

Mediante las entrevistas se ha pretendido que las familias de la vereda puedan relatar sus experiencias de una manera espontánea, sin presionar en el origen de la información. Las temáticas exploradas fueron las siguientes: saber (identidad cultural, saber acerca de su entorno); hacer (trabajo en la tierra, comercialización de productos, otros quehaceres); estar (pertenencia territorial) y ser (tomar decisiones a partir de la autonomía, que crea la certeza de saber quién soy, tanto para mí como para los otros). Respecto de estas unidades de análisis se indaga sobre los cambios y las transformaciones de las familias campesinas en el proceso de metropolización.

En las entrevistas con las familias campesinas de la vereda Siete Trojes se captaron sus opiniones, sensaciones y estados de ánimo, aspectos que fueron enriqueciendo la información, y de esta manera se facilitó la obtención de los objetivos propuestos en la investigación.

Aunque el entorno donde se realizó la entrevista auspiciaba riqueza para la interpretación de los datos, también impedía en muchas ocasiones el acceso a ella, ya que las familias o las personas que estaban siendo entrevistadas se veían interrumpidas constantemente por

sus obligaciones hogareñas, por la llegada de una visita o por trabajos de construcción en lugares aledaños, entre otras circunstancias que dificultaron en cierta medida el proceso, pero que a su vez constituyeron valor agregado para una mejor comprensión de la cotidianidad de las familias de la respectiva vereda.

Por otra parte, la elección de la entrevista como técnica para recolectar información permitió un acercamiento directo con las familias asociadas a la problemática estudiada. Asimismo, la técnica se convirtió en una conversación con las personas que permitió romper el hielo, y mediante las visitas a las familias se fue construyendo la empatía y la confianza necesarias para que ellas se sintieran cómodas al momento de brindar la información.

A pesar de que la mayoría de los habitantes de la vereda estuvieron dispuestos a suministrar información, durante el proceso de recolección de datos se percibe cierta aprehensión de la población al momento de presentar el proyecto y solicitar la información, a causa de la incertidumbre que los rodea al sentir la presión de los procesos de urbanización, ya que ellos, día tras día, disminuyen la brecha entre la urbanidad y la ruralidad de la vereda Siete Trojes.

Otra razón importante de esta situación es la influencia constate que sufren las personas por parte de los urbanizadores y los industriales en relación con las propuestas de compra de los predios de los habitantes de la vereda, quienes aseguran que existe una alta especulación en los precios de los terrenos familiares, que en el futuro serán utilizados con fines de expansión de parques industriales y urbanizaciones de todo orden.

Ahora bien, el procedimiento para la realización de las entrevistas fue el de la guía semiestructurada y se fundamentó en la revisión y comprensión teórica de las unidades de análisis. A través de la operacionalización de los objetivos y de las categorías de estudio (ver anexo, No 4) los conceptos de nivel abstracto se llevaron a aspectos concretos que podían observarse en el contexto social de la vereda. Es importante anotar que las

entrevistas estuvieron acompañadas de la observación de las relaciones familiares, sociales, del entorno y del hábitat de los hogares.

Además, algunos funcionarios de la alcaldía de Mosquera fueron entrevistados con el propósito de conocer sus percepciones acerca de los procesos de expansión de la ciudad de Bogotá sobre el municipio, a fin de reconstruir, desde diferentes puntos de vista, la realidad actual del fenómeno estudiado.

Las entrevistas se efectuaron mediante el registro de voces mediante la grabación electromagnética, y una vez obtenido el documento transcrito se clasificó la información de acuerdo con las unidades de análisis. Se llevó además un diario de campo que permitió la interpretación de las entrevistas realizadas.

3.2.3.1. Construcción social del territorio mediante la metodología de la cartografía social

La práctica de cartografía social se vincula a esta investigación como una metodología para acercarse a la expresión del conocimiento sobre el territorio, como un diálogo permanente entre la investigadora y las manifestaciones de los actores sociales, cuya combinación arrojó un reconocimiento del territorio con base a la participación social de la comunidad de la vereda Siete Trojes.

En este sentido es posible la construcción simbólica del territorio, entendido como un espacio geográfico donde se opera la interacción de los sujetos y de éstos con el medio natural. Retratar esta dimensión es el objetivo de la cartografía social.

Esta herramienta metodológica permite a las comunidades conocer y construir el territorio para identificar la forma en que lo perciben y desean proyectar, en un proceso de planificación participativa que tiene como principio el saber colectivo asociado a las necesidades, problemáticas e intereses de los actores sociales frente al territorio.

A pesar de que el territorio ha sido concebido tradicionalmente como un espacio geográfico, un objeto mismo del poder y un elemento constitutivo del Estado, para este estudio el territorio tiene un significado de pertenencia e identidad que ha sido construido colectivamente en el transcurso del tiempo vivido por las familias que habitan en él.

Con esta percepción, la cartografía social es la forma como se representa el territorio a través de la valoración del espacio por parte de sus constructores, lo cual facilita la ubicación y la diferenciación de los lugares y plasma gráficamente las apreciaciones que cada sujeto tiene sobre el espacio.

La técnica como se desarrolla la cartografía social es el mapeo participativo, que se define como la capacidad que tienen las personas para evidenciar, mediante grafos, el conocimiento alrededor del entorno. Así se configura una herramienta de indagación territorial que tiene como función evidenciar el entramado de relaciones sociales del territorio y las acciones cotidianas puestas de manifiesto en los desplazamientos o los trayectos cumplidos por los habitantes en el ejercicio productivo (agricultura o industria), entre otros hechos que dejan huella en el territorio.

Los talleres de mapeo participativo desarrollados con la comunidad tuvieron el propósito de elaborar mapas del pasado y el presente para referenciar la infraestructura, el empleo del suelo y los elementos ecológicos. La memoria histórica de la comunidad es una herramienta útil para la revisión de la apropiación del territorio y la percepción con la cual las comunidades que habitan la zona desarrollaron mapas temáticos que ilustran los procesos de cambio.

3.2.3.1.1. Filosofía y principios de la cartografía social en la fase empírica de la investigación

La cartografía social es una metodología que permite a las comunidades conocer y construir un conocimiento integral de su territorio, a fin de que puedan elegir una mejor manera de vivirlo (Herrera, 2008). El territorio es un producto socialmente construido en la red de

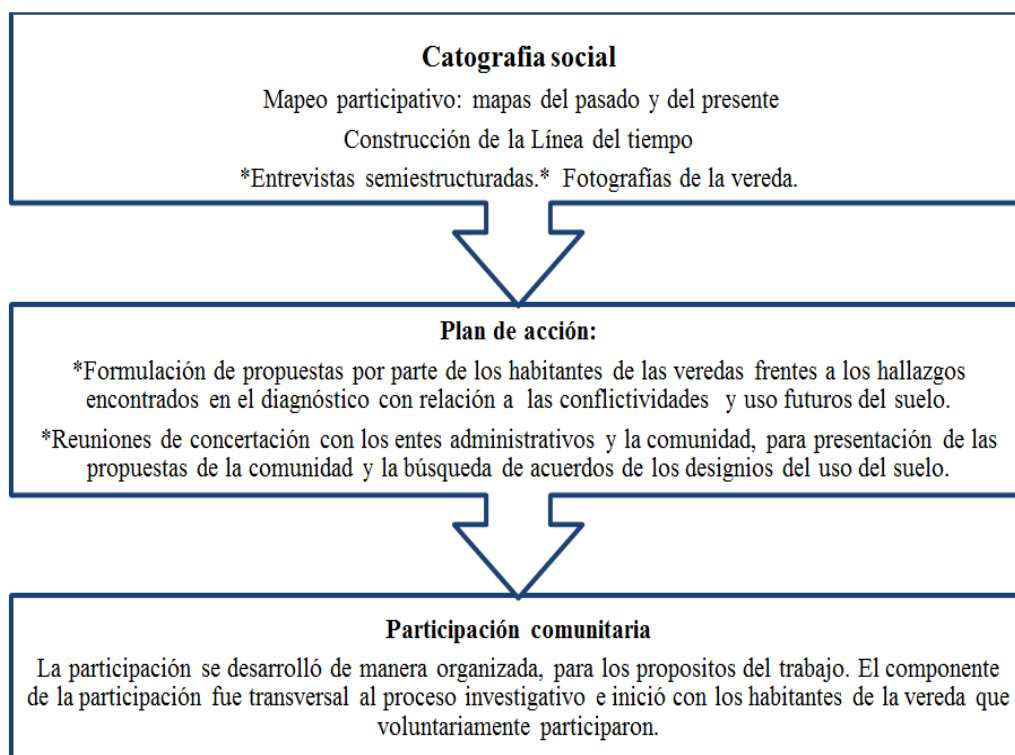
relaciones sociales, y la cartografía social se presenta como un nuevo instrumento para la construcción del conocimiento territorial a partir de la participación de los agentes sociales que intervienen en el mismo. En el curso de la recolección de información mediante el uso de esta metodología se tuvieron presentes los siguientes principios:

- La cartografía social, en su condición de nueva metodología del conocimiento, es la construcción del territorio mediante la participación activa de los actores sociales de un territorio (en este caso, la vereda Siete Trojes, del municipio de Mosquera).
- La cartografía social es una metodología que permite el reconocimiento del territorio y la apropiación y transformación del mismo a través de la acción participativa de las comunidades, que permite elegir de mejor forma el futuro de su territorio.
- La metodología de la cartografía social descansa en el marco de la investigación-acción-participación, que tiene como objetivo la acción transformadora de la realidad. Su principal vehículo de acción es el compromiso y la entrega en los procesos de cambio social, con miras a la construcción de una sociedad más justa, equitativa, democrática y participativa.
- El ejercicio del mapeo fortalece el tejido social y pone en evidencia los finos hilos del entramado de las relaciones sociales.
- Ese ejercicio se traduce en la apropiación e identificación por parte de los habitantes de la vereda frente a la construcción histórica de su territorio, mediante el levantamiento de mapas y líneas del tiempo que les permitan reconocer los usos actuales del suelo y las expresiones sociales y familiares en torno del territorio.
- El proceso de la cartografía social facilita reafirmar y reconstruir la identidad territorial y orientar a los participantes en la lógica de la participación para la toma de decisiones sobre el futuro de su vereda.

Entre otras técnicas empleadas, se elaboró una línea del tiempo con relación a los cambios hechos en el aprovechamiento del suelo, a fin de recuperar y reconstruir la memoria colectiva, rescatar los relatos de la comunidad, ubicar y descubrir los momentos más importantes ocurridos en la transformación del territorio y sus implicaciones en las relaciones familiares. Igualmente se aprovecharon las fotografías de la vereda y de sus

pobladores, así como las visitas domiciliarias y los encuentros comunitarios. El esquema adjunto presenta la implementación de la cartografía social.

Imagen 6. Metodología de la cartografía social



Fuente: elaboración propia.

3.3. De la teoría a la práctica: tareas de la investigación social

Aunque la cartografía social es una herramienta holística, en el curso de la implementación de la técnica del mapeo participativo destinada a conocer la realidad social de la comunidad se enfrentó la teoría con la praxis. Para motivar a la población a participar en los talleres se organizó una campaña publicitaria (ver Anexo 1) encaminada a sensibilizar a la comunidad.

Sin embargo, la baja participación de la población en los talleres fue notoria. Por esa razón se modificó la técnica del mapeo participativo, adelantándola ahora por sectores y dándole un carácter familiar, donde la reconstrucción social del territorio se conoció de manera focalizada en la percepción de las familias que durante decenios han habitado el territorio.

Por otro lado, como los sectores han sido afectados de manera diferente por los procesos de urbanización y construcción de parques industriales, el ejercicio de mapeo participativo se efectuó solo en dos de los cuatro que presentan menor afectación: Cajamarca y Duque.

En los sectores Sopó y Mora no fue posible realizar la experiencia de la cartografía social por dos razones principales: a) en los últimos diez años Sopó ha empezado a poblarse y sus residente son muy recientes y no están en condiciones de aportar información del pasado de la vereda; b) el sector Mora está ubicado a espaldas de una urbanización de viviendas de interés social que actualmente está presionando a las familias para vendan sus viviendas. Debido a estas dos razones, los habitantes de los dos sectores se abstuvieron de tomar parte en el proceso del mapeo participativo, aunque de ellos se obtuvo información en las entrevistas.

El trabajo de campo se inició en febrero de 2012 y finalizó en marzo de 2013. En este periodo se visitó la vereda con una frecuencia de dos o tres días por semana, y las reuniones efectuadas se discriminan de la siguiente manera:

- 2 reuniones de ejercicios de cartografía social
- 2 reuniones de línea del tiempo
- 2 reuniones de elaboración de matrices, necesidades y problemas
- 1 reunión con el Personero municipal

La alcaldía de Mosquera estuvo representada por el Personero municipal, quien asistió a la primera reunión con la comunidad, estuvo atento escuchando sus relatos y se comprometió a buscar las soluciones idóneas de los problemas. El funcionario no volvió a aparecer, razón por la cual la investigadora elevó un derecho de petición en procura de respuesta a las necesidades encontradas. Sin embargo, las personas directamente implicadas tomaron la decisión de no interponer ninguna acción legal. Puede afirmarse que en relación con los recursos técnicos, metodológicos y teóricos no basta el conocimiento de quien adelanta la investigación cuando en el conocimiento de la realidad de las comunidades se sobrepasan estos aspectos y se imponen nuevos retos para conocer y abordar la vida cotidiana de poblaciones, inmersas en proceso de cambios y transformaciones.



Fotos 1 y 2. Trabajo de campo

3.4. Muestreo intencional

En el marco de la investigación cualitativa el muestreo se distancia de las tendencias probabilistas, ya que el principal interés del investigador no es generalizar los resultados de la investigación. El proceso de definir las unidades de análisis y las muestras iniciales está determinado por la flexibilidad del enfoque cualitativo, que exige más calidad que cantidad de la muestra, puesto que la intención de la investigación cualitativa es la profundidad y el análisis de los casos seleccionados (Hernández, 2006).

En este sentido, la elección del municipio y la vereda se fundamentó en las características de la transformación del territorio operada en los últimos quince años; el municipio de Mosquera fue el escogido a causa de su acelerado crecimiento poblacional, la modificación de los planes de ordenamiento territorial y los recientes cambios en el aprovechamiento social del suelo rural. La particular ubicación estratégica de Mosquera, conectado a la capital del país a través de la carretera troncal del Magdalena, le atribuye características distintivas, entre ellas el incremento de las zonas francas, parques industriales y puertos terrestres, ejes fundamentales del almacenamiento y la distribución de mercancías.

Aunque en otras provincias de la Sabana se evidencian consecuencias similares a las del contexto territorial de Mosquera, este municipio fue elegido para la presente investigación con base en criterios surgidos del análisis de la bibliografía especializada relacionada con la

integración territorial del entorno “Bogotá-ciudad- región”, donde se evidenció que, a diferencia de las provincias Sabana central y Sabana oriental, la Sabana occidental presenta un agudo proceso de metropolización que ha desencadenado diversos efectos, especialmente relativos a la especulación con el valor del suelo, la desaparición paulatina de la agricultura como actividad económica de la región y el rápido agotamiento de recursos naturales como producto de los cambios del uso del suelo (de vocación rural a consumo urbano industrial).

Una vez identificado el municipio, la vereda fue seleccionada al final de una serie de visitas de campo hechas en el área rural de Mosquera. Mediante la observación participante de las seis veredas del municipio, se identificó la denominada Siete Trojes debido a que cumplía con los criterios de elección contemplados en el planteamiento del problema. La población vinculada a la investigación está conformada por familias campesinas que habitan en zonas de alta transición en materia de disposición del territorio, característica que determina la aparición de nuevas formas de integración e identificación en el seno de los núcleos familiares y respecto de su entorno social.

Aunque los efectos del fenómeno de la metropolización han afectado a otras veredas, ellas se descartaron debido a la ausencia de familias raizales u originarias del territorio, aspecto que se encuentra relacionado con la tenencia de la tierra, sustentada en la explotación agrícola mediante el alquiler de parcelas.

La elección de la vereda Siete Trojes se fundamentó en la presencia de familias conformadas por tres generaciones, aspecto crucial para poder determinar los cambios intergeneracionales suscitados en el seno de las familias antes y durante la transformación del territorio.

El prototipo de esta población se estableció mediante un muestreo intencional que tuvo dos características principales:

- a) Población de la vereda que tenga más de veinte años de permanencia en el lugar y permita conocer su percepción histórica en la transformación de ese territorio y de sus relaciones sociales.

- b) Entrevistas a familias cuya característica, además de la temporalidad ya mencionada, es la mantenerse en ese hogar en un curso no menor de tres generaciones sucesivas (abuelos-abuelas, hijos-hijas y nietos-nietas), esto es, se trata de familias extensas, a fin de determinar los cambios y las transformaciones de tales familias en materia de relaciones intergeneracionales.

En el procedimiento empleado para selección de la muestra, las características de la población se establecieron mediante la selección de actores de información determinante y el empleo de la técnica de muestreo cualitativa “bola de nieve”, consistente en la creación de una red de información en la cual un actor social ofrece información relevante sobre otro sujeto que cumple con las características de la población objeto del estudio, quien a su vez referencia a otro sujeto de interés para la investigación, creándose así un sistema de información basado en el conocimiento de la comunidad, en este caso la vereda Siete Trojes.

En el curso del trabajo de campo fueron entrevistados veintisiete hombres y mujeres que fluctuaban entre las edades de 18 y 75 años de edad. La vereda se encuentra dividida en cuatro sectores: Cajamarca, Mora, Sopó y Duque, nombres que aluden a los apellidos de las familias que habitan tradicionalmente ese lugar y que por su antigüedad fueron denominados así. De cada sector se tomó una muestra, que osciló entre dos y tres familias.

3.5.Elementos, teoría fundamentada y diseño narrativo: enfoques del análisis e interpretación de la información

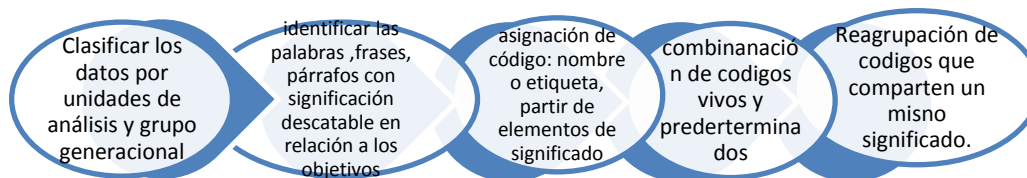
Una vez que se contó con el corpus o sistema de datos de la investigación, se procedió a implementar el proceso de codificación de la teoría fundamentada, que brinda elementos esenciales para la organización y el procesamiento de datos mediante el sistema de asignación de códigos, lo cual dio lugar a la descripción analítica de las unidades de análisis para la comprensión de los cambios, transiciones y transformaciones de las familias campesinas en el contexto del municipio de Mosquera.

Desde la perspectiva de la teoría fundamentada, y dentro del proceso de análisis cualitativo, la *organización* y el *procesamiento* de los datos transitan, según González y Cano (2010), los siguientes pasos:

1. Extraer el grueso de datos que tengan una significación relevante en relación con los objetivos de estudio.
2. Establecer las relaciones que existen entre los datos y que faciliten realizar esfuerzos de abstracción más elevados en busca de la elaboración de conceptos, proposiciones, modelos y teorías.
3. Organizar y procesar los datos, que no es un trabajo mecánico sino que está cargado de matices interpretativos.
4. Trabajar los datos, consiste en abstraer y dejar a parte de la subjetividad de la investigadora en el proceso de hacer emerger los a partir significados.

La codificación de los datos consiste en fragmentarlos y segmentarlos a fin de encontrar su significación y relacionarla con las preguntas y los objetivos de la investigación (González y Cano, 2010). El proceso da los siguientes pasos:

Imagen 7. Proceso de codificación, fragmentación y segmentación de datos



Fuente: elaboración propia con base a los datos de González y Cano, 2010.

El proceso de codificación de datos implica preparar la materia prima que luego habrá de ser abstraída e interpretada. La codificación permite condensar los datos en unidades

analizables y así interpretar lo que los datos quieren decir. La codificación ayuda a hacer el tránsito de los datos a las ideas (González y Cano, 2010).

Como se afirmó respecto de la Gráfica 5, para realizar el proceso de codificación se deben asignar códigos vivos (que son etiquetas de las categorías, constituidas por pasajes, frases o palabras exactas de los participantes, o notas de observación, más que el lenguaje concebido por el investigador), además de los códigos predeterminados por la persona que adelanta la investigación, los cuales utilizan un lenguaje más técnico (Hernández, 2008).

Por otra parte, para la presente investigación se realizó una codificación abierta, consistente en que la investigadora revisa todos los segmentos del material para analizar y elaborar, por comparación constante, una interpretación con significado de las unidades de estudio. Las unidades de estudio se basan en datos recolectados mediante entrevistas, observaciones y diarios de campo (Hernández, 2008).

3.5.1. Diseños narrativos

El diseño narrativo brindó elementos valiosos para el análisis y la interpretación de los resultados en relación con el abordaje de la contextualización, la época y el lugar donde vivieron las personas que representan el objeto de estudio, así como sus experiencias.

En esta investigación se analizan los diversos relatos, pasajes y acontecimientos en sí, el ambiente (tiempo y lugar) en el cual vivió la persona o el grupo familiar, las interacciones, la secuencia de los eventos y sus resultados. En la indagación se reconstruye la historia o los sucesos de manera cronológica y se muestra una cadena de eventos de las tres generaciones familiares; posteriormente la investigadora arma el relato de conformidad con su objeto, dando importancia a la identificación de categorías y temas emergentes que provienen de las historias contadas por los participantes, los documentos, los materiales y la propia narración de la investigadora (Hernández, Fernández y Baptista, 2008).

Mertens (citado por Hernández, Fernández y Baptista, 2008) identifica los estudios narrativos en los siguientes tópicos: a) enfocados en una temática, suceso o fenómeno; b)

biográficos: de una persona, grupo o comunidad, c) autobiográficos: de una persona, grupo o comunidad, incluidos testimonios orales en vivo de los actores participantes.

Respecto de la presente investigación, ella se enfocó en tópicos de una temática o fenómeno social relacionados con las transformaciones de la familia campesina en el proceso de metropolización, en el cual, en el curso de tres generaciones, se observan las modificaciones paulatinas asociadas con los movimientos, cambios y transiciones de la vida familiar; por consiguiente, también el análisis y la construcción de las descripciones que estas transformaciones tuvieron en el curso de las experiencias y los hechos pasados y presentes, así como en las representaciones del futuro elaboradas por los pobladores de la vereda.

El enfoque narrativo aborda la elección de los participantes (hombres y mujeres) cuyos relatos reflejen el interés de la investigadora; la inmersión en el campo se refiere al reconocimiento y la revisión del lugar donde ocurrieron los hechos, así como a la búsqueda de antecedentes históricos sobre los participantes, con fines de contextualización. El análisis de la narración del relato se hace con el propósito de identificar unidades, categorías y temas destinados a establecer una cronología de eventos que lleven a validar la exactitud de los datos, mientras la exploración persigue dar con el significado de las experiencias narradas y documentadas y afinar la elaboración de la versión final de la narración (Hernández, Fernández y Baptista, 2008).

El presente estudio toma elementos del diseño narrativo y presenta historias de vida que se fundamentan en los relatos hechos en las entrevistas acerca de la construcción social de la identidad de las familias en relación con su entorno rural. Por eso las autoras Puyana y Barreto afirman que las historias de vida

[...] describen una estrategia de la investigación encaminada a generar versiones alternativas de la historia social a partir de la reconstrucción de las experiencias personales. Se constituye en un recurso de primer orden para el estudio de los hechos humanos, porque facilita el conocimiento acerca de la relación de la subjetividad con las instituciones sociales, sus imaginarios y representaciones. La historia de vida permite traducir la cotidianidad en palabras, gestos, símbolos, anécdotas, relatos, y constituye una

expresión de la permanente interacción entre la historia personal y la historia social (s. f., p. 186).

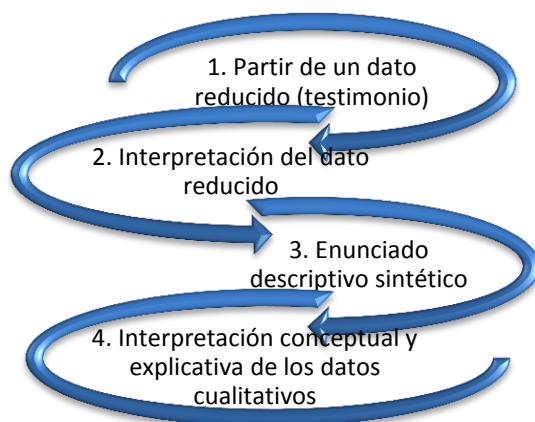
Entre los principales elementos sustraídos del diseño narrativo se encuentran las interacciones de los participantes con un valor agregado, que son las experiencias dotadas de significado, la temporalidad que permite conocer la percepción de las familias con relación a su pasado, presente y futuro y con las características del contexto asociado al medio ambiente, a las condiciones sociales, políticas, culturales y económicas que crean un marco de interpretación de la realidad que posteriormente es retratado en la historia de vida.

3.5.2. Interpretación y descripción de la construcción social de la realidad de la vereda Siete Trojes

El resultado de la investigación en materia de análisis e interpretación de la información parte la descripción de los datos cualitativos con el fin de establecer su estructura y comportamiento a través de la interpelación de los sentidos y significados que las familias le atribuyen al problema.

Esta investigación describe las transiciones, transformaciones y cambios de las dinámicas familiares de la vereda Siete Trojes, del municipio de Mosquera, a partir de la observación de las unidades analíticas relevantes para la comprensión de las expresiones sociales de la familia. Los siguientes son los pasos que se dieron en el análisis descriptivo.

Imagen 8. Análisis e interpretación de datos



Fuente: elaboración propia basada en los datos de Navarrete (2011).

El análisis e interpretación de la información se realiza por medio de un dato empírico reducido, que es interpretado por la investigadora según el contexto del estudio, para producir un enunciado sintético que se relaciona con los referentes teóricos, con el fin de alcanzar una comprensión conceptual y explicativa de los datos emergentes del fenómeno social.

Según Navarrete (2010), para hacer un análisis descriptivo: a) se parte de los datos cualitativos (relatos) reducidos y procesados;⁸ b) de los datos cualitativos se infieren descripciones parciales de carácter empírico; c) se establece el enunciado sintético, que resume las características identificadas; d) la interpretación del enunciado sintético debe estar apoyada en las teorías que permitan comprender la naturaleza de los datos y den paso a enunciados explicativos y conceptuales de la realidad social.

⁸ La reducción y el procesamiento de la información se realizaron mediante el programa Atlas-TI, mediante el sistema de categorización y codificación propuesto por la teoría fundamentada.

SEGUNDA PARTE

Análisis e interpretación de la información



4. LAS NARRATIVAS DEL TERRITORIO

El análisis teórico y metodológico ha permitido la comprensión de la relación que se establece entre la familia y el territorio, así como de los diferentes factores que han incidido en la transformación de los mismos. Fenómenos como la expansión desmesurada de la ciudad de Bogotá sobre la periferia han impuesto nuevas formas de vida y relación entre las comunidades y las familias de las zonas rurales de los municipios cercanos a la ciudad. Asimismo, este crecimiento exponencial ha configurado la polarización del territorio y evidenciado una gran desigualdad social y económica surgida de la segregación social, a su vez determinada por el espacio habitado.

Como resultado de la integración territorial de la ciudad con la periferia, a continuación se presentan los principales cambios, transiciones y transformaciones operados en las familias campesinas en un contexto particular denominado Vereda Siete Trojes. Los hallazgos aquí relatados corresponden al trabajo de campo realizado en el territorio mediante una metodología participativa que permitió conocer y construir colectivamente las relaciones que las familias han mantenido en el curso de los años de permanencia en la vereda.

En el presente capítulo, “Las narrativas del territorio”, se hace una descripción de las características biofísicas, culturales y económicas de la vereda en dos momentos diferentes, el pasado y el presente, ilustrados por medio del mapeo comunitario y los relatos surgidos de las entrevistas efectuadas en el curso de su vida.

Intentamos además establecer los cambios materializados en el curso del tiempo en los espacios donde se observa la incidencia de las administraciones públicas en la modificación de los planes de ordenamiento territorial, los efectos de los cambios operados en el aprovechamiento del suelo frente a la pérdida de recursos naturales, en particular el agua, la transición de vereda a barrio, la valorización predial, el cambio en las relaciones comunitarias y familiares, la inseguridad y los dilemas de la permanencia en el territorio.

4.1.Relatos de la vereda Siete Trojes: pasado y presente

4.1.1. El pasado de la vereda

Las niñas más grandes le dijimos a la profesora Anita: ¿por qué esto se llama Siete Trojes?, ¿por qué ese nombre, que no es tan popular?, y ella nos decía que se llamaba Siete Trojes por los graneros que habían allí para almacenar papa, zanahoria, mazorca, verdura. Habían unas casas grandes, amplias, en adobe, donde entraban los carros de madera, que los tiraban los bueyes (mujer de 78 años).

Los relatos y testimonios de las personas consultadas se transcriben de manera poco rigurosa y ordenada, sin que se evidencien claramente los criterios que los agrupan, los cuales podrían facilitar la lectura y comprensión de los mismos.

Los habitantes describen la vereda Siete Trojes como un territorio que en el pasado se caracterizaba por la diversidad paisajística y de recursos naturales. Quienes habitaban la vereda en los años 60 eran en su mayoría pequeños y medianos productores de ambos sexos relacionados principalmente con el sector agropecuario.

Los pobladores actuales afirman que habitan la vereda desde hace más de cinco generaciones, no saben cómo arribaron allí sus antepasados pero sus habitantes más antiguos, que frisan entre los sesenta y los setenta años de edad, recuerdan que sus abuelos y abuelas eran originarios de ese lugar. Las diferentes historias de vida que se tejen en Siete Trojes proceden de familias campesinas que forjaron su existencia en este territorio del municipio, de generación en generación, hasta la actualidad.

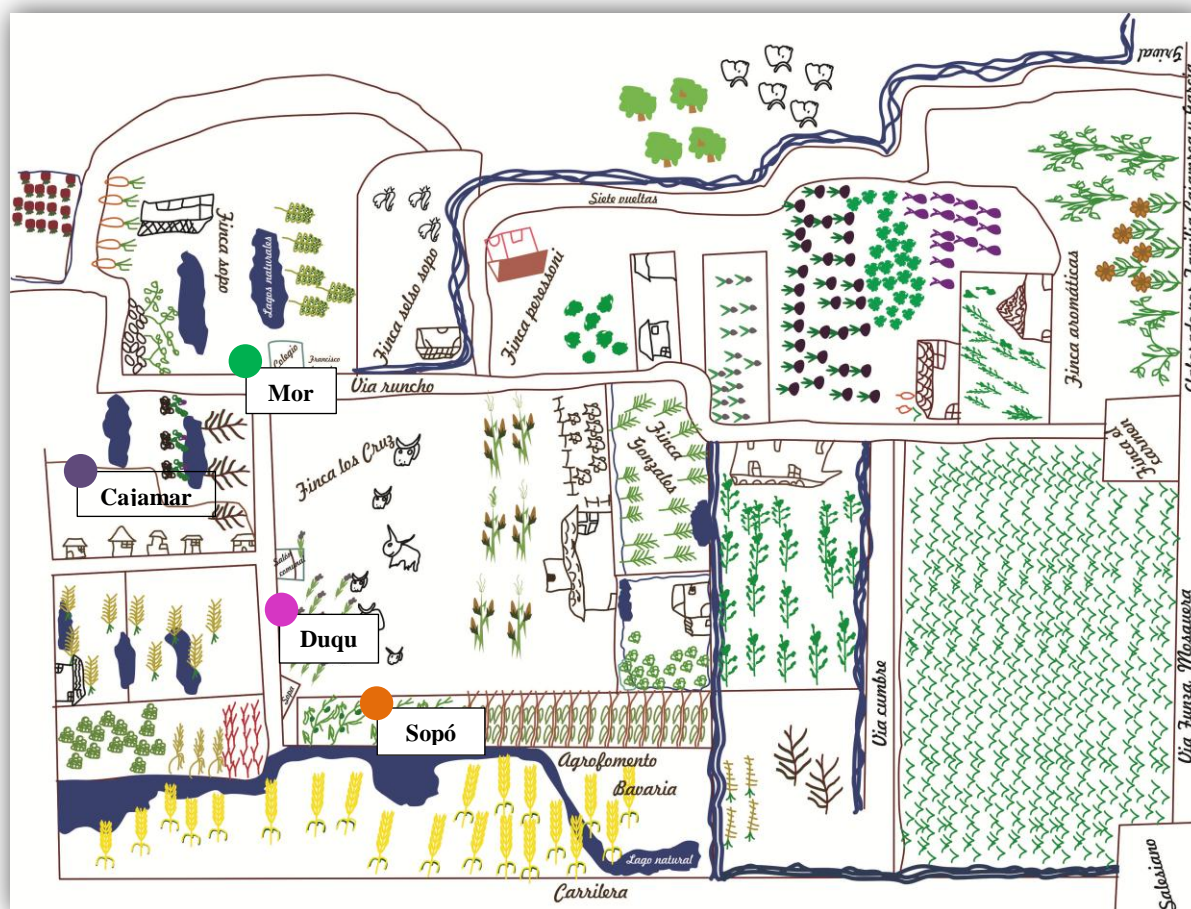
Las familias propietarias de parcelas (lotes entre 200 y 400 m²) eran consideradas como pequeños productores. Esta población cultivaba en pequeña escala con destino al autoconsumo y el intercambio, y a la vez era empleaba como jornalera en las fincas de mayor producción agropecuaria y en otras actividades económicas, entre ellas la

elaboración y comercialización de colchones de fique y tamo, el servicio doméstico y la tenencia y cuidado de animales domésticos, entre otros oficios.

4.2.1.2. El paisaje, el cultivo y el agua

La población de Siete Trojes reconoce la importancia de los tres asuntos fundamentales que se representan simbólicamente en la imagen No. 8,⁹ donde se resaltan el agua, el paisaje y abundantes cultivos, y de ahí surge el nombre de la vereda: “siete” eran los granos o cereales que se cultivaban, principalmente el maíz, la cebada, el trigo y la avena, y los trojes eran los graneros donde se depositaban los cereales cosechados y demás productos almacenables.

Imagen 9. Mapa del pasado (decenio de 1960)



⁹ Elaborado con la técnica de la cartografía social por familias de la vereda.

El mapa del pasado resalta la producción agrícola, representada en la abundancia, variedad y rotación de la producción. Los alimentos más significativos que se cultivaban tradicionalmente en la vereda eran el maíz, la papa, la cebada, la remolacha, la cebolla cabezona, además de yerbas aromáticas, zanahoria, lechuga, fríjol, tomate de árbol, lulo, repollo y alverja. Según las memorias de la población, tales productos se obtenían sin acudir a ningún recurso químico y apenas con el uso del arado, que hacia la década de los 80 fue reemplazado por el tractor y la implementación de fertilizantes y pesticidas.

La producción agrícola se constituyó en el factor fundamental que aseguraba la alimentación de las familias en los años 60, y se configuró como un componente trascendental del sostenimiento de la vida campesina, que además aseguraba su subsistencia como fuerza de trabajo de las haciendas.

4.2.2. El rastrojo

Íbamos a recoger la cebolla, la papa, la mazorca y al menos no hacía falta la comidita... Salía uno y estaban los cultivos para el rastrojo, entonces uno cogía hartito para vender y nos quedaba para la casa (mujer de 53 años).

En Mosquera, rastrojear era una actividad que se realizaba en predios de medianos productores, quienes permitían a las familias de la vereda recoger alimentos como papa, zanahoria, maíz, alverjas, hortalizas, cebada y otros que quedaban como sobrantes de la cosecha.

La práctica del rastrojo permitía a las familias hacer economías en los gastos del hogar, tener una mayor seguridad alimentaria y establecer lazos de confianza y apoyo con los diferentes habitantes de la zona. La práctica también reforzaba los vínculos entre las familias de la vereda, que disfrutaban del contacto con la tierra y de la recolección de sus frutos para un posterior aprovechamiento de su comercialización y su consumo directo.

En este sentido, Bascuñán (2010) afirma que la construcción de la identidad de la población campesina con el territorio está asociada a la pequeña producción agrícola como mecanismo de satisfacción de las necesidades materiales de la unidad doméstica, sustentada

en los recursos naturales de la región. Moreno (2005) estima, por su lado, que la consolidación de las relaciones sociales basadas en el territorio facilitaban una mayor proximidad social, estimulada por la convivencia en un entorno común, la relativa durabilidad en el tiempo de los lazos sociales y la interconexión de las relaciones afectivas y de parentesco, todos ellos factores que tendían a fortalecer el tejido social (citado por Ballara y Parada, 2009).

Por lo demás, la relación de la población con el territorio permitía una mayor estabilidad de las relaciones sociales, entendida como el acceso permanente a los productos agrícolas, la calidad de vida atribuida al paisaje y las características de seguridad del entorno, la satisfacción de las necesidades de la economía familiar, fundamentada en la agricultura y el trueque, y el sentido de pertenencia al territorio, manifestado en las narraciones de la población que aluden principalmente a la permanencia histórica de las familias campesinas, asociada al cuidado de los recursos naturales. Todo ello fortalecía la identidad campesina.

Para los agricultores de Siete Trojes las bondades del recurso del agua significaban abundancia, vida y protección mutua. La conservación de las fuentes de agua aseguraba la existencia de la comunidad, que dependía de ellas para el consumo humano. Esta característica particular es representada de manera significativa en el mapa del pasado (ver Imagen No. 3). Las familias asignaban a ese recurso un lugar especial y reconocían las diferentes fuentes hídricas veredales.

El agua era clarita, cristalina. Uno cocinaba con esa agua, los vallados permanecían limpios, los mismos hacendados tenían su gente, los arreglaban y cuidaban. Cuando había invierno bajaban peces. Se ponían costales entre las zanjas y amanecían unos pescados grandes, deliciosos (mujer de 58 años).

El paisaje natural, representado por un ambiente campestre asociado al agua y la producción agropecuaria, simbolizaba las características paisajísticas del lugar. En sus relatos, los habitantes coinciden en la presencia de lagos, zanjas y aljibes, aprovechados para todo tipo de actividad humana. Eran recurso fundamental para la siembra y el mantenimiento de la biodiversidad y, según los abuelos y abuelas de Siete Trojes, en las

fuentes hídricas se hallaban peces toro, guapuchas, capitanes y otras especies, como anfibios y cangrejos (ver Imagen 9. Línea del tiempo).



4.2.3. Celebraciones y relaciones vecinales

Antes éramos más unidos: para una misa, un entierro, nacimientos, para lo que fuera; que si alguien se enfermaba, uno estaba pendiente. A veces se hacían bazares, se reunían fondos para los regalos de los niños, para colocar la luz. Después nos unimos para arreglar la escuela (mujer de 42 años).

Gracias a las relaciones vecinales y las celebraciones caracterizadas por la unión y la solidaridad, el conocimiento entre las familias que habitaban y que todavía habitan la vereda dio pie a la concertación de lazos de cercanía entre los grupos familiares, situación que facilitó la vida en el territorio y el surgimiento de la agencia social producto del liderazgo: la Junta de Acción Comunal. Esta organización emprendía acciones en compañía con los habitantes en procura de logros comunes, comenzando por la instalación de servicios públicos domiciliarios como las redes de acueducto y energía eléctrica.

Las expresiones del vecindario sobre sus mutuas relaciones y sus actividades de integración social denotan una serie de vivencias caracterizadas por celebraciones religiosas,

especialmente en las épocas decembrinas y la Semana Santa. Tales fechas eran una oportunidad de integración social y cooperación mutua y despertaban el interés de las comunidades vecinas en el mantenimiento de la identidad comunitaria, que salía fortalecida.

Los bazares populares eran también producto de la organización social de la población, que gestionaba los recursos humanos y los materiales necesarios para promover las actividades de rigor en el Día de la Madre, el Día de los Niños, las novenas de Navidad, etc. En el curso de muchos años estos eventos se tornaron relevantes para los habitantes del sector. El histórico tejido social característico de nuestra población campesina sigue conservando los fuertes vínculos de sus habitantes, manifestados en las celebraciones culturales y el trabajo comunitario.

Sin embargo, los cambios introducidos en el aprovechamiento del suelo produjeron una ruptura de las relaciones sociales de la comunidad. Los nuevos barrios que empezaron a conformarse dieron lugar a la división geográfica entre el mundo rural y el urbano y a la percepción de fronteras invisibles que afectaron las interacciones de la población de los barrios emergentes y de aquella residente en el segmento de vereda que aún se mantiene en pie.

4.3. El presente de la vereda Siete Trojes: cambios de tiempo y espacio

La vereda Siete Trojes se ubica en predios del municipio de Mosquera, situado en el costado accidental de la ciudad de Bogotá. Entre los años 60 y 80 del siglo pasado¹⁰ la vereda limitaba por el norte con la vereda El Charquito, por el sur con el centro histórico de Mosquera, por el occidente con la carretera Troncal del Magdalena Medio y por el oriente con el municipio de Funza (ver Imagen 5).

¹⁰ Las fechas presentadas en los periodos 1960-1980 y 1990-2012 corresponden a los datos obtenidos en el curso del trabajo de campo entre la población de Siete Trojes (cartografía social) y corresponden a sus memorias; la información ha sido triangulada con ayuda de la misma población, ya que no existen datos oficiales para su verificación y en la Alcaldía reposan solo datos recientes.

En los inicios de los años 90 la expansión urbana e industrial modificó significativamente los límites de la vereda, que para ese momento habían variado en el costado occidental como resultado de la instalación del parque industrial Montana, que atraviesa Siete Trojes hasta la Carrera 24, y a finales de ese mismo decenio y en el primero del siglo XXI los límites de la vereda cambiaron nuevamente, en este caso por su lado occidental, como consecuencia de la reciente construcción del parque industrial Santo Domingo, y asimismo hacia el sur, en los límites con el barrio El Poblado.

Imagen 10. Georreferenciación del territorio de la vereda Siete Trojes



Fuente: fotografía satelital tomada de Google Earth.

La fragmentación territorial de la vereda impuso las fronteras sociales y territoriales que empezaron a debilitar las relaciones entre los habitantes y el liderazgo social que se existía en los años 60, mientras las estrategias de ayuda mutua y cooperación comienzan a desaparecer por efecto de los nuevos proyectos urbanísticos.

A causa del rápido proceso de modificación del uso del suelo en Mosquera, el borde rural de Siete Trojes cedió espacio ante la construcción de los parques industriales y las últimas urbanizaciones de vivienda (fotos 4 y 5). Este dinamismo de la expansión territorial va adsorbiendo las características naturales y culturales del territorio y establece nuevas prácticas sociales y estilos de vida asociados al mundo urbano.



Foto 4. Zona franca Montana sector Duque



Foto 5. Urbanización Colsubsidio sector Mora

4.3.1. Incidencia de las administraciones públicas en los cambios del uso del suelo

“Él entró a la Alcaldía y ahí mismo dijo: ‘¡No!... Aquí está mi desvare, y comenzó’. Él fue el que empezó a urbanizar. Entonces, ya ve: esto se volvió solo urbanizaciones, a causa de que este señor puso el ojo donde estaba todo: ‘Véndame esto, véndame lo otro’... y, pues, no se descarta que cada alcalde llega a tener sus mordidas. Por ejemplo, el alcalde, que está lleno de plata, rico, rico, porque es hábil y se entiende que por eso progresa” (hombre de 60 años).

Los cambios operados en el territorio han estado acompañados de una serie de decisiones municipales apoyadas en el Plan Básico de Ordenamiento Territorial de Mosquera. Se ha legislado sobre el cambio del uso del suelo de clasificación rural a suelo de expansión, y de uso agrícola a uso industrial. Tales decisiones políticas y administrativas han aparecido al

lado del proceso de transformación del territorio, lo cual ha creado la necesidad de tomar medidas para avalar los cambios hechos en el aprovechamiento del terreno.

En el municipio de Mosquera tales transformaciones han sido impulsadas con base en la modificación del Plan Básico de Ordenamiento Territorial (Pbot). En los últimos diez años el Acuerdo 020 de 2006 y el Acuerdo 028 de 2009 asignaron los nuevos usos del suelo de Siete Trojes, que consideran a la vereda como una zona en expansión, como consecuencia del crecimiento del municipio de Mosquera.

El POT del Municipio, acordado en el año 2000, así como su modificación en el año 2007 (Acta de la Resolución 0933 de 2007), se relacionan particularmente con las veredas San Jorge, San Francisco y Siete Trojes. En el POT de Mosquera del año 2000 se establece que para el caso de Siete Trojes se emprende un cambio del uso del suelo, tradicionalmente agrícola, por el de zona industrial rural y suburbana.

El establecimiento de este tipo de suelo se ajustará a las previsiones de crecimiento de la ciudad y a la posibilidad de dotación de infraestructura dirigida al sistema vial, el transporte, los servicios públicos domiciliarios, las áreas libres, los parques y el equipamiento colectivo de interés público o social (Pbot, 2007).

Por otra parte, en el Artículo 15 del Acuerdo 028 de 2009 los suelos rurales de las veredas San Francisco, San José, San Jorge, Serrezuelita, Balsillas y Siete Trojes se clasifican una vez hecha la identificación de las determinantes ambientales. En el caso de Siete Trojes el aprovechamiento del suelo es industrial, y es agrícola solamente el cultivo de flores.

En este sentido es importante apreciar que en el artículo 58 del Acuerdo 028 de 2009 el suelo rural lo constituyen los terrenos no aptos para el provecho urbano, por razones de oportunidad o por su destinación a usos agrícolas, ganaderos, forestales, de explotación de recursos naturales y actividades análogas, todo ello de acuerdo con el Artículo 33 de la Ley 388 de 1997.

Aunque los cambios introducidos en el aprovechamiento del suelo de la vereda Siete Trojes fueron regulados por los POT, en el relato de los pobladores se expresa que tales modificaciones están asociadas a la corrupción de los alcaldes municipales. Es el caso de José Álvaro Rozo Castellanos (2004/01/01-2007/12/31), vinculado a la controversia por la compra de dos lotes de la vereda Siete Trojes adquiridos por Tomás y Jerónimo Uribe, hijos del ex presidente Álvaro Uribe Vélez; en el contrato fiduciario FC-Lotes adquirido por su empresa Residuos Ecoeficiencia su valor de compra era de \$33.926.553, pero cuando esta empresa transfirió los activos a Yogur S. A. (compañía de Tomás y Jerónimo Uribe), pasaron a valer \$3.092.988.400, dato que quiere decir que, en menos de un mes, el valor de la inversión se multiplicó por cien (Coronel, 2010).

El vínculo del ex alcalde Rozo con esta polémica actuación de la familia Uribe se asocia con el cambio introducido en el Pbot y el desarrollo de un plan parcial efectuado en el tiempo récord de un mes y doce días después de realizada la implementación de la zona franca (o sea, en julio de 2008), fecha en la cual se aprueba el Plan Maestro de Desarrollo General y se emite el concepto favorable sobre la existencia de la zona franca permanente (Coronel, 2010).

Según el aludido reportaje de El Espectador, el ex alcalde Álvaro Rozo también ha sido investigado por la Fiscalía debido a las irregularidades encontradas en otras inversiones y construcciones, entre ellas la propiedad que Jesús Antonio Zapata Rico adquirió el 22 de diciembre de 2004 por valor de \$131 millones. El 18 de marzo de 2005, este personaje la vendió al Municipio por la suma de \$1.099.785.137. En el curso de solo tres meses, pues, el terreno se valorizó en casi mil millones de pesos. En septiembre de 2005, cuando otro predio fue comprado por Julián Restrepo Barona, cuñado y socio de José Renán Rodas Henao, gerente de la empresa en la cual tenían intereses los hermanos Rozo, su valor fue el de \$175 millones. Cuatro meses después, en enero de 2006, el lote fue vendido al Municipio de Mosquera por la suma de \$654 millones: un súbito incremento de \$479 millones (más de 3,7 veces su valor inicial) sin justificación (El Espectador, 2009).

En este sentido, los recursos económicos de que dispone la administración pública, así como la de los territorios del Municipio, han sido usurpados por los mencionados administradores públicos, y ello sin ahondar en el prontuario de las investigaciones jurídicas de las administraciones del municipio de Mosquera. Tales casos de corrupción han debilitado la legitimidad de las acciones del gobierno, debido a que las administraciones públicas se han dedicado a la malversación de los recursos públicos y han abandonado el progreso social, económico, cultural, de infraestructura, ambiental y político de Mosquera, todo ello como resultado de la concentración de los alcaldes de turno en la satisfacción de sus intereses personales.

Tan vergonzoso panorama puede observarse en el discurso de uno de nuestros entrevistados:¹¹ “*se entiende que el que es hábil, progresa*”. Tal criterio expresa la asociación del progreso con la corrupción, una característica de varias administraciones municipales de Mosquera, cuyas actuaciones en la vereda Siete Trojes se ven reflejadas en los cambios del aprovechamiento del suelo, hechos que vienen presentándose asociados a la implementación de proyectos urbanos e industriales que obligan a la población a culminar el tránsito de la vida rural hacia la vida urbana, con las implicaciones que esta nueva realidad social entrañan para las familias.

Por otra parte, el desglose de los predios ha limitado a los habitantes de la vereda Siete Trojes a la venta de éstos y, según la población, algunos habitantes han sido abordados por el ex alcalde Álvaro Rozo para ofrecerles el pago de valores de compra que para la percepción de los pobladores resultan muy bajos respecto del tamaño de sus predios.

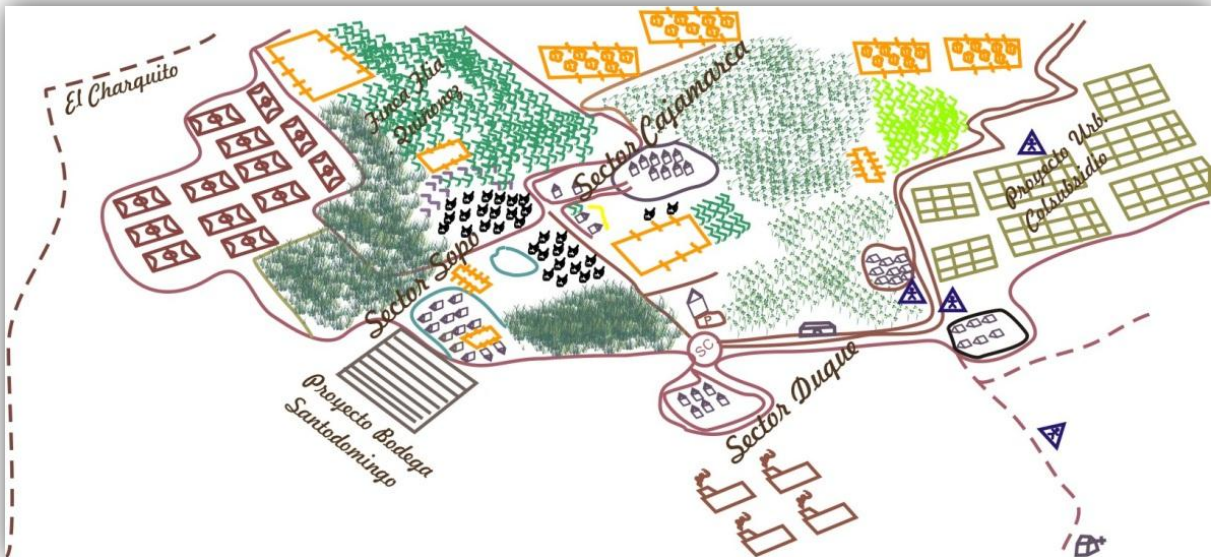
4.4. Efectos de los cambios del uso del suelo en la cotidianidad de Siete Trojes

Con los recambios introducidos en el uso del suelo se evidencia la transformación territorial y cultural de la vereda emprendida a partir de los años 90. Como resultado del incremento de la población se han presentado modificaciones en materia de infraestructura, mayor oferta de transporte público, instalación de servicios de acueducto y alumbrado eléctrico y construcción de planteles educativos, iglesias y sedes de organizaciones privadas.

¹¹ Entrevista a hombre de 60 años.

Igualmente se han puesto en marcha obras públicas de pavimentación, construcción de alcantarillados y aparcamientos, entre otras obras, como se aprecia en la imagen 11.

Imagen 11. Mapa del presente desde la década de los años 90



Fuente: elaboración de la comunidad de Siete Trojes.

Como se observa en el mapa del presente,¹² la transformación de la vereda Siete Trojes como consecuencia de la nueva ocupación del espacio presenta hoy un territorio afectado por una expansión urbana que reduce el suelo rural así como las características naturales y paisajísticas de la vereda, con lo cual cambian las condiciones de las áreas urbanas.

4.4.1. Pérdida de las características rurales de la vereda siete trojes

“El lío ha sido la contaminación, el dejarnos sin agua. Ahorita solo dependemos del acueducto, ya no se ven las zanjitas que servían de reserva. Además, hay muchos niños que no pueden decir que conocen una vaca o que la distinguen de la otra, porque ya solo cemento por todo lado, ya no se diferencia una cosa de la otra” (mujer de 42 años).

¹² Elaborado por la generación de adultos-adultas y jóvenes de la vereda.

Los cambios de la vereda inquietan a sus pobladores de ambos sexos, quienes reflexionan sobre las posibilidades de quedarse en condiciones cada vez más marginales o partir fuera de la vereda para volver a empezar en otro contexto, donde, según su criterio, no se proyectan; además, el crecimiento desordenado de la vereda se manifiesta en el aprovechamiento mixto del suelo, que ha desencadenado la propagación de barrios, urbanizaciones, bodegas, industrias, cultivos, lotes baldíos, etc. (ver fotografías 6 y 7).



Fotografías 6 y 7. Usos mixtos del suelo en la vereda Siete Trojes

De igual manera, el desarrollo de la metropolización disminuye a pasos agigantados la producción agropecuaria, empeoran el deterioro del paisaje y el desabastecimiento de agua para el riego de las pequeñas plantaciones que todavía se conservan, hay pérdida de la fauna y la flora propias de la vereda, así como la afectación de ecosistemas aledaños, entre ellos la laguna La Herrera y los humedales de Funza y Mosquera, que antiguamente se articulaban de una forma estratégica para brindar interconexión a las aves nativas y migratorias, además de que configuraban un relativo equilibrio entre el medio ambiente y las personas (ver fotos 8 y 9).

Nos referimos al equilibrio relativo, ya que las actividades agrícolas y pecuarias que incidían sobre los ecosistemas no amenazaban su existencia, como ocurre actualmente con el proceso de transformación que atraviesa la vereda.



Fotografías 8 y 9: pérdida de las características rurales y deterioro del agua

Las expresiones de los habitantes acerca de las actuales características medioambientales de Siete Trojes hacen referencia a la contaminación atmosférica, las emisiones de humo y gases provenientes de las bodegas e instalaciones industriales aledañas (fosforeras y otras). Los desechos gaseosos invaden el aire, las fuentes de agua, como los vallados, se han agotado, y los que permanecen abiertos son tapados poco a poco con materiales de construcción. El respeto que se manifestaba en el pasado por el agua ha desaparecido y el paisaje ha mutado de verde a marrón. Con la transformación del territorio, los verdes paisajes de los cultivos, bosques y flora se han transformado en paredes de concreto, urbanizaciones y zonas francas.

4.4.2. Agua que da vida

El manejo del agua fue cambiando en la vereda. En los años 60 la población utilizaba el agua que fluía por los vallados. Por ser un elemento fundamental para la vida de la vereda, sus habitantes tenían derecho al agua y a la riqueza natural, pero con los cambios sufridos por el territorio el agua también cambió.

Por esa razón tiende a desaparecer la agricultura, los sistemas de riego se han secado y la población carece del líquido vital para regar las pequeñas plantaciones caseras que aún se

conservan. Las familias de la vereda ya no pueden contar con sus tradicionales huertas para sembrar sus alimentos (ver fotos 10-14) y este cambio es importante porque, al verse impedidos de aprovechar la tierra y el agua para el cultivo propio o de subsistencia, los pobladores quedan a la deriva frente a los procesos de metropolización (ver matriz No. 1).



Fotografías Nos. 10-14. Huertas caseras de la vereda Siete Trojes

De acuerdo con los relatos que describen la vereda de los años 60, las fuentes de agua empezaron a desaparecer incluso veinte años atrás. El agotamiento del recurso se manifiesta con la presencia de empresas floricultoras, que para su tarea demandan un alto consumo de agua, el gasto exacerbado de la cual empieza a minimizar incluso la disposición de la misma para el cultivo industrial de las flores.

De lo rescatado por la memoria de los pobladores en los talleres de la línea del tiempo (imagen 12) se deduce que las modificaciones nocivas operadas en las condiciones ambientales se manifestaron en los inicios de los años noventa, época en la cual empiezan a cambiar el destino del suelo y la configuración de la realidad por parte de sus habitantes.

Con el paso de los años y la instalación de servicios públicos domiciliarios, el cuidado del agua fue desapareciendo junto con el preciado líquido, el agua ya no era un asunto de todos y todas en cuanto a la protección y el mantenimiento de estas zanjas, y hoy ella llega a las casas de los habitantes junto con la factura del servicio. No obstante, persiste la queja constante sobre la calidad de la misma, su aspecto turbio y verdoso no brinda seguridad frente a la potabilidad del recurso, algunos residentes ya han denunciado la presencia de enfermedades diarreicas y, aunque no está comprobado, los habitantes sugieren que la causa del debilitamiento de la salud ciudadana es la procedencia del agua.

Imagen No 13: Matriz de análisis del agua antes de 1980 y después de 1990. Elaboración propia con base a los datos de trabajo de campo

EL AGUA		
CARACTERISTICAS	ANTES DE 1980 FUENTES NATURALES	DESPUES DE 1990 ACUEDUCTO
Calidad	Agua limpia en los vallados apta para el consumo humano y de animales.	Presión baja
	Características de cristalinidad en el agua.	Características de turbiedad. Servicio deficiente o intermitente común a toda la región de Mosquera.
Beneficios	Fuentes de agua subterránea disponibles a través de aljibes y pozos.	Escasez para el consumo y para el riego de cultivos
	Agua disponible en vallados y fuentes para el aseo personal y el consumo humano	
	Presencia de peces y crustáceos en dichas fuentes.	Contaminación y disminución de las fuentes de agua
	El agua era aprovechada para la irrigación de cultivos y para lavar.	
Olor y color	Buena apariencia, sin coloración y de aspecto agradable.	Características de olor desagradable en el agua
		Características de color consistente con residuos y contaminación
Contaminación ambiental	Conciencia de cuidado de los recursos común a toda la región	Disminución y relleno de vallados con sedimentos para la ampliación de vías y carreteras
		Consecuencias desfavorables provocadas por el taponamiento de las fuentes de agua, reflejadas en inundaciones y sequías en diferentes épocas del año

“Todo mundo cuidaba su agua, la de los vallados. Uno le limpiaba el frente, la mantenía. Eso sí: nadie contaminaba, porque uno tomaba de esa agua. El agua era limpiecita, pero entonces después ganó [la Alcaldía municipal] un señor Carlos Peralta, que nos colocó el agua. Entonces la gente ya no la cuidaba. ¿Sí ve el basurero y toda esa cuestión ahí?” (mujer de 57 años).



Uno de los efectos colaterales de la intervención del proceso de metropolización sobre la vereda Siete Trojes es la pérdida de los cuerpos de agua. Tal pérdida ha sido paulatina y es consecuencia principalmente del relleno de los vallados, que en un principio servían como distrito de riego para servicio de las plantaciones de granos, vegetales y legumbres que se cultivaban en el sector.

La pérdida del recurso hídrico en la vereda ha acarreado consecuencias negativas para las familias que aún viven allí. Uno de sus efectos ha sido la mayor inundación del suelo veredal, reportada en el año 2010 en el curso de la temporada invernal más fuerte que haya azotado a la Sabana de Cundinamarca, especialmente en los municipios de Mosquera, Madrid, Chía y Cota. El taponamiento o relleno de las zanjas hizo que las torrenciales lluvias no tuvieran hacia dónde fluir. Una segunda derivación negativa de la desaparición de estos vallados es el agotamiento del agua y la extinción de una gran diversidad de flora y fauna propias del sector.

En la administración del alcalde Carlos Peralta se gestionó la interconexión del acueducto local con Bogotá y el mejoramiento de las plantas de tratamiento municipales (Nullvalue, 1996). Según lo registra un reportaje del periódico El Tiempo, en 1996 llegó el agua potable a las viviendas del municipio de Mosquera, las cuales, añadió ese medio, siempre habían “sufrido por la falta de agua”:

“[...] el agua era limpia y había peces y hasta unos cangrejos que comíamos. Como uno cocinaba con leña, entonces los cangrejos los cogíamos de las tenazas [...] y esa candela uhmmm, ¡eso era uhmmm asado! Deliciosos, deliciosos, y eso, nosotros, ¡coma cangrejos! Era una vitamina, pura vitamina. Igualmente las zanjas servían para regar los cultivos y en nuestro caso las cementeras donde se sembraba la papa y el maíz”.

4.4.3. De la vereda al barrio

“Esto ya es un barrio, ya no hay campo. Antes había muchos cultivos. Uno rastrojaba maíz, papa; entonces había para el diario. Ahorita, ¿qué? ¡Será ladrillos que vamos a comer!... A veces hablo con mis hijos y les digo: con el tiempo será traer por allá de otras partes; que vengan e importen para acá porque, al paso que vamos, ¿dónde se va a sembrar?” (mujer de 53 años).

Con las nuevas condiciones territoriales de la vereda van desapareciendo las características que mostraba la población basada en la economía campesina y los lazos sociales comunitarios. Según los habitantes, este tipo de economía era la estrategia familiar para la subsistencia. De igual manera, por lo indagado entre la comunidad, los habitantes sienten este fenómeno social como una transición de vereda a barrio.

Desde luego, la transformación del territorio conlleva la aparición de nuevos discursos y significados. La expresión “barrio” denota una concepción diferente del espacio habitado. El territorio está ahora cifrado en las dinámicas urbanas asociadas al acelerado crecimiento de la población, la inserción al trabajo remunerado, la composición de familias principalmente nucleares y las relaciones individuales e impersonales que se manifiestan por la falta de interés en el conocimiento del otro.

En la nueva connotación del espacio habitado, el “barrio”, también se instaura el pensamiento urbano asociado a la inseguridad y al alto costo de vida. Otra característica de la mutación territorial es la disminución de la producción local de alimentos, que ha cambiado la presencia de la cosecha en la casa por la necesidad de un abastecimiento al precio que dicta el mercado en los puntos de distribución.

En los dilemas y contradicciones entre la vida rural y la vida urbana se observa el cambio de paradigma de las relaciones familiares y vecinales construidas históricamente en relación con el territorio, así como la mutación de la economía local, representada en la producción alimentaria. Esta situación atenta contra la subsistencia de las familias de la vereda, que día a día soportan las desigualdades sociales que acarrea la transformación del territorio.

Los cambios operados, tanto en el territorio como en las relaciones sociales, han modificado las relaciones laborales de las familias, y los pobladores se ven obligados a buscar una oportunidad laboral en las empresas del sector o en la ciudad de Bogotá. Por ende, la motivación tradicional de seguir vinculados al trabajo agrícola queda rezagada ante las nuevas opciones que aparecen en la expansión de la ciudad, oportunidades que ahora se presentan sujetas a las lógicas capitalistas: las tradiciones productivas, sociales y familiares quedan en la historia, junto con el pasado de la vereda.

4.4.4. Cambios en las relaciones comunitarias de Siete Trojes

“Cuando estuvo el antiguo presidente de la Junta [de Acción Comunal] se hacían actividades para el Día de la Madre, actividades para el Día del Niño, actividades para todo, pero eso acabó con el nuevo presidente. Ahora ninguna actividad, nada. Él no comunica absolutamente nada. ¿Que en el pueblo van hacer tal cosa?, ¿que van a dictar tal curso? ¡Nada!” (mujer de 53 años).

El resultado de los cambios se expresa en las transformaciones de la cotidianidad de la vida de los pobladores, que vivencian actualmente los dilemas que impone la transformación del territorio.

A pesar del deterioro del tejido social comunitario, todavía los habitantes expresan un sentido de pertenencia con el territorio, asociado a la cercanía con los vecinos y las vecinas de la vereda. Esto se debe a la convivencia cercana experimentada por la comunidad de Siete Trojes en el curso de decenios. No obstante, este sentido de pertenencia no se convierte en acciones concretas que incidan de manera positiva en el control de los cambios culturales y territoriales de la vereda.

Aun cuando es evidente el deterioro de las relaciones vecinales y la participación social, todavía sobreviven las actividades decembrinas o religiosas, en un afán de no dejar morir las celebraciones más tradicionales. Cabe registrar que el individualismo es un sentimiento común, pues en el presente los habitantes de la vereda se centran más en su propia supervivencia y la de sus familias, y por lo mismo disminuyen paulatinamente la organización y la unión comunitarias, que antes de los años 90 eran sentimientos comunes; hoy los residentes de la vereda han interiorizado otra obsesión, particularmente fuerte en el sector de Mora: buscar un nuevo lugar donde vivir y dejar atrás la historia de sus antepasados es una idea persistente de todos sus miembros y congruente con los nuevos usos del suelo.

Las personas de la vereda refieren que con el paso del tiempo se han perdido diferentes prácticas sociales, como bazares, reuniones con la Junta de Acción Comunal, actividades para celebrar el Día de los Niños, las Navidades, la Semana Santa, etc. Hombres y mujeres se reunían en torno de eventos especiales tales como nacimientos, fallecimientos o circunstancias difíciles de alguna enfermedad, y se organizaban y apoyaban económicamente. En la actualidad este mecanismo de solidaridad simplemente ha desaparecido.

Por otra parte, en los diálogos entablados con la población de la vereda se notaron desacuerdos en torno al ejercicio del liderazgo comunitario adelantado por el actual presidente de la Junta de Acción Comunal. Estos desacuerdos han conducido a un mayor aislamiento entre los sectores y en entre las familias, alejándolos de la adopción de

decisiones conjuntas que favorezcan a la comunidad y a su vez permitiendo que exista mayor rivalidad y desunión en las actividades locales.

Hoy persisten sentimientos comunitarios de miedo, desconfianza, inseguridad e individualismo. Esto se asocia principalmente con la acelerada expansión de la vereda, el arribo de familias nuevas, la urbanización extensiva y la construcción de bodegas. Las redes de apoyo se han debilitado y las relaciones sociales de los individuos también se han visto afectadas.

4.4.5. La valorización predial

“Me dijeron: ‘Usted ya puede lotear ahí. Si quiere, lotee y mire no más cuánto vale eso’. Entonces, ¿qué? ¿Tengo que vender precisamente para no tener problemas? El aumento en el impuesto y la construcción de bodegas encima de nosotras nos obligan a salir de aquí. ¿Para qué? Pues para que ellos puedan hacer lo que quieran” (mujer de 50 años).

El proceso de valorización inquieta a los habitantes respecto de la implementación de proyectos urbanísticos e industriales. El sector tiende a valorizarse, aspecto que posteriormente se verá reflejado en un incremento del precio de los servicios públicos y del impuesto predial. Sube el costo de vida, mientras disminuye la calidad de la misma.

Los cambios introducidos en el aprovechamiento del suelo despiertan especulaciones e incertidumbre, sobre todo en torno al precio de los predios, ya que en el transcurso de los últimos quince años el mismo ha aumentado considerablemente. No obstante, la población manifiesta que esta condición no implica necesariamente encontrar una oferta de compra considerable para la venta de una casa-lote, debido a las dificultades de escrituración y al desenglobe de los lotes.

4.5. Configuración de una nueva realidad territorial en la vereda Siete Trojes

4.5.1. La inseguridad de Siete Trojes

“Hace unos cinco años usted salía a las diez, once de la noche y no pasaba nada. Ahora, salga a las seis de la tarde: donde salga, lo atracan. Mejor salir uno acompañado o no salir. Por la noche, en los potreros se ven luciérnagas de gente metiendo vicio, por no decir que el otro día apareció un muerto allá, cerca de la gallera” (mujer de 32 años).

Los cambios operados en las dinámicas territoriales influyen significativamente en las relaciones vecinales de la comunidad de Siete Trojes; la construcción de parques industriales y bodegas dificulta la interacción social de la población, que de la confianza, el apoyo mutuo, la solidaridad y la cooperación ha pasado a la desconfianza, incomodidad, inseguridad y pérdida de “libertad”. Estas percepciones se fundamentan en el cambio de las expresiones sociales territoriales y vecinales en relación con el arribo masivo de nueva población a los barrios aledaños a la vereda.

El engorde de lotes vacíos para destinarlos a la construcción se ha convertido en un nicho de inseguridad. La comunidad ha manifestado que en los últimos diez años han aumentado los robos de viviendas, los atracos a las personas que llegan tarde a su casa, los presuntos abusos sexuales e incluso se dice que en alguna oportunidad fue encontrado el cuerpo sin vida de un niño en uno de los lotes de la vereda. El aumento de cantinas, unido al expendio de alcohol, ha agudizado la conflictividad en el sector, ya que incluso se han reportado muertes violentas por riñas que se suscitan en tales establecimientos. Actividades delictivas como el hurto, así como el aumento de jóvenes que consumen sustancias psicoactivas, dejan consecuencias negativas en las relaciones vecinales de la vereda.

La pérdida de identidad de la población con su vereda es cada vez más frecuente. Aparece la desarticulación de las redes sociales, las familias se centran más en su espacio privado doméstico y desconocen las realidades o problemáticas de los otros, de forma significativa se acentúa el individualismo y cotidianamente va desapareciendo el sentido de “nos” y

propiciando de esa manera una desconexión de los habitantes de la vereda con su entorno natural y sus vecinos.

Es contradictorio observar que en los relatos recolectados está siempre presente la percepción de seguridad que se sentía en el pasado. Aunque entonces no existieran medios de transporte colectivo y tuviese que caminar largos trayectos, la población manifiesta la seguridad que percibía al salir o regresar a sus casas, circunstancia que hoy contrasta en relación con los medios de transporte masivos, los servicios públicos y las calles pavimentadas. El reciente “desarrollo económico” de la infraestructura ha escindido la antigua fortaleza del tejido social comunitario, ha desarticulado las relaciones sociales que estaban ancladas al territorio y que al transformarse en lotes vacíos, vallados secos y medio ambiente contaminado, crean inseguridad en la comunidad; los conflictos del territorio en la nueva organización espacial se relacionan directamente con los conflictos de la población que lo habita.

Todas estas problemáticas, sumadas a la enorme inseguridad pública, repercuten netamente en las prácticas familiares asociadas a la agricultura. Como en ocasiones alimentos y animales domésticos eran hurtados por terceros, las familias que se esforzaban para mantener la tradición de los cultivos en sus huertas caseras ya no encontraron productivo continuar con esa labor.

Otro factor que está deteriorando las relaciones vecinales es el uso y distribución del espacio público, que entra en contradicción con el nuevo ordenamiento del territorio, asentado en el modelo de industrialización y urbanización. Las actuales disposiciones sobre el aprovechamiento de la tierra no son claras; en el caso del sector de Sopó se evidencia una extraña definición y utilización del espacio público, como puede observarse en las fotografías 15 y 16.



Foto 15 y 16: Calles sector Sopó

Las cuadras urbanas están claramente definidas y no son raros los cuellos de botella y entradas que no tienen salida; cada cuadra presenta una distribución diferente del espacio y a medida que el sector de Sopó ha venido creciendo, como consecuencia de la falta de regulación, las familias, insertadas en sus procesos de autoconstrucción, amplían las medidas del lote sobre la cuadra y de esa manera empobrecen cada vez más el espacio público y dan pie a riñas y descontentos entre los habitantes del lugar.

En las narraciones escuchadas sobre el lugar se perciben las rivalidades existentes entre los sectores alrededor de las mejoras que se proyectan en algunas zonas de la vereda. La única calle pavimentada de la vereda, ubicada en el sector de Cajamarca, despertó, por ejemplo, la envidia de los habitantes de los sectores aledaños, quienes percibían que el desarrollo había llegado más rápido de lo esperado por esa parte de la vereda y que las demás áreas estaban desprovistas de importancia ante la ausencia de cambio. Por el contrario, lo que observaban eran los cambios operados en el crecimiento poblacional y en la construcción de bodegas que día tras día perjudican más a los residentes.

En ese sentido, la apropiación del espacio público por parte de algunas familias del sector ha develado las grandes inconsistencias de los procedimientos de la administración pública en relación con el diseño urbano y el acompañamiento a las comunidades en la planeación del territorio que habitan. Pero las autoridades encargadas de regular el asunto han hecho

caso omiso de las sugerencias y peticiones comunitarias y permitido que la calidad de vida de estos grupos familiares quede a la sombra de una implacable “modernidad”.

Algo distinto ocurre con el otorgamiento de licencias ambientales y permisos de construcción de urbanizaciones y parques industriales, como se evidencia en el sector de Sopó, donde actualmente se construye el parque industrial Santo Domingo, que avanza a pasos agigantados y pone de manifiesto más claramente el detrimento del paisaje, el uso del suelo con un gran potencial agrícola y el deterioro de la calidad de vida de las familias del sector. (Fotos 17 y 18)



Foto No 17 y 18. Adecuaciones de suelos para la industria

4.6. Permanencia en la vereda, según los sectores

Debido a los cambios hechos en el aprovechamiento del suelo por la administración del municipio de Mosquera, los habitantes han sido afectados de una u otra forma. Dependiendo de la ubicación de los sectores, ellos sienten más o menos próxima su partida de la vereda.

Cambiar de vivienda y localidad despierta incertidumbres y expectativas respecto de la posible nueva vivienda. Los habitantes de Siete Trojes están satisfechos con las características de sus actuales residencias y esperan que la nueva vivienda satisfaga sus aspiraciones. Sin embargo, los cuestiona el tamaño y la ubicación, y en sus relatos

coinciden en no querer vivir en una “caja de fósforos”, como ellas y ellos han denominado las viviendas de las urbanizaciones “de interés social”.

Otra circunstancia particular se relaciona con el rompimiento de las redes de apoyo vecinal, y en especial las familiares. Como se observa en los esquemas de los sectores de la vereda, las familias y sus viviendas forman un sistema de redes de apoyo sostenidas en lazos de parentesco. Por ejemplo, los sectores Mora y Duque son habitados por tres familias extensas conformadas por mujeres de la tercera edad, y de allí se desprenden varias familias nucleares que abrigan la idea de establecer lazos de cooperación familiar. En esta extensa red de relaciones existe un alto grado de cooperación en materia de subsistencia de las familias, la cual, con el cambio de residencia, tiende a desaparecer.

La cooperación que se brinda en el seno de las redes familiares abarca el trabajo del cuidado de los hijos de padres que trabajan fuera del hogar. Generalmente dichos cuidados son asumidos por las tías o las abuelas, si aún viven. Del mismo modo, la solidaridad se manifiesta frente a la adversidad: cuando un grupo familiar no alcanza a cubrir sus necesidades básicas, el sistema de apoyo familiar trata de aliviar estas tensiones de tipo material mediante el abastecimiento de alimentos y, en algunos casos, de dinero. Pero el papel del sistema familiar extenso no radica solamente en la satisfacción de las necesidades de tipo material; es también de carácter afectivo, relacionado con vínculos estrechos de efecto y parentesco que facilitan el diario vivir.

A pesar del ultimátum administrativo, los habitantes del sector de Mora aceptan esta situación como algo normal, que algún día tenía que llegar: “el desarrollo y la industrialización”. Lo que no sabían era de qué forma los iba a afectar y cuál sería su actuación frente a ese hecho, aunque las familias que todavía habitan el sector se encuentran en proceso de desprendimiento.

Actualmente el alza de la valorización incide fuertemente en la suerte de los habitantes de los sectores de Mora y Sopó. Ellos sienten el afán de vender sus predios e irse a vivir cerca del centro del municipio. Algunos se debaten entre abandonar sus relativas comodidades

habitacionales o partir fuera de la vereda, a vivir en un lugar estrecho y preconcebido, y surgen dilemas especialmente en torno a los trámites de desglobo de los predios, los

Sector Cajamarca:

Hasta ahora no sé, no hemos llegado concretamente a pensar en eso, pero Dios quiera que no, ojalá que no, porque eso sería muy duro, irse uno a vender y a decir voy a comprar por ahí...no me gustaría, no me amañaría porque toda la vida yo he estado en el campo...ahí si no sé” Mujer 63 años:

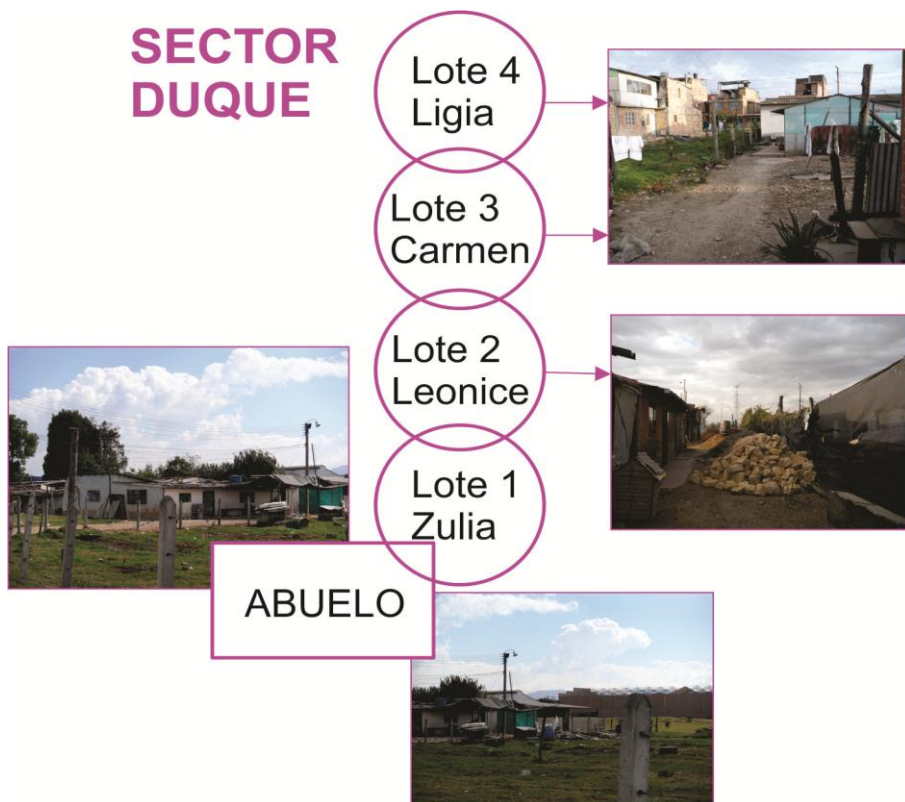


Imagen 14: Familia extensa sector Cajamarca

cuales
determinarían la decisión de
vender y de buscar una nueva

vivienda. (ver imágenes 14 a la 17)

SECTOR DUQUE



Sector Duque:

No yo me quedo aquí en mi casita, llevo toda la vida viviendo en este sector como para irme para otro lado, porque por lo menos uno todavía sale y ve algo de campo; pero se va uno por allá a ver puro barrio, a mirar por la ventana... al menos por aquí todavía hay un poquito de libertad pero de vender yo creo que no, ni siquiera se me había pasado por la cabeza. (Mujer de 45 años)

Imagen 15: Familia extensa sector Duque



Sector Mora:

Ya toca vender acá por el asunto ese de la urbanización

Imagen 16: Familia extensa sector Mora

Sector Sopó:
*Preferible a que lo saquen a uno, es vender si sale quien lo compre pues vendemos...
 (Mujer de 47 años)*



Imagen 17: Familia extensa sector Sopó

Entre tanto, la percepción de los jóvenes frente a la partida de la vereda y el inicio de un nuevo proyecto de vida en otro contexto urbano resulta de gran interés. Sus pensamientos y sus acciones están acordes con la idea de vivir en la ciudad, y aspectos como la tecnología, la educación superior y el trabajo con mayores garantías laborales son imaginarios propios de la población juvenil que habita el mundo urbano. En este sentido, no se observa mayor apego al entorno inmediato, ni tampoco se consideran definitivamente perdidas las relaciones familiares construidas históricamente en la vereda; igual que su entorno físico y social, su realidad personal está en un proceso de transformación.

Por otra parte, la generación de las abuelas y abuelos presenta mayor resistencia a abandonar sus predios, no desea conocer un estilo de vida diferente del que ha construido en la vereda durante décadas y estima que su hábitat y las características que él tiene no podrán ser remplazados por ningún proyecto de vivienda actual, ya que ninguna de estas nuevas urbanizaciones satisface la forma de vida a la que están acostumbrados. Su resistencia es clara, pese a la presión que ejercen los cambios en el destino del suelo que soporta la vereda.

Finalmente, unas consideraciones adicionales en torno a la pérdida de la identidad cultural y la biodiversidad de la vereda Siete Trojes. Según Corrales y Forero, ese fenómeno se consolida como un atentado a la economía campesina y a la necesidad de crear otras alternativas alimentarias para la población del planeta. Los investigadores resaltan que, “al mismo tiempo, se está dejando perder una importante base de conocimiento y de prácticas culturales que han demostrado ser eficientes en términos de la utilización sostenible de los recursos naturales”.

5. VOCES DE LA IDENTIDAD CAMPESINA

5.1. Un vínculo entre la familia extensa y el territorio

Entre la familia campesina y el territorio existe un vínculo estrecho que se expresa en el conjunto de prácticas sociales, culturales y económicas que van dejando huella en el espacio habitado. El territorio y sus características geográficas, ambientales y climáticas inciden en algunos de los rasgos más significativos de las comunidades, las cuales, mediante la interacción social, van construyendo la identidad territorial.

Las ciencias sociales estiman que el territorio es un elemento fundamental del análisis de fenómenos significativos de diversas disciplinas. Las ciencias sociales han considerado al territorio como una manifestación de las actividades transformadoras de la sociedad que lo habita. A la luz de estos criterios surge el concepto de territorialidad, definida como el conjunto de prácticas sociales y culturales restringidas local o regionalmente (Ayllón, 2003).

Ayllón afirma que la relación de la familia con el territorio se elabora a partir de las siguientes características:

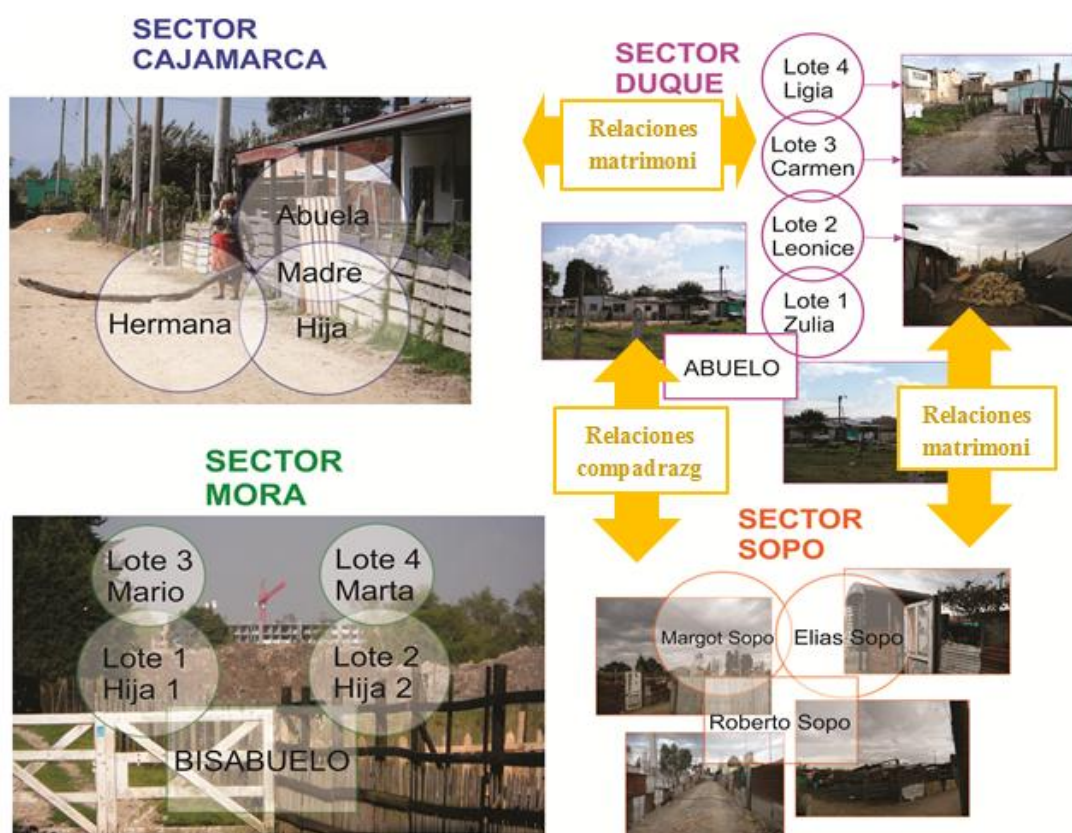
- a) Prácticas humanas y el resultado de ellas: el territorio es una identidad y un factor imprescindible de la reproducción social, cultural e histórica, mientras las condiciones físicas son básicas para la existencia misma del grupo social porque aseguran la prolongación de sus características materiales y espirituales.
- b) Las expresiones de la cultura son entendidas a través del territorio que las permea y les asigna una identidad.
- c) La familia administra el territorio recursivamente y siente seguridad y pertenencia a ese lugar. “La posesión de un territorio es inherente a una familia, incluso a un individuo sin familia” (2003, p. 45).

En el caso de la vereda de Siete Trojes la identidad campesina se ha caracterizado por la relación de la familia extensa con el territorio. Hoy por hoy, los lazos de parentesco se

extienden a través de tres generaciones en cada uno de los sectores, cuya fuerza de trabajo contribuye al sostenimiento económico de la familia, estrategia que requiere un territorio para dar vida a las necesidades materiales, emocionales y culturales de sus miembros.

Otra característica de la familia extensa de la vereda Siete Trojes hace alusión al hecho de que los lazos de parentesco se han extendido y acoplado entre los sectores (como puede observarse en el Mapa No. 5), con lo cual, más allá de las relaciones de vecindad, entre los sectores se establece una conexión basada en los lazos de parentesco, las uniones conyugales, el compadrazgo y el madrinazgo.

Imagen No 18. Redes familiares en la vereda Siete Trojes



5.2. Primera generación: nacimientos en el curso de los decenios 1930-1960

La población de la tercera edad de la vereda Siete Trojes oscila entre los 57 y los 75 años, presenta un nivel de entre el primero y el quinto grados de escuela primaria, el número de sus hijos es mayor de cuatro, su ocupación laboral se fundamentó principalmente en el trabajo agropecuario y en la mayoría de sus hombres y mujeres aparece un patrón cultural propio del campesinado: el trabajo agrícola, heredado de padres a hijos.

TABLA NO 1: CARACTERIZACIÓN DE POBLACIÓN DE LA TERCERA EDAD ENTREVISTADA				
EDAD	NIVEL EDUCATIVO	OCUPACION-TRABAJO	Nº DE HIJOS	ESTADO CIVIL
61	5° primaria	Constructor	4	Casado
68	5° primaria	Ama de casa	4	Casado
60	3° primaria	Ama de casa	0	Casada
61	5° primaria	Pensionado	4	Casado
63	5° primaria	Ama de casa	7	Viuda
64	4° primaria	Independiente	4	Casado
78	2° primaria	Hogar	5	Viuda

5.2.1. La última generación campesina de la vereda Siete Trojes

“¿Que si me considero campesina?... ¡Claro! Yo sé cómo se cría una gallina, una vaca, sé cultivar mata de caña, una mata de yuca, una mata de café; mejor dicho, que no me tocó aprender. Yo siembro maticas acá, también siembro mazorcas, feijoa, lulo. Ordeñar sí no sé, pero uno, pues, sabe ahí más o menos. Para mí, ser del campo es amar la agricultura, amar la naturaleza. En sí, la naturaleza encierra todo” (mujer de 60 años).

5.2.2. “Atando los cabos” de la identidad campesina

La identificación de la primera generación con la cultura campesina es significativa y se sustenta principalmente en la procedencia y la permanencia en la vereda Siete Trojes. Las características rurales de la vereda inciden en la identificación con la cultura campesina. En la mayoría de los relatos las expresiones “*Yo nací aquí y aquí me crié*” o “*Toda mi vida yo he vivido acá*” son frases que implícitamente relacionan el territorio en proceso de identificación.

En el caso de la población adulta mayor, la identidad campesina estaba ligada a la libertad y la seguridad que le brindaba un territorio tranquilo, alejado de los afanes cotidianos de las ciudades. El paisaje rural ofrecía diversos ambientes sociales, culturales, económicos y naturales y permitía una conexión entre entorno, naturaleza y comunidad social; en las relaciones vecinales había una mayor cercanía. Aunque las viviendas estén más distantes, los lazos familiares se extienden más allá del contexto neolocal, patrilocal o matrilocal (lugar de residencia paterna o materna), ampliándose en forma de redes que se conectaban mediante la cooperación.

En los relatos de la población de Siete Trojes la identidad campesina es definida por:

1. La herencia de la tierra y la transmisión cultural;
2. La fortaleza del tejido social y comunitario;
3. El sentido de pertenencia respecto del entorno.

La herencia de la tierra y la transmisión cultural constituían dos elementos básicos de la identidad campesina y giraban en torno al territorio. Si el territorio se modifica en algún aspecto, eso afecta directamente la red de interacciones sociales, a tal punto que, en un contexto de constante cambio, hace desaparecer la agencia humana.

Alrededor de la tenencia de la tierra se configuraba una serie de recursos necesarios para alcanzar un proyecto de vida ligado a los conocimientos ancestrales; las prácticas

agropecuarias se heredaban y generacionalmente se reproducían en un afán de conseguir la subsistencia familiar, conservando sus costumbres y tradiciones y resistiéndose cotidianamente a la lógica capitalista.

La identidad campesina está asociada a las condiciones estructurales y materiales comunes de la población de la región, es decir, a la distribución inequitativa de la tierra, el bajo acceso a la red educativa, el número de hijos en una familia, etc. Sin embargo, la interpretación de las narrativas de la población de Siete Trojes afirma que la identidad con el territorio se caracterizaba por la relación de la comunidad con la naturaleza y la seguridad alimentaria, aspectos que constituían el arraigo en el entorno así como la menor dependencia de la sociedad de mercado.

La fortaleza del tejido social comunitario es otro aspecto fundamental de la identidad campesina. El sentido de pertenencia se proyectaba en las acciones populares encaminadas siempre a fortalecer los vínculos del entramado social. La cercanía con el otro establecía la interacción entre los vecinos y vecinas que históricamente habían compartido experiencias de vida por más de cuatro generaciones.

En los relatos de los abuelos y abuelas se hace evidente el fuerte tejido de las relaciones sociales. La construcción cultural de la identidad campesina se expresaba en el significado de las redes sociales, los lazos de amistad y los mecanismos de cooperación con los que se identifica la población campesina.

De igual manera, para esta población, el significado de ser o no ser campesino o campesina está asociado a dos factores fundamentales: el hábitat o residencia en zonas rurales, el trabajo de la tierra y la cría de animales. Con estas características se identifican en mayor medida las personas que se consideran campesinas. En ese sentido, un rasgo particular de la identidad campesina es la relación de la población con la residencia en el campo y la subsistencia del trabajo agrícola, razones suficientes para sentirse campesino o campesina, aunque, desde luego, estas características no son las únicas que definen la identidad de la población rural.

La herencia de la “cultura campesina”, representada en la unión, los saberes tradiciones, las prácticas medicinales, las relaciones vecinales comunitarias, unida con el sentido de pertenencia territorial, crea un tejido social que refleja un apego especial por el territorio y se convierte en el elemento central de la vida campesina, por permitir y garantizar su subsistencia.

5.3.Segunda generación (nacimientos entre 1960 y 1970): la transición

Mientras que la generación de la tercera edad procreaba más de cuatro hijos, la segunda disminuyó los índices de natalidad casi a la mitad, pues ese promedio fue de dos a tres hijos. El nivel educativo también ha presentado una variación entre las generaciones adultas; la Tabla No. 4 muestra que la población frísada entre los 40 y los 50 años de edad presenta un nivel educativo que trasciende la escuela primaria y alcanza el bachillerato incompleto o completo.

TABLA NO 2: CARACTERIZACIÓN DE LA POBLACIÓN ENTREVISTADA ADULTAS Y ADULTOS				
EDAD	NIVEL EDUCATIVO	OCUPACION-TRABAJO	N° DE HIJOS	ESTADO CIVIL
42	Bachiller	Constructor	2	Casado
43	Bachiller	Operaria sector plasticos	0	Soltera
45	8° Bachillerato	Operaria sector flores	3	U. libre
45	9° Bachillerato	Operaria sector flores	2	U. libre
47	9° Bachillerato	Operaria sector flores	3	Casada
52	5° Bachillerato	Empleada	2	Casada
53	5° Bachillerato	Hogar	4	Casada
54	5° Bachillerato	Empleado	5	Casado

La ocupación laboral de esta generación hace una mayor transición del trabajo agrícola familiar al trabajo asalariado. Los relatos de personas que están en edades de entre los 45 y los 50 años señalan las prácticas agropecuarias como sus primeras actividades laborales. Esta generación nació en un contexto caracterizado por el mundo rural y sus padres y madres trabajaban ofertando su mano de obra en las haciendas productoras de la vereda, trabajo que en un principio heredaron pero que poco a poco fueron modificando como

respuesta a las nuevas características del entorno, hecho que paulatinamente los llevó al trabajo asalariado.

5.3.1. Transitando entre lo rural y lo urbano

“Sí, yo sí siembro. Tenemos nuestras gallinas, nuestros perritos, pero no como era antiguamente. Mi abuelita vivía desde donde está esa bodega hasta el final. Allá donde se ve el camino cogían y sembraban todo eso de hortaliza, papa, mazorca, zanahoria. Ahoritica, vea... solo bodegas, y todo bloqueado” (mujer de 43 años).

Las narraciones en torno a la identidad campesina de la segunda generación hacen parte de los recuerdos. Recurren a su memoria para traer al presente las percepciones, emociones y sentimientos de un pasado que no puede ser descrito y analizado sin que interfieran las circunstancias del presente.

En los relatos se trasluce cierta añoranza del territorio, que era un medio de sostenimiento y les transmitía seguridad, confianza. Aunque esta generación no provenía de familias poseedoras de grandes extensiones de tierra, utilizaba parte de su lote para cultivar diversos productos que contribuían a equilibrar los gastos de la canasta familiar.

Los recuerdos de la infancia, unidos a los juegos y las amistades, tenían un lugar en la vereda, y las condiciones ambientales, paisajísticas y de seguridad permitían el goce libre y creativo del tiempo. Las características de la vereda se convertían en un entorno de aprendizaje y diversión: “lanzarse a la zanja”, “montar encima de los burros”, “saltar lazo”, etc. Dentro del análisis hecho se observa que estas propiedades de la vereda se han transformado paralelamente con las formas de uso del suelo. Junto a estos otros factores, la nueva ocupación del territorio ha limitado y muchas veces anulado el espacio destinado a los juegos infantiles asociados al paisaje y al entorno rural.

Aunque la presente generación se identifica con una “cultura campesina”, las condiciones rurales han empezado a perderse y con ellas las prácticas propias de la identidad. Por ejemplo, las actividades económicas de la población han cambiado del trabajo agropecuario a una variación de ocupaciones asociadas al sector productivo industrial.

La población sostiene que, aunque el sentido de identidad campesina se está transformando, aún se realizan varias prácticas agrícolas tradicionales de las abuelas y las madres. No obstante, se percibe un cambio de la vinculación, entendida como identidad con el barrio, en razón de la presencia de los servicios públicos domiciliarios y de las calles pavimentadas, más que de su identidad con el campo, así su cotidianidad transite entre lo urbano y lo rural.

5.4.Tercera generación: nacimientos entre 1980 y 1990

Los cambios intergeneracionales se evidencian entre la segunda generación y la tercera. En la segunda, la mayoría de mujeres y hombres ya eran padres y madres cuando estaban en las actuales edades de sus hijos e hijas, quienes todavía no ejercen el rol de la maternidad o la paternidad.

TABLA NO 3: CARACTERIZACIÓN DE LA POBLACIÓN ENTREVISTADA JÓVENES ADULTAS-ADULTOS Y ADOLESCENTES				
EDAD	NIVEL EDUCATIVO	OCUPACION-TRABAJO	N° DE HIJOS	ESTADO CIVIL
18	Técnico SENA	Estudiante	0	Soltero
19	Técnico SENA	Estudiante	0	Soltera
20	Técnica SENA	Desempleada	0	Soltera
21	Técnico SENA	Pasante SENA	0	Soltera
23	Técnico SENA	Auxiliar contable	0	Soltera
28	Bachiller	Desempleada	0	Soltera
30	Bachiller	Desempleado	2	Casado
32	Bachiller	Desempleada	1	Soltera

En la tercera generación el proceso de educación formal ha superado el bachillerato completo y ha iniciado la formación en calificación y especialización laborales, en su mayoría en el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), que brinda programas de capacitación en diferentes áreas del conocimiento técnico y tecnológico.

En la primera generación se observa poco interés en adquirir educación formal y, debido a ello, en los antecedentes históricos de la educación de esa población campesina se evidencia menor grado de educación. Es probable que esta condición obedezca a la concentración de valores ligados al aprendizaje sociocultural de la vida campesina, diferenciada sustancialmente de las reglas y patrones del comportamiento occidental.

5.4.1. “Mi familia y yo siempre hemos vivido en la veredera Siete Trojes”

“He vivido acá desde hace veinticinco años. Me gusta la naturaleza y ya uno sabe cómo es la vida en el campo. Más bien de la ciudad sé muy poco. Hay gente que de pronto no sabe sembrar o arreglar un jardín, o cosas así. A veces sembramos maticas, pero no es solo sembrar, también está la buena mano que uno tenga. Todo eso lo aprendí fue por mi papá. Tenemos una huerta casera pero es solo este pedacito. A veces se siembra. No es mucho, porque de todas formas es pequeña” (hombre de 26 años, del sector de Cajamarca).

La población que ha sobrepasado los veinte años de edad tiene mayor sentido de pertenencia con la cultura campesina y la mantiene por el hecho de haber nacido en un territorio rural. Estas mismas razones fueron las que estimularon a la segunda generación. Según ellos, la asociación a la identidad campesina se relaciona con el “amor a la naturaleza”, aprendizaje transmitido a través de sus abuelas, abuelos, padres y madres.

Por el contrario, los jóvenes que están en edades de 18 a 20 años, por el hecho de haber nacido en un contexto significativamente transformado por los procesos de industrialización y urbanización, en la actualidad carecen de una identidad campesina definida.

“Campesino del todo no, pero si he vivido en el campo. Mis abuelos sí eran campesinos. Mi abuela tenía un restaurante y mi abuelo era ganadero. Trabajaba en fincas, manejaba tractor y esas cosas” (hombre de 18 años, residente en el sector Duque).

Frente a este panorama, la tercera generación empieza a crear sus propias alternativas de solución. Ahora las aspiraciones y proyectos de vida están orientados a la profesionalización en áreas del conocimiento relacionadas con el medio ambiente o la agricultura, característica que llama la atención en la transformación del contexto actual.

Nacidos y criados en un contexto de permanente cambio, a pesar de su edad, recuerdan el desarrollo de su niñez en un ambiente caracterizado por la seguridad y la tranquilidad de la vereda. En el caso del sector Cajamarca, los jóvenes entrevistados afirmaron sentirse identificados como personas campesinas; esta creencia se relaciona con la relativa conservación del sector y la permanencia de un ambiente rural.

La construcción de la identidad campesina manifestada en las narrativas de la tercera generación evidencia un nuevo sentido de pertenencia y de definición de la identidad. La mayoría de los miembros de esta generación no heredó el sistema de creencias sociales unidas al campesinado y mucho menos la transmisión de la tenencia de la tierra, y además carece de un medio y un fin que la ayude a definirse con relación al campesinado.

Los casos en los cuales los jóvenes de ambos sexos se definen como campesinos y campesinas resultan ser aquéllos que proceden de sectores con menor afectación en relación con el uso del suelo, puesto que allí prevalecen las condiciones y características relativas al contexto. Caso específico es el sector Cajamarca, donde pueden apreciarse las prácticas agropecuarias y un entorno rodeado todavía de naturaleza (ver fotografías No. 19 y 20).



Fotografías 19 y 20. Características rurales del sector Cajamarca

La herencia de la cultura campesina, dotada de costumbres, conocimientos y saberes ancestrales que han sido transmitidos de generación en generación, sigue presente en las memorias de quienes conservan la identidad, aunque en esta generación este conjunto de conocimiento y tradiciones está en peligro de extinción a causa de la fragilidad del territorio rural de Siete Trojes, que, junto a los conocimientos y prácticas culturales, se está transformado y dando paso a la nueva realidad territorial y a las nuevas mentalidades que la habitan.

5.5. Los cambios que configuran las transformaciones de la identidad campesina de la vereda Siete Trojes

“Pues yo he visto los campesinos y campesinas de verdad, de pura tierra, con el habla diferente al de uno. Aquí, en el barrio, es distinto. Están pavimentando y ya tenemos la luz y el agua. En el campo las calles son destapadas, puro barro y pura loma; aquí no se ve eso. Por ahora, lo que nos falta es el gas, porque el cilindro está muy caro: no más este, son cincuenta mil pesos y no alcanza el mes” (mujer de 53 años).

Frente a las iniciativas que tengan que ver con el reavivamiento de la cultura campesina, la población de la vereda opone resistencia, dado que su proyecto de vida se distanció considerablemente a raíz del cambio de perspectiva que las mismas transformaciones del territorio le han impuesto.

En cuando a la segunda y la tercera generaciones, puede afirmarse que ellas observan el panorama de la vereda desde las alternativas del escenario laboral. Frente a dichas alternativas se presentan opciones en la construcción, el trabajo en zonas francas y las actividades en la flora.

La permanencia en la vereda es la principal característica que imprime sentido de pertenencia a la identidad campesina. Sin embargo, la población de Siete Trojes proyecta su futuro fuera de la vereda, y es importante aclarar que esta decisión no surge de sus propias iniciativas sino que ella está fuertemente condicionada por la presión que ejercen los procesos de urbanización e industrialización.

Esta perturbación del territorio descarga fuertes impactos en las agencias humanas, que se ven debilitadas por los cambios y las transformaciones y porque los procesos de liderazgo y empoderamiento de la vereda están afectados por la nueva lógica del individualismo y la rivalidad entre los vecinos.

En los relatos, el cambio de la identidad campesina se atribuye al cambio intergeneracional, que a su vez está unido al conjunto de circunstancias locales y globales, que se han interconectado a tal punto, que ellas configuran la situación actual de la vereda.

Por lo tanto, los eventos de carácter macro, como la implementación del actual modelo de desarrollo económico, la distribución de la tenencia de la tierra y los cambios operados en la identidad campesina, crearon las condiciones suficientes para afectar hondamente a las nuevas generaciones que habitan la vereda, las cuales se aproximan más a una noción individualista. Es probable que, a causa de estos fenómenos, las estrechas relaciones creadas en la comunidad, las tradiciones y los conocimientos ancestrales tiendan a perder

vigencia y protagonismo en la construcción de la identidad cultural del campesinado, que allí es percibido con base en las concepciones del mundo urbano.

“Antes que mi esposo muriera, alma bendita, teníamos una vaquita de ordeño, unas ovejas y un cerdo. Con mi mamá esquilábamos las ovejas, se lavaba la lana, yo la ayudaba a escardinar, mi tía la hilaba y hacía sacos y ruanas, pero la viejita ya murió y poco a poco se fue perdiendo todo eso” (mujer de 53 años).

Los conocimientos tradicionales de la actividad campesina, tales como el procesamiento y la confección de atuendos de lana tejida, la siembra y cultivo de productos orgánicos, el arado de la tierra en formas tradicionales, las características propias de cada cultivo para su producción, entre otras concepciones y actividades, son aspectos que han ido cambiando o desapareciendo poco a poco entre los habitantes de la región.

La familia es un factor determinante en el aprendizaje de la identidad y la economía campesinas y en ella se sustenta la supervivencia de los miembros que la integran. No obstante, las familias de Siete Trojes atraviesan un proceso de transición de una familia extensa a grupos familiares “nucleares”, caracterizados por suplir la necesidad de su núcleo principal y distanciarse de manera importante de las redes familiares construidas en el pasado.

Los factores de la identidad campesina, así como las relaciones de vecindad y solidaridad, la presencia de la familia extensa como una figura de apoyo y sustento familiar, la organización y la participación sociales, son aspectos que se han debilitado, especialmente en la segunda y la tercera generaciones, que contemplan las características de la identidad campesina como un panorama del cual tienen borrosos recuerdos y que solo subsiste en la memoria de los abuelos y las abuelas.

A pesar de la pérdida de la identidad campesina, las abuelas y los abuelos, junto a sus familias, en especial las que habitan el sector Cajamarca, mantienen huertas caseras donde cultivan tomate de árbol, hortalizas, plantas aromáticas, papa, maíz (fotos 22 y 23).



Prácticas agrícolas familiares del sector Cajamarca (fotos de los sectores 22 y 23)

Hay que decir que en los sectores Mora, Duque y Sopó esa práctica está desapareciendo. El cambio puede estar asociado a las mutaciones asociadas con el aprovechamiento del suelo de la vereda y la afectación directa de estas áreas. Como se aprecia en la imagen 19, el sector Duque colinda con el barrio El Poblado, el sector Sopó está cercado por la construcción del parque industrial Santo Domingo y el sector Mora limita con la urbanización de El Remanso.

AFECCIONES DEL USO DEL SUELO vs PRESIÓN O AFAN POR VENDER PREDIOS

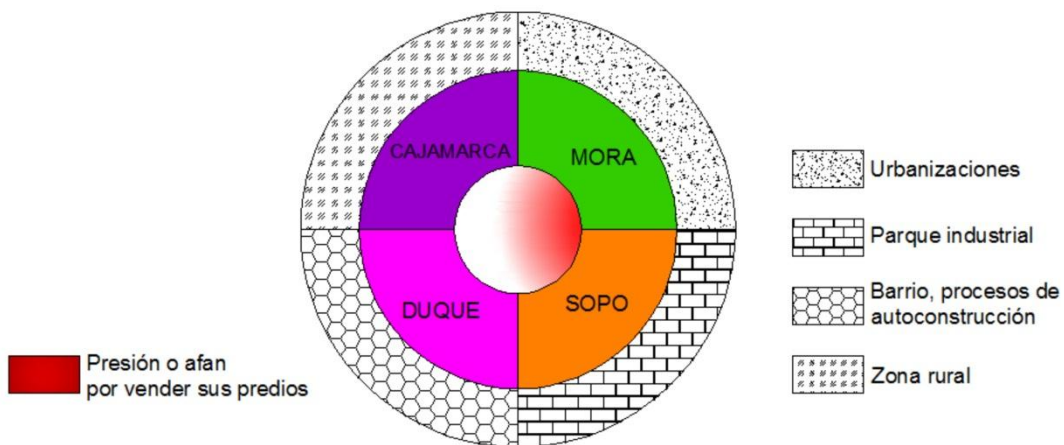


Imagen 19. Elaboración propia, con base en datos recogidos en campo



Fotografías Nos. 24 (sector Duque y barrio El Poblado) y 25 (sector Sopó y construcción Santo Domingo)

En los anteriores casos las familias residentes en estos sectores han cambiado parte de su identidad cultural y material, antes asociada a las prácticas agrícolas, los saberes tradicionales y las relaciones vecinales, y en sus relatos persiste la nostalgia por el cambio operado en el territorio y la pérdida de las alternativas de subsistencia que permitían contribuir a su manutención personal mediante labores en las cementeras, el rastrojo y el trabajo como jornaleros.

La identidad campesina se va disipando por efecto de los aspectos negativos que acarrea la transformación del territorio, y empieza a perderse el interés de permanecer en la vereda, mientras el rompimiento de las relaciones sociales entre los vecinos, la transformación del paisaje y la inseguridad se convierten en argumentos sólidos para abandonar el lugar.

Este choque con el sistema de creencias, valores y relaciones sociales, centrado en la identidad campesina, va de la mano con el proceso de metropolización y las modificaciones introducidas en la tenencia de una tierra que ancestralmente pisaban y poseían; los cambios en el aprovechamiento del suelo dejan al descubierto la fragilidad de las relaciones familiares con el territorio como consecuencia de la precaria tenencia de la tierra y la transformación de las identidades culturales de la población.

La precarización y el empobrecimiento de la población campesina constituyen algunos de los efectos provocados por los tratados de libre comercio y la introducción no consensuada de lógicas del nuevo modelo de desarrollo económico que inciden en la construcción de un proyecto de vida autónomo y con cierta independencia del mercado y el capital, con lo cual se dificultan, tanto la existencia de la cultura como la diversidad étnica y biológica del territorio.

El fenómeno de la metropolización ha afectado, por supuesto, a las ciudades del país. En el caso de Cali se ha extendido al corregimiento El Hormiguero, donde la urbanización se adelantó mediante la construcción de “universidades, colegios, clubes de recreación y proyección de elegantes condominios, un basurero, una cárcel y un amplio parqueadero para los buses del sistema de transporte integrado MIO”. Los habitantes del área rural de El Hormiguero se resisten a convertirse en un barrio de Cali y han recurrido a los concejos municipales para exigirles la defensa legítima del territorio y la permanencia de la cultura asociada al mundo rural (Torres, Gaona y Corredor, 2012).

6. TRAYECTORIAS LABORALES

Entre las décadas de 1960 y 1980 el ámbito laboral de las familias de la vereda Siete Trojes giraba en torno al campo, factor que se convirtió en su principal característica identitaria, junto con la baja densidad de su población y los lazos sociales comunitarios.

Vereda San José, municipio de Mosquera Cundinamarca.



El objetivo de este capítulo es dar a conocer los cambios y transiciones operados en el mundo laboral de Siete Trojes antes y después del proceso de su metropolización, que puso al descubierto las trayectorias del empleo en la primeras generaciones y la transición presentada en la segunda y la tercera generaciones en cuanto al cambio de las actividades comunes, las cuales determinaron las aspiraciones, las necesidades y los conflictos que se expresan en medio de la mutación del territorio.

6.1.El trabajo agrícola de las familias campesinas de la vereda Siete Trojes: primera generación

“Antes sí trabajábamos en el campo. Mi mamá vendía en una placita que hay en la Estación. Vendía huevos, las hierbas, el maíz, pero ya no, porque está muy viejita. Ahora va donde los vecinos. Ella le lleva tomates a don Luis y él le regala tallos o algo que ella no tenga” (mujer de 53 años).

La población de la tercera edad se identifica con el contexto agrícola que antes existía. Resalta que el hecho de vivir en una zona rural les permitía tener mayor acceso a los alimentos y de manera más independiente; además, la alta productividad de la tierra permitía mayor oferta laboral.

En la vereda Siete Trojes la variedad de los productos cultivados tradicionalmente hace parte de la idiosincrasia del campesinado de esa región cundinamarquesa. En ese entonces especialmente la papa, el maíz y la cebada se proyectaban como los alimentos básicos de la canasta familiar y el aprovechamiento de estos productos agrícolas garantizaba el consumo de las familias campesinas de bajos recursos económicos y simbolizaba la soberanía alimentaria de la región: *“Somos lo que comemos”*, afirma ahora una mujer entrevistada.

Los habitantes veredales recuerdan las ventajas que ofrecía el hecho de producir sus propios alimentos con la tradición y los conocimientos que generacionalmente habían sido adquiridos mediante la transmisión cultural. Ahora algunas familias mantienen viva la tradición agropecuaria mediante las huertas caseras.

En las narraciones de la población de Siete Trojes es evidente que el trabajo agropecuario era su mayor forma de autoempleo y empleo remunerado. En el trasfondo del discurso de la población es notable el carácter formador del trabajo en las áreas rurales, así como el orgullo de poseer un conocimiento transmitido generacionalmente que les permitía subsistir de una manera digna. El intercambio de alimentos con los vecinos garantiza todavía a las

familias mantener vivas las relaciones comunitarias y garantizar buena parte de la sostenibilidad alimentaria, en contraste con la monetización de los productos agrícolas.

Las actividades económicas que se desarrollaban en Siete Trojes eran principalmente de tipo agropecuario. Los productores y productoras de pequeña escala se encargaban de sembrar, cultivar y cosechar todo tipo de alimentos, así como del cuidado y la cría de especies animales menores, como conejos, pollos, patos y, en menor cantidad, bovinos y equinos.

“Mi papá trabajaba en una hacienda. Él era tractorista, y mi mamá se encargaba del ordeño y de cuidar el ganado. Allá tenían una vaquita, ocho gallinas y dos marranos”
(mujer de 60 años).

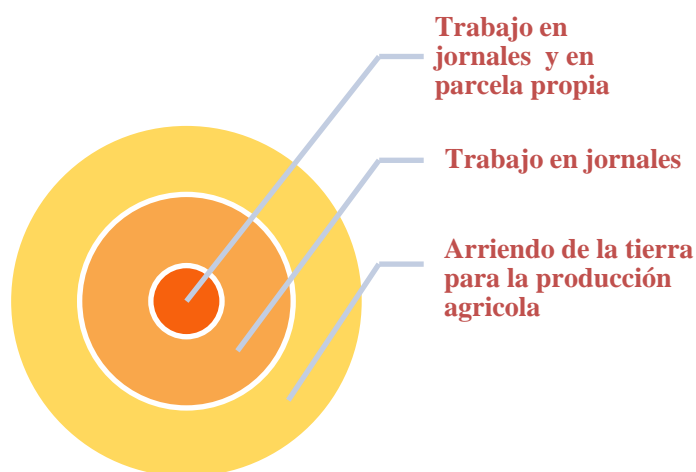
Las actividades económicas ligadas a la agricultura persisten todavía, pero no como principal actividad destinada al sostenimiento familiar sino como un ingreso alternativo que lo mejora. La producción es utilizada principalmente para el autoconsumo y, aunque una parte de ella se vende, no representa una entrada económica significativa para la familia, como fuente general de ingresos.

En este sentido, el mismo grupo familiar establece diferentes estrategias de subsistencia. Por ejemplo, en una organización familiar de carácter extenso las mujeres cuidan niños, cultivan huertas caseras, se emplean en floras o en servicios generales, mientras los hombres se dedican en mayor proporción a la construcción, el transporte, el comercio, o bien trabajan como operarios de empresas industriales.

6.1.1. Características del trabajo agrícola

Las familias de la primera generación presentaban un conjunto de características particulares relacionadas con la producción agrícola, que correspondían a dos modalidades del empleo de la fuerza de trabajo que presentamos en el esquema acompañante y que aparece en orden jerárquico, del centro a la periferia.

Imagen 20: Modalidades del uso de la fuerza de trabajo.



Elaboración propia Con base a los datos recogidos en el trabajo de campo

Según los relatos de la primera generación entrevistada, el trabajo consistía en el mantenimiento y el cuidado de los cultivos durante su ciclo vital y en las épocas de recolección, cuando aumentaba la mano de obra exigida.

Otras formas de empleo de la mano de obra de esta generación en el área rural de Siete Trojes eran el mantenimiento del sistema de riego, la construcción y cuidado de vallados o zanjas de agua (que estaban presentes en todos los sectores de la vereda, como se evidencia en el mapa de su pasado histórico). Asimismo eran consideradas como actividades económicas el procesamiento artesanal de la lana, la venta de preparaciones hogareñas (tamales, mute, masato, arepas, queso), además de productos que eran comercializados en distintos sitios, como plazas de mercado, tiendas, bazares, etc. Tales prácticas eran realizadas especialmente por las mujeres.

“Hacíamos tamales para la Nochebuena, masato, eso que llaman el mute, [así] como sembrábamos maíz [y] lo trabajaba mi mamita. Entonces ella vendía la comida, así en las plazas de mercado o en los bazares que hacían. Ahora cocino lo indispensable: sopitas y el almuercito, nada más” (mujer de 63 años).

En los relatos de las mujeres de la primera generación se evidencia que ellas son conscientes de su aporte tradicional en relación con la organización familiar, el mantenimiento del tejido social de la comunidad y el recurso a diversas estrategias de subsistencia de la unidad doméstica, donde por lo general el trabajo del hogar era poco valorado.

Por otra parte, como se describe en el esquema de modalidades del empleo de la fuerza de trabajo, el arriendo de lotes es aún requerido por la producción agropecuaria. El terreno es alquilado para cultivar o para otras actividades similares.

La percepción más generalizada de la población frente al trabajo agrícola es la autonomía e independencia en la distribución del tiempo y de las labores, en contraste con las relaciones laborales del contexto industrial, que tienden a establecer formas más rígidas y estresantes. No obstante, las limitaciones del trabajo agrícola, así como la inestabilidad y las precarias condiciones de la seguridad laboral, conducen a una nueva perspectiva de las actividades económicas de las actuales generaciones.

6.1.2. Precarización del trabajo agrícola y perspectivas de cambio laboral

A pesar de las trayectorias laborales de la población de Siete Trojes en el aprovechamiento de la tierra, ella carecía de protección laboral y ese factor precarizaba la actividad económica del conjunto de la población.

La contratación informal constituye uno de los aspectos que más ha contribuido a la precarización del trabajo agrícola. Los acuerdos laborales se establecían de forma oral y el resultado era la concertación de diversas modalidades de pago. La cesión de un predio, por ejemplo, exigía remuneración monetaria y bajo la forma de productos agropecuarios. Aun cuando se garantizaba el acceso al trabajo y su respectiva remuneración en dinero, en la mayoría de los casos se desconocía la protección de los derechos laborales de las trabajadoras o los trabajadores campesinos, tales como la afiliación a un sistema de salud pública y pensional que garantizara una mejor calidad de vida en la vejez.

Las características del trabajo agrícola veredal, como también ocurre en gran parte del territorio nacional, se asocian a la desprotección laboral en materia de seguridad social, baja remuneración, extensas jornadas laborales y rotación permanente de la población en la búsqueda de jornales para el sustento familiar.

“Sí, duré tiempo trabajando, sino que el señor era como dejado para el seguro y todo. Había veces que lo afiliaba a uno, había veces que no. Yo salí pensionada pero no de la finca. Casi toda la pensión la pagué más por fuera. También la empresa me ayudó, porque si no es así, tampoco me habían pensionado” (mujer de 63 años).

La desprotección laboral se consolida como uno de los factores más desfavorables que inciden en el cambio de las actividades económicas de los habitantes de la vereda. En las narraciones de la población no aparece la exigencia de tales garantías a los empleadores de la época, como si en las condiciones laborales del agro estuvieran implícitos el desconocimiento y la desprotección de las obligaciones labores por parte de los empleadores y las empleadoras de la población campesina.

Otra modalidad económica que aceleró el cambio de los mecanismos de subsistencia se refiere a la aparición de la modernidad en la agricultura, que mediante la tecnificación de la producción extinguió a un gran porcentaje de la mano de obra empleada en el sector rural bajo las condiciones tradicionales.

Conviene recordar que en la mayoría de sociedades agrarias el trabajo del campo es altamente explotado, más inseguro, menos colectivizado y sindicalizado y más flexible que su contraparte industrial (Piñero, 1977, citado en Torres, 2008).

Tal desequilibrio se sustenta en el marco de las concepciones culturales, económicas, sociales y políticas que prevalecen en Colombia frente al campesinado, especialmente a partir de la implementación de las políticas neoliberales y la visión retardataria del modelo de desarrollo, que alimentan la idea de que la población campesina está asociada al atraso tecnológico, la baja productividad y los dramáticos niveles de escolaridad (analfabetismo).

Estos factores de la identidad campesina entran en contravía del proyecto de desarrollo económico, sustentado en las iniciativas económicas que proponen los planes de desarrollo colombianos desde los años 90, cuando se estableció la llamada “apertura económica” pregonada por el capital internacional.

Las políticas modernizantes y homogeneizadoras de los modelos de desarrollo agrario impuestas al país en los últimos tres decenios han tendido a centrar el interés en la adaptación del mercado de la llamada Revolución Verde (maquinaria e insumos químicos), enfocada básicamente en el mediano y el gran empresario agrícola, y que, debido a sus costos, no siempre están al alcance de la población productora a menor escala, con lo cual se deteriora la identidad cultural y la diversidad alimentaria, que en su contenido podría contribuir altamente en términos de autonomía local (Forero y Corrales, 2010).

En este sentido, Elcy Corrales y Jaime Forero sostienen que “la aplicación del modelo neoliberal en el país, lejos de modificar positivamente las condiciones desfavorables en que se desarrolla la economía campesina para potencializar sus posibilidades de crecimiento y fortalecer la sociedad rural, multiplica los obstáculos para su desarrollo. Aleja aún más al país de alcanzar la satisfacción de las necesidades elementales de la población rural, al tiempo que atenta seriamente contra la relativa autonomía alimentaria consolidada en las últimas décadas (2010, p. 53).

En este marco, las actuales transformaciones operadas en el campesinado de la vereda Siete Trojes, como ocurre asimismo en el plano nacional, ponen en estado de alerta las economías campesinas, que son un elemento fundamental de la producción agrícola nacional y sustentan la cultura solidaria de la economía local y un modelo de progreso sostenido en materia de medio ambiente y subsistencia familiar.

6.2. La transición en las actividades económicas: Segunda generación

“Pues, como ahorita ya no hay dónde cultivar, toca es mirar si [a una] le dan trabajo en las bodegas, y eso también es complicado, porque ellos traen su gente de Bogotá; casi no les dan trabajo a los de aquí” (mujer de 42 años).

La segunda generación transcurrió en gran medida en un ambiente rural y junto a sus familias ha observado y vivenciado los cambios tan particulares que se han presentado en la vereda, así como la incidencia de los mismos en sus prácticas laborales, que en un proceso de adaptación transitan de la cotidianidad rural a una habitabilidad urbana.

“Sí, igual: cuando nosotros podíamos primero sembrar, sembrábamos, y ya ahorita, como no hay dónde sembrar, entonces tocó salir a trabajar” (mujer de 47 años).

Cuando se indaga en la segunda generación acerca del interés por retornar al trabajo agrícola, ellos y ellas manifiestan que, a pesar de sentirse cómodos con esta actividad económica, ella no representa la mejor garantía para la sostenibilidad de sus familias.

Esto se debe a que el lugar inmediato donde se realizaría esta práctica es la vereda, que ahora ha cambiado de manera importante en todos sus escenarios, especialmente en el territorial; en este sentido, no existe un espacio habilitado para reconsiderar el trabajo agropecuario, aunque en sus imaginarios sigue siendo una opción de vida alternativa.

La transformación de la mentalidad entre la primera y la segunda generaciones provocó un cambio en el escenario laboral. Por lo tanto, las actividades económicas de las actuales generaciones no están relacionadas con el trabajo agropecuario y ahora se fundan en la construcción, el transporte y el comercio. Al cambiar la dinámica territorial en gran medida, cambian las relaciones económicas de los pobladores.

Lo anterior no indica que las condiciones económicas de las familias de la vereda Siete Trojes hubiesen mejorado o empeorado, pues, como se evidenció atrás, la primera

generación carecía de seguridad laboral y las actuales presentan una crisis laboral que es producto del desempleo. Sin embargo, los cambios en el uso del suelo sí determinan la inestabilidad de la seguridad alimentaria familiar en la vereda, en tanto que el anterior trabajo agropecuario constituía la principal fuente de empleo de los hogares y la manutención alimentaria estaba asociada al rastrojo.

De acuerdo con los relatos de la población, en el ámbito laboral de la segunda generación aparecen dos rasgos particulares. Por una parte, el conocimiento se expresa en las prácticas agropecuarias aprendidas mediante la transmisión cultural de generación en generación; el otro rasgo es la transición laboral como resultado de la transformación territorial de la vereda. Este conjunto de conocimientos carece de un escenario apropiado para su reproducción, mientras las nuevas realidades del territorio ofrecen actividades de carácter distinto de la tradicional labor agropecuaria.

De la transición del trabajo agrícola al industrial-empresarial se pueden deducir dos razones principales: a) los cambios del aprovechamiento del suelo imprimen en la población de Siete Trojes una nueva expresión social y económica que gradualmente se ha adaptado a los procesos de urbanización e industrialización del territorio; b) la precarización del trabajo agrícola conduce a las nuevas generaciones a buscar fuentes de trabajo que garanticen mayor estabilidad económica y laboral, además de las referidas a las prestaciones sociales que ofrece el empleo formal.

6.3. Tecnificación y especialización del trabajo: tercera generación

“Antes de que escogiera la carrera del Medio Ambiente estaba mirando a ver si me metía a estudiar algo de administración de empresas agropecuarias, pero me decidí por el Medio Ambiente porque uno a veces se pone a ver documentales de cómo está cambiando el planeta y creo que se puede tratar de convencer a la otra gente [a] que siente cabeza. Eso me pareció como lo más chévere” (mujer de 22 años).

Como se evidenció en el capítulo anterior, el cambio operado en el ámbito educativo entre la primera y la tercera generaciones es representativo, y esa es una de las razones por las cuales se modifican las proyecciones laborales y educativas de los jóvenes de la vereda, o sea, que las representaciones de esta cohorte respecto del mundo laboral se relacionan ahora con la preparación profesional, la tecnificación y la cualificación de la mano de obra.

“[...] no soy trabajador como tal; soy pasante, y, pues, mi meta el otro año es estudiar ingeniería agrónoma, porque hay mucho campo y, pues, la gente necesita más que todo orientación de cómo resolver los problemas del campo” (hombre, 18 años).

Alternamente, las metas educativas de hombres y mujeres que fluctúan entre los 20 y los 30 años de edad no son tan altas. La mayoría de ellos accedió a la vida laboral después de haber terminado el bachillerato, no presenta procesos educativos de tecnificación y profesionalización y, por lo tanto, su mano de obra no es calificada, circunstancia que conduce a esta población a ofertar su fuerza de trabajo en cualquier área del mercado laboral urbano-industrial, que generalmente se caracteriza por la inestabilidad y entraña largas temporadas de desempleo para esta población.

En relación con la clase trabajadora del municipio de Mosquera, el censo de 2005 estableció que el 79% de los trabajadores eran no calificados, estaban en un nivel educativo no mayor del medio y la mitad de ellos se concentraba en los sectores agropecuario, industrial y comercial. Las personas contratadas con baja calificación, es decir, poseedoras de habilidades no muy especializadas para la ejecución de las actividades ofrecidas, presentaban “bajos niveles de productividad” (Ministerio de Trabajo, 2012).

6.4. Incidencia de los cambios del uso del suelo en el empleo del municipio de Mosquera

El conjunto de cambios observados en el ámbito laboral de la vereda Siete Trojes puede ser entendido con base en la transformación del territorio, que desde el decenio de 1990 se viene

asociando al sector industrial, principalmente como resultado de la ampliación de la frontera de la ciudad de Bogotá sobre el área rural del municipio de Mosquera.

Los ritmos de crecimiento de la capital sobre el área periférica occidental obedecen principalmente a la necesidad de ampliar la frontera urbana sobre el manto rural. De acuerdo con el Ministerio de Trabajo, en el caso particular de los municipios del occidente (Funza, Madrid, Mosquera), tales territorios han tenido grandes oportunidades de desarrollo, particularmente en materia industrial y basadas en tres cualidades: a) la ubicación geoestratégica de los municipios; b) la disponibilidad de suelo para su explotación industrial y los bajos precios de los predios, y c) los distintos ajustes hechos al POT, los incentivos tributarios, el acceso a servicios públicos con bajas tarifas y la disponibilidad de mano de obra (Ministerio de Trabajo, 2012).

En efecto, en la actualidad el renglón productivo predominante en Mosquera es el industrial. De acuerdo con el “plan local de empleo”, ese sector aporta el 62% del producto del municipio; hasta el año 2010 contaba con 327 empresas registradas en la Cámara de Comercio de Facatativá, dato que se compara positivamente con el de solo 274 empresas encontradas por el censo de 2005. Mientras tanto, el sector agrícola representa solo el 16% de la actividad laboral. El plan de desarrollo de Mosquera para 2008-2011 sostiene que “en general, el sector agrícola se ve como un sector débil, donde sus asociaciones campesinas no han tenido mayor trascendencia, en oposición al sector ganadero (bovino), que cuenta con mayores recursos” (Ministerio de Trabajo, 2012, p. 32).

El bajo porcentaje de representatividad del sector agrícola de Mosquera obedece a que la agricultura se desarrolla en predios considerados de minifundio, menores de tres hectáreas y que corresponden al 68,3% de los predios rurales totales; se trata, pues, de una economía campesina. Por otra parte, se presentaba una importante concentración de la propiedad rural: el 81,3% de los propietarios poseía el 20,8% de la superficie, mientras solo el 18,7% de ellos era dueño del 79,2% de la superficie rural (Secretaría de Planeación de Cundinamarca).

Factores como el fácil acceso a los suelos rurales de la Sabana occidental, la ubicación geoestratégica del municipio de Mosquera, el impulso del sector industrial y la abundante

mano de obra, consolidan el proceso de metropolización y disminuyen la importancia tradicional del sector agrícola, que había tenido su auge en los años 60, cuando las características medioambientales del territorio y de la cultura campesina lo permitían.

6.4.1. Trabajo en la vereda Siete Trojes después de la década de los 90

Además del cambio operado en el trabajo, es decir, de la vinculación paulatina de los hombres y las mujeres a un trabajo urbano-industrial asalariado, existe una percepción muy alta de inseguridad ante las nuevas formas de producción económica. Aunque las garantías laborales en los nuevos empleos presentan mayor formalidad en la vinculación laboral y la protección social,¹³ es evidente la inconformidad de la población frente a las condiciones contractuales, que no garantizan estabilidad.¹⁴

Los turnos que establecen empresas y fábricas tienden a establecer jornadas laborales de entre ocho y doce horas, programadas en turnos de 6:00 a. m. a 2:00 p. m., 2:00 p. m. a 10:00 p. m., 10:00 p. m. a 6:00 a. m. (o bien de 7:00 a. m. a 7:00 p. m. en el caso de turnos de doce horas). Las implicaciones negativas de los horarios tienen que ver con la inseguridad que perciben las familias que trabajan en estas condiciones. El acelerado crecimiento demográfico de Mosquera ha acarreado el crecimiento de los barrios aledaños y de la misma vereda Siete Trojes, factor que incrementa la inseguridad, manifiesta en robos a viviendas, atracos callejeros y violencia, entre otros daños.

“La inseguridad, terrible. Por mi hijo yo sufro mucho; si son las ocho de la noche y no llega, eso tanto él como yo pegados a ese celular: ‘¿Dónde está, qué está haciendo, a qué hora llega? Mire, por favor, coja colectivo; si no tiene alguna forma, aquí le pagamos’. Porque uno no sabe, últimamente han atracado mucho” (mujer de 61 años).

En el decenio de 1960 y hasta los años 90 los habitantes de Siete Trojes se conocían entre sí y existía la certeza de saber con quién se compartía el vecindario, los hábitos de los

¹³ Régimen de pensiones (EPS), riesgos profesionales, Caja de Compensación Social, entre otros, en dependencia, claro está, del tipo de contrato laboral.

¹⁴ Contratos por prestación de servicios de corta duración.

residentes, las costumbres, etc. Ahora todo es incertidumbre, han arribado diferentes personas que no conocen el medio y con ellas la nueva realidad de la vereda: venta y consumo de psicoactivos, menos oportunidades de empleo, un medio ambiente más contaminado y un fuerte deterioro del paisaje y de las relaciones sociales de la vereda.

Aparte de las problemáticas de seguridad, la mayoría de la población evidencia la falta garantías laborales. Pese a la construcción de urbanizaciones y bodegas, aseguran que la mayoría de la mano de obra que opera en los sectores industriales es traída de Bogotá. Aunque el estudio no reporta datos cuantitativos, en la tabla de empleos intergeneracionales puede observarse que el grueso de las personas mayores de edad, particularmente de la tercera generación, se encuentran desempleadas.

El “desarrollo económico” veredal no ha garantizado más que las expectativas de una oportunidad de trabajo cerca de su vivienda. No obstante, las opciones laborales se realizan realmente fuera de la vereda, con las implicaciones que se deducen de los largos trayectos a recorrer hasta y desde el lugar del trabajo, con mayor razón a causa de las condiciones paupérrimas del transporte, ahora deteriorado por el aumento del tráfico vehicular de pasajeros y de carga pesada en la Troncal del Magdalena, o Calle 13, así como del incremento de los usuarios del transporte público, que continuamente crece debido a la densificación poblacional del municipio.

Tabla No. 4. Empleos intergeneracionales

EDAD	NIVEL EDUCATIVO	OCUPACION-TRABAJO	EDAD	NIVEL EDUCATIVO	OCUPACION-TRABAJO	EDAD	NIVEL EDUCATIVO	OCUPACION-TRABAJO
61	5° primaria	Constructor	42	Bachiller	Constructor	18	Técnico SENA	Estudiante
68	5° primaria	Ama de casa	43	Bachiller	Operaria sector plasticos	19	Técnico SENA	Estudiante
60	3° primaria	Ama de casa	45	8° Bachillerato	Operaria sector flores	20	Técnica SENA	Desempleada
61	5° primaria	Pensionado	45	9° Bachillerato	Operaria sector flores	21	Técnico SENA	Pasante SENA
63	5° primaria	Ama de casa	47	9° Bachillerato	Operaria sector flores	23	Técnico SENA	Auxiliar contable
64	4° primaria	Independiente	52	5° Bachillerato	Empleada	28	Bachiller	Desempleada
78	2° primaria	Hogar	53	5° Bachillerato	Hogar	30	Bachiller	Desempleado
64	5° primaria	Hogar	54	5° Bachillerato	Empleado	32	Bachiller	Desempleada

Fuente: elaboración propia con base en datos del trabajo de campo.

6.5.Tradición y cambio

La herencia familiar del trabajo agrícola alcanzó a llegar hasta la segunda generación, que recibió el conocimiento del manejo y cultivo de la tierra. Sin embargo, la segunda cohorte es la que evidencia un mayor proceso de transición del mundo rural al mundo urbano. Muchos de sus componentes trabajaron como jornaleros en las parcelas que existían en los años 80, poco antes de iniciarse el proceso de industrialización y urbanización, y sufrieron progresivamente el cambio de las actividades laborales operado en la segunda generación.

“Mis padres y abuelos se dedicaban al campo y la cebada se recogía a mano y con hoz. Ese era el trabajo de ellos. Decían que a veces les tocaba caminar mucho. Como antes no habían carros, se iban a pie desde aquí por allá hasta La Mesa o a Nemocón” (mujer de 52 años).

Los relatos expresan también los mecanismos de subsistencia antes de la llegada de la modernidad. Los tiempos, las distancias, el acceso y las herramientas hablan de una época caracterizada por la sencillez y la adaptación al medio. Hoy en día, pensar en recorrer a pie trayectos de más de veinte kilómetros, o labrar la tierra con instrumentos tradicionales ayuda a considerar el atraso profundo en el cual puede vivir una población.

Comúnmente, cuando se hace alusión a los mecanismos utilizados por el campesinado para la producción agrícola, por lo general ellos son calificados negativamente, como “arraigados en el pasado, ineficientes en términos de productividad y carentes de futuro, por oposición a las modernas tecnologías, cuyos objetivos apuntan al aumento de la productividad”. Por lo tanto, el sector agrario está implícitamente relacionado con la idea de que un productor debe optar por tecnologías de gran eficiencia en términos de producción del mercado (Corrales y Forero, 2010).

Con el proceso de la metropolización surgen las expectativas de mejoramiento de la movilidad, la tecnificación de la mano de obra y una significativa reducción del tiempo libre, entendido éste como la posibilidad de inventar su propia realidad económica, cultural,

social y familiar. Ahora el tiempo debe ser empleado de conformidad con la filosofía de la productividad y la competitividad.

El actual modelo de desarrollo económico desconoce las características de la población campesina y el papel que puede desempeñar en el proceso de la apertura económica; se infiere, por tanto, que dentro del modelo no existe una política de desarrollo rural. En este sentido, el resultado del desconocimiento del campesinado por considerarlo un sector desarticulado, marginal, homogéneo y en vías de extinción, solo ha sido objeto de ayudas puntuales de la política social. Por lo tanto, en el marco de las políticas neoliberales la población campesina está condicionada a convertirse en un empresario o empresaria modernos, en condiciones iguales a las de cualquiera de los demás, o desaparecer (Corrales y Forero, 2010).

Desde esta perspectiva, el campesinado colombiano tiende a desaparecer como consecuencia de las imposiciones del actual modelo de desarrollo económico, el cual imprime un cambio significativo en las prácticas tradicionales de la población, al condicionar la producción agrícola a las exigencias actuales del mercado global. Sin embargo, esta no es la única modalidad de presión frente a la existencia de la economía campesina. Como se ha sostenido a lo largo de este capítulo, es evidente que la expansión de las ciudades impone nuevas características laborales y modos de vida en la periferia urbana.

7. RELACIONES DE GÉNERO EN EL CONTEXTO CAMBIANTE DE LA VEREDA SIETE TROJES

Para comprender las relaciones de género establecidas en el contexto de la vereda Siete Trojes conviene abordar las historias de vida de tres mujeres que han nacido y crecido en ese territorio. Sus relatos capturan las experiencias y subjetividades relacionadas con la inequidad de género.

El primero corresponde a una mujer de la primera generación, quien relata los aspectos críticos de las relaciones de género, uno de los cuales es la violencia hacia las mujeres en el espacio doméstico. La historia de Selma refleja las asimetrías estampadas en las relaciones familiares, donde se muestra el uso y el abuso del poder patriarcal. Otro rasgo de su relato alude a la ausencia de remuneración o reconocimiento social de su trabajo en el hogar o en el de cuidado.

La segunda historia de vida, contada por Leonice, refleja las trayectorias laborales de las mujeres que, en el proceso de cambio cultural y territorial, presentan las expectativas de un trabajo femenino remunerado que revierta las tradiciones históricas del trabajo campesino asociado a la explotación laboral.

La historia de vida de Nidia, por su parte, pone de manifiesto las relaciones inequitativas establecidas entre hombres y mujeres en el espacio de la división sexual del trabajo y en el trabajo del cuidado, que en el proceso de metropolización pone en tela de juicio las tradiciones culturales, las actividades económicas, la familia y las relaciones sociales.

7.1. “Mi papá y la fábrica de colchones”

La señora Selma Mora tiene 63 años y recurre a su memoria para relatar los eventos más significativos de su vida, asociados a la experiencia de haber nacido y crecido en la vereda Siete Trojes. De lo que recuerda, se ha dedicado a trabajar en el campo y a criar a sus siete hijos e hijas. “Toda mi vida pendiente de mis matas, lidiando con los animales y las cementeras. Estando aquí en la vereda he sido una campesinita que se ha dedicado a

cosechar”. Actualmente Selma vive con tres de sus siete hijos en el lote heredado de sus padres, y su cotidianidad transcurre en su tienda de abarrotes, rodeada de sus nietos y nietas.

Parte de la adolescencia y de la madurez de Selma la dedicó a cultivar maíz, papa, zanahoria, alverja. Trabajó para varias fincas, en contratos de jornales donde el pago era por el día trabajado. Selma se ganaba la vida al destajo, sin ninguna estabilidad económica en su vida: “Una semana conseguía aquí, otra allá, y así”.

Otra labor que desempeñó en el ámbito familiar fue la fabricación de colchones de fique. “Mi papá tenía una fábrica, donde aprendí a manejar el fique para hacer los colchones. Inclusive a mí me tocaba procesar el fique y ponerle a mi papá el material listo. Mi papá compraba el fique en Bogotá, en un depósito. Lo traía, soltaba el bulto y luego se estiraba, se le cortaba en cada punta y se deshilachaba, pero bien finito... La colita que quedaba también se escarneaba. Nosotros lo llamábamos escarmenar.¹⁵ Apenas estaba terminando de alistar el fique ¡y llegaba mi papá con arrobas para hacer el colchón!... A mi papá le salían negocios para los hospitales de Villeta, Girardot y otros municipios. Al igual que yo, mi papá aprendió esta actividad económica por mi abuelita, es decir, la mamá de él”.

La infancia de Selma, según su relato, estuvo marcada principalmente por el maltrato que su padre le infligía a ella, sus hermanas y su madre. Sus recuerdos son dolorosos, así como la relación emocional que sostenía con su padre y sus hermanos varones.

“Así trabajé con mi padre como hasta los diecinueve años, haciendo los colchones. Le ayudaba pero él no me pagaba, me daba la comida y la posada. Además, mi papá, alma bendita que Dios lo tenga en su gloria, era muy malo. Nos castigaba, pero rabiosamente. Nos echaba ají en las vistas, nos sacaba a la madrugada, nos metía en una zanja llena de agua, me cogía con los chiros y... ¡allá a la zanja! Y después salga así, con la ropa mojada, nos tocaba, a mí y a mi hermana, volver a la casa. Pero el maltrato era solo hacia nosotras, las mujeres. Éramos cinco mujeres y cuatro hombres, seis con mi mamá. Ella también sufrió mucho. En cambio, con los muchachos él no se metía, solo con las mujeres, sobre todo con nosotras dos y la que está cieguita”.

¹⁵ Escoger o seleccionar.

Contrariamente a los maltratos del padre de Selma, la mamá siempre fue una aliada, una amiga, una compañera que le enseñó el respeto, la unión familiar y el amor por la vida. “Mi mamá fue una santa. Dios la tenga en el reino del cielo, porque ella nunca conmigo... Que un grito, un golpe o algo así, para nada. El cariño y respeto que no tuve de mi papá lo recibí de mi mamá. Mis otros hermanos sí le hacían la vida imposible, la trataban mal, eran borrachos y groseros”.

A los diecinueve años, cansada del maltrato hogareño, Selma decide partir hacia Tenjo, donde vivió sola, trabajando a jornal para distintas haciendas, y aunque el sueldo no era significativo logró tener mayor independencia. Sin embargo, retornó a la vereda, a la casa de sus padres, para apoyar a su mamá, que lidiaba con la carga social y familiar debido a que no contaba ya con la fuerza de trabajo de su esposo, quien se hallaba enfermo.

Un año después Selma se unió a su primer esposo, con quien tuvo cuatro hijos. Cuando el menor tenía diez años falleció su esposo, y dos años después conoció a su segundo cónyuge y con él tuvo tres hijos más. En total son siete hijos y hace poco tiempo falleció su segundo esposo.

Antes de que muriera la madre de Selma, sus hermanos se opusieron a su acceso a la herencia del lote. “Me juraron la guerra, murió mi papá y fueron los primeros que se apropiaron del lote. Hicieron las vueltas para que no me quedara nada, porque el lote no tenía escritura, estaba escriturada pero la de mi papá, y nos tocaba cambiarla a nosotros. Entonces mi mamá me dijo: ‘Hijita, en vez de estar por allá pagando arriendo, ¿por qué no se hace a su lote también? Usted tiene derecho’. En ese momento mis hermanos decían que no me dieran ningún lote porque yo iba a sacar a mi mamá de la casa. Por lo tanto, el señor de Planeación me pegó un regaño, me hizo llorar allá en Planeación. Me dijo: ‘Yo le voy a hacer los papeles, pero usted haga el favor y no vaya a sacar a su mamá a la calle’. Yo le dije: ‘¿Cómo voy a hacer eso? Ni que estuviera loca’”.

7.1.1. Las mujeres y la violencia de género

En las narraciones hechas por las entrevistadas surgían recuerdos relacionados con su infancia, generalmente asociados con episodios de violencia. Las relaciones familiares de la

primera y la segunda generaciones se han caracterizado por el recurso al poder y a la fuerza en la construcción de límites y normas fundados en el autoritarismo y el maltrato.

Por lo general, las relaciones parentales de los abuelos-abuelas y los padres- madres están determinadas por el poder absoluto de la figura paterna, cuyas órdenes y deseos no debían ser cuestionados y mucho menos desautorizados. Estas relaciones verticales fueron el escenario del aprendizaje que encontraron las posteriores generaciones.

La violencia contra las mujeres tiene bases socioculturales asentadas en la cultura patriarcal, donde cada acto violento que se comete contra las mujeres se asocia con el solo hecho de serlo (León, 2007). En este sentido el patriarcado, según Amorós (2009), es un modo ideológico de dominación de los hombres sobre las mujeres y tiene efectos sistémicos.

La violencia contra las mujeres es una consecuencia de la cultura de dominación patriarcal y se produce en diversos escenarios de la esfera pública, entre ellos en la división sexual del trabajo, la asignación de roles atribuidos a la maternidad, la inequidad de las relaciones laborales, el acoso laboral y la ausencia en la participación social y política de la población femenina.

El ejercicio de intimidación y de forzamiento se denomina violencia, y la Convención de Belém do Pará (Brasil) define la violencia contra las mujeres “como cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer tanto en ámbito público como privado” (Femenías, 2009, p. 43).

Del ejercicio de la violencia contra las mujeres se desprende la violencia simbólica que, según la visión de Bourdieu (1994), “es la que extorsiona generando unas formas de sumisión que ni siquiera se perciben como tales, y que se apoya en creencias totalmente inculcadas”. Este sistema de creencias se fundamenta en la cultura patriarcal, a su vez sustentada en fuertes mandatos socialmente instituidos y naturalizados (Femenías, 2009).

En el caso de Selma, como en otros, las expresiones de violencia surgían momentáneamente y sin ninguna razón aparente, justificadas en el ejercicio del poder y la dominación que están presentes en el aprendizaje cultural, el cual, desde el punto de vista patriarcal, se fundamenta en la naturalización de los roles femeninos y masculinos, los cuales cimientan la prolongación de la violencia a las mujeres y los patrones de discriminación social.

En el curso de decenios, y especialmente en la generación correspondiente a las abuelas y los abuelos, el maltrato y el sometimiento eran evidentes, y además totalmente legítimos, ya que las relaciones de género de la época parecían estar selladas en un contrato ideal que advertía la posesión de las mujeres y el sometimiento de las mismas. Por esa razón, las mujeres de esa generación, y primordialmente aquellas asociadas a los sectores populares, vieron sus vidas limitadas a la maternidad, al trabajo del cuidado y al trabajo asalariado mal remunerado.

Frente a esta división histórica de los géneros, que ha agudizado la violencia y la discriminación hacia el mundo femenino, surge el cuestionamiento por parte de las teorías feministas en torno de las estructuras sociales, donde se representa la desigualdad social, política y económica sustentada en el patriarcado. Así se inicia la “revolución cultural” de la equidad de géneros, que propone la deconstrucción de la cultura patriarcal en un proceso de emancipación del género femenino que establece un nuevo orden y un contrato social entre hombres y mujeres.

El actual paradigma de las relaciones de género sustenta, en palabras de Amorós (2009), un sentido común alternativo que transforma las evidencias de inequidad de género y construye otras evidencias, para dar lugar a cambios históricos y sociales mediante la resignificación de los elementos culturales que han dado origen a las violencias contra las mujeres.

7.2.El trabajo, las flores y el agua

La familia Duque ha vivido por más de cuatro generaciones en la vereda Siete Trojes, y la señora Leonice figura entre los cinco vástagos del matrimonio de la señora Helena y el señor Francisco. Ella tiene 55 años y sus padres, mediante el trabajo, lograron establecer un patrimonio familiar adquirido en el transcurso del tiempo.

Leonice es heredera de parte de la tierra de sus padres y tiene un lote pequeño de 120 metros cuadrados, donde vive actualmente con sus dos hijas, sus nietos y nietas y un yerno. Leonice recuerda que las actividades cotidianas de su infancia, su adolescencia y su adultez estuvieron asociadas al mundo doméstico, y estima que su trabajo contribuía a mantener el orden de la casa. Sin embargo, los medios para realizar estas labores eran precarios. “Sí, yo aprendí a planchar con planchas de carbón y con el fuelle para echarle viento y que calentara, y ¡cuidadito la ropa quedara tiznada! ¡Qué problema! Yo cocinaba en unas hornillas que encendían con solo leña. Así aprendí a cocinar de todo”.

El padre de Leonice era agricultor y trabajaba en una hacienda. Por su parte, la mamá se encargaba del ordeño, de pastorear las vacas y criar cerdos y gallinas, además del trabajo del cuidado de sus hijas e hijos. “Mis padres eran arrendatarios del dueño de una finca. Siempre trabajamos en el campo. Áhi mismo era nuestra casa. Trabajábamos dentro de la finca como si fuera nuestra tierra; sembrando, cosechando. No se pagaba arriendo ni nada, pues en esa época no eran tan tiranos los propietarios de los terrenos. Recuerdo que conocí las fincas antes de que estuvieran las combinadas para trillar el trigo. La cebada la cogíamos con una hoz; conocí la piedra de moler, la usé muy poquito pero la alcancé a conocer”.

Los cambios producidos en los paisajes naturales, la riqueza hídrica y la diversidad de la producción alimentaria tuvieron fuerte impacto en las actividades económicas de las familias de la vereda. “Era bueno, porque, por ejemplo, anteriormente tenía uno sus animales, vivía de ellos y, pues, cultivaba; ahoritica ya no se puede. Si uno tiene animales, por ejemplo, aquí las vaquitas que son de mi papá, toca estar uno pendiente por la noche de

que nadie se las lleve; si uno cría unas gallinas, se las roban. Entonces ya materialmente no da; de cómo era la vereda en el pasado ya no queda nada”.

Como se ha advertido, el trabajo agropecuario tiene desventajas como consecuencia de la desprotección social, y esa es precisamente una de las razones más importantes, junto con la metropolización, de que la segunda generación de las familias estudiadas por este trabajo se viera obligada a transitar del trabajo en el campo al trabajo en la ciudad. “Por ejemplo, mis padres no tuvieron seguro, una pensión, mientras que yo trabajaba en una empresa y sí, ganaba mi pensión y mi seguro, y era mejor; ahorita último es que los empresarios, con la ley del gobierno, les exigen el pago de pensión a los trabajadores, porque antes no”.

Así como han cambiado las características del territorio, mudan las características laborales y con ellas las relaciones familiares. El nuevo estilo de vida y el modo del empleo instaurado en el sector industrial crean un escenario familiar asociado a la distancia: a pesar de la cercanía de las viviendas, los encuentros familiares más importantes están relacionados con las celebraciones del mes de diciembre, por ejemplo. “Con mis hermanas y hermanos uno comparte, pero igual: como ya iniciaron a trabajar todos, por ejemplo, la que vive acá, ella está trabajando en un colegio, y mi cuñada, que es la que vive enseguida, también; mi hermana trabaja en una empresa. Como mi papá está enfermo, entonces me toca quedarme en la casa y estar pendiente de él; pero con ellas si se reúnen, para un día como el 24 de diciembre, ahí todos nos reunimos acá y se prepara el sancocho para el 31 a media noche y, pues, estar ahí un rato agradable”.

Aunque Leonice nació y se crió en la vereda, hace parte de la generación que empieza a mostrar una mayor transición cultural respecto de los profundos cambios estructurales que a inicios de la década de los 90 empezaban a manifestarse en el territorio. “Yo, desde muy pequeña, aprendí a lidiar ganado. Nunca aprendí a ordeñar porque, como yo fui hija mayor, entonces mis papás me mandaban a cuidar y criar los animales, las vacas, marranos, ovejas, gallinas. Mis papás tenían su huerta; por ejemplo, aquí detrás, antes de construir todas las casas, se sembraba y daba buena papa, pero nunca me llamó la atención trabajar en eso”.

Dadas las nuevas características territoriales, las trayectorias laborales de la segunda generación se orientaron hacia el área urbana. “Yo trabajé a la edad de diecisiete años como

ascensorista en la 18 con séptima. No conocía Bogotá pero ahí aprendí a defenderme un poquito en la ciudad. De ahí me salí y duré un tiempo en la casa ayudando a mis papás. Ellos le compraban a uno sus cosas, pero no le daban plata y no hay como uno disponer de su propio dinero. Entonces comencé a trabajar en un depósito de drogas en la 11 con 11, en el centro. Luego me salí y duré otro tiempo que no trabajaba. Después fue cuando metí las patas: tuve a mi hija, la mayor. Tenía veintidós años. Cuando mi hija tenía dos añitos me fui a trabajar a Flor América; allá dure diez años. Después estuve un poco de tiempo sin trabajar y fue cuando ya entré a trabajar a Bosa en una fábrica de filatura, y ahí me pensioné”.

7.2.1. Leonice, la flora y el trabajo remunerado

Al igual que en Siete Trojes, las veredas La Fragua y Canelón, del municipio de Chía, han cambiado culturalmente a un ritmo veloz. En los últimos veinte años, antes del auge de la industria floricultora, estas veredas se sustentaban en la economía campesina basada en la agricultura de subsistencia, en la cual el proceso de producción provenía de los hogares. De esa manera la población cultivaba sus productos agrícolas para venderlos y adquirir los artículos que no eran producidos dentro de la unidad doméstica, o para cambiarlos por otros productos de la canasta familiar (Fridemann, 2011).

No obstante, las características culturales de La Fragua y Canelón, así como de Siete Trojes, han cambiado continuamente con el arribo de migrantes locales y población urbana que proviene de la región. Estas nuevas expresiones territoriales y culturales inciden en las formas de asumir el proyecto de vida y en la percepción del trabajo y el hogar (Fridemann, 2011).

Debido a la nueva articulación de la industria floricultora al trabajo remunerado ha aparecido también una nueva percepción de las mujeres que ingresan a este espacio laboral, donde reafirman su convicción de que el trabajo y la vinculación con el sector industrial de las flores afirman su valor intrínseco como seres humanos (Fridemann, 2011).

Esto se debe principalmente al marginamiento de las mujeres del trabajo doméstico. Incluso en el pasado agrícola de la vereda Siete Trojes las prácticas agropecuarias de la

población femenina no contaban con un reconocimiento económico o social: se consideraban como una carga más de la “naturaleza femenina”.

Por esa razón, en las diferentes entrevistas hechas a las mujeres de la vereda sus relatos se inclinan en mayor medida por el trabajo remunerado en alguna empresa del sector industrial; sin embargo, las labores desarrolladas en el hogar y en la parcela familiar no han desaparecido, aunque la mayoría de las entrevistadas cree que estas actividades del ámbito privado no son consideradas como trabajo, precisamente por la ausencia del reconocimiento social y la remuneración dineraria.

En las narraciones de las mujeres de la primera generación es reiterativo el conflicto por el trabajo no remunerado: la mayoría de las mujeres trabajaba apoyando las labores agrícolas de los padres y en la crianza de animales, los servicios domésticos, las labores artesanales y el cuidado de personas, entre otros, sin obtener por eso ningún tipo de remuneración económica o material.

Desde luego, el ingreso al sector productivo imprime nuevas conductas y patrones de comportamiento que son extraños para las mujeres. En el trabajo asalariado ellas solo tienen control sobre un área de la producción y desconocen el resto del proceso, así como el resultado del mismo, mientras que en el trabajo del hogar mantenían el control del principio al fin de cada actividad. Por ejemplo, las comidas que preparan, los productos con los cuales se elaboran y los tiempos en que se realiza cada actividad, etc. Por ende, la autonomía formaba allí parte de su quehacer cotidiano. Caso contrario ocurre con el trabajo remunerado (Fridemann, 2011).

En los relatos de las mujeres entrevistadas de la vereda Siete Trojes emergen la insatisfacción por la pérdida de la “libertad y autonomía” respecto de la nueva forma de subsistencia, que se opone al conjunto de creencias y tradiciones establecidas de generación en generación en relación con el trabajo agrícola y la vida en el campo.

“El trabajo en el campo da más porque usted tiene más ganancias que trabajar en una empresa. Usted recibe su sueldo y no recibe nada más, pero, en cambio, si usted trabaja en agricultura, aparte de su sueldo trae comida para la casa y es un ingreso más y es menos

estresante. Uno trabaja al ritmo de uno, pone el horario de uno sin la presión de nadie; en cambio, en una empresa es más esclavizante” (mujer de 43 años).

Desde esta perspectiva, las mujeres reflexionan sobre las cualidades intrínsecas del trabajo agrícola. Los relatos de las entrevistadas sobre la actividad del campo hablan de una remuneración que va más allá del pago del jornal y está representada en la planeación del tiempo invertido en el trabajo, que da libertad de decisión y acción en las labores y no está condicionada a las políticas del sector productivo. Otra característica manifiesta del trabajo agrícola, según la población, es el pago en especie mediante productos del mismo cultivo donde se trabaja.

La transformación operada en el ámbito laboral se asocia a los cambios introducidos en sus propios horarios y ritmos de vida que antes tenían que invertir en los cultivos de flores, en contraste con las operarias de las flores, que tienen un horario establecido. De acuerdo con Fridemann, esta nueva condición laboral se convierte en una jornada de trabajo adicional en el espacio doméstico. Las rutinas de hombres y de mujeres trabajadoras varían significativamente, mientras que los varones, una vez terminadas sus jornadas laborales (en horarios de 7 u 8 a. m. a 4 o 5 p. m.) disponen de tiempo libre para compartir con los amigos, descansar, tomar cerveza, hacer diligencias, etc. A las mujeres, además, las espera un trabajo adicional en el hogar, sin límite de horario (Fridemann, 2011).

La transición operada en el ámbito laboral (rural-urbano, doméstico-remunerado) agudiza la inequidad en las relaciones de género, al evidenciar la importante labor que las mujeres desempeñan en el mundo privado, donde surge la necesidad de empezar a cuestionar la asignación tradicional de roles en un proceso de reversión de las cargas sociales y familiares.

7.3. Nidia: “No trabajo, me dedico a la casa y al cuidado de mi hija”

Nidia Suárez Duque nació y creció en la vereda Siete Trojes y, hasta donde su memoria le permite recordar, hace parte de la quinta generación familiar residente en la vereda. Tiene 28 años, vive con su hija, sus papás, una hermana y tres sobrinos, y actualmente trabaja en el espacio doméstico, aunque al indagar sobre su ocupación laboral ella contestó: “No

trabajo, me dedico a la casa y al cuidado de mi hija y de mis sobrinos. Antes trabajaba en una empresa de plásticos”.

Para Nidia, el ámbito laboral de las generaciones pasadas ha tenido un cambio significativo, tanto en lo relacionado con el territorio como en las condiciones laborales del mismo. Su abuelo trabajó como arrendatario de una parcela y en los jornales de las haciendas, mientras su abuela lo hacía en su restaurante, que quedaba sobre la vía que comunica a Mosquera con Madrid.

Con el cambio intergeneracional se advierte la aparición de nuevas plazas de empleo. Su padre, al igual que su mamá, trabaja actualmente en la construcción de bodegas y en la flora, respectivamente. “Ya no hay que trabajar como trabajaban ellos. ¿Por qué? Porque ya no hay campo, ya no hay tierra para trabajar como trabajaban mis abuelos. Mi mami casi no alcanzó a trabajar en el campo, mi papi tampoco, pero mis abuelitos sí. Mi abuelo todavía está dedicado a sus vacas”.

Por eso, para Nidia, la visión del empleo laboral ha cambiado; ella se inclina más por un trabajo que garantice sus derechos laborales, y, al igual que sus progenitores, esta joven se interesa por el sector empresarial. Así lo afirma: “No he pensado en trabajar en el campo porque no me gusta, me gusta más trabajar en las empresas, que sabe uno que tiene sus seguros, sus prestaciones. Mientras que a uno en el campo no le ofrecen eso. Muchas fincas a las que uno va a trabajar no hay nada de seguridad”.

Por el momento, Nidia trabaja en el hogar cuidando a su hija y sus sobrinos, aunque gran parte de su labor no es remunerada ni reconocida como un trabajo real. Cuando ella laboraba en una empresa, asumía el trabajo del cuidado como una doble jornada laboral, es decir que, con empleo o sin empleo remunerado, su cotidianidad transcurre entre actividades del hogar. “Ahora que estoy en la casa cocino, arreglo, cuido los niños. Cuando yo estoy trabajando, dependiendo el turno que tenga, si yo estoy de 2 a 10, entonces dejo el almuerzo, la comida y el oficio adelantado, y si estoy de 6 a 2, pues, llego a hacer comida. Si estoy de noche, entonces no hago nada, llego es a dormir. Pero cuando yo estoy acá en la casa, yo hago todo. Mi hermana me paga por el cuidado de mis sobrinos treinta mil pesos semanales por aguantarme esas tres ‘caspas’. Mi mami me ayuda con los pañales de la niña

cada veinte días y ya; de resto, no. Y por ahí vendo mis helados, eso también ayuda, de poco a poco se va consiguiendo el sostenimiento”.

Unas de las principales razones que actualmente impiden a Nidia trabajar en una empresa es la edad de su hija (menos de un año), y aunque su red de apoyo familiar es fuerte, sus miembros actualmente trabajan y, por tanto, quieras que no, ella es el soporte del hogar. “Cuando la niña esté más grandecita, de pronto vuelva donde estaba trabajando antes, porque ahora no hay nadie de confianza para dejarla. Mis tías trabajan, mi tía Leonice no se encarga de niños, mis primas trabajan, mi mamá trabaja, mi hermana trabaja, entonces no hay nadie que yo diga que me va a tener bien la niña, que le van a tener la paciencia que yo le tengo”.

Para el trabajo del cuidado solo se referencia a las mujeres, es decir, que ni siquiera en el discurso aparece la figura masculina como un posible aliado en la atención y la protección de su propia hija, lo cual evidencia la inequidad existente en las relaciones de género frente a la crianza de los hijos. “A mí no me parece, porque, igual, las mujeres y los hombres deberían hacer lo mismo. Así como una mujer puede trabajar, el hombre también puede cocinar, barrer y trapear, pero yo no sé por qué serán así. Es tenaz. Mi primer sobrino tiene nueve años y se les enseña desde pequeños a que colaboren, pero no lo hace, porque, como son hombres, entonces... solo en la calle. ¿Qué tal?”.

Mientras que esta mujer trata de comprender la desigualdad de las relaciones entre los hombres y las mujeres, se enfrenta a otro desafío: la amenaza de una posible migración de la vereda, que agudizaría todavía más su situación, ya que probablemente eso implicaría la desintegración de la familia extensa donde actualmente se desarrolla su cotidianidad. A pesar de no contar con las mejores condiciones, la joven logra cierta seguridad para ella y su hija, seguridad que fuera de la vereda y de la familia no es muy confiable. “A mí, en lo personal, no me gustaría irme de acá. Toda mi familia es de aquí y yo quiero que mi hija siga creciendo aquí. No me gustaría vivir en la ciudad, eso es mucho ruido. En cambio, por acá es tranquilo, nadie se mete con nadie. Si vendieran, me gustaría irme a un lugar así, tranquilo, donde todavía quede campo”.

7.3.1. Nidia y el trabajo del cuidado

La división sexual del trabajo se fundamenta en la diferenciación entre hombres y mujeres, en la asignación de los papeles que han de desempeñar en la sociedad y, por supuesto, en la valoración cultural que tendrán en su contexto.

Justamente esa radical división sexual del trabajo es interpretada por Arango y Molinier como asignación prioritaria de los hombres al mundo público y de las mujeres a la vida reproductiva. Las autoras señalan que la asociación de los varones con la esfera pública permite mayor acaparamiento de las funciones contentivas de alto valor social, como las políticas, religiosas, económicas y militares (2011).

Aunque Leví Strauss trate de entender la división sexual del trabajo desde el punto de vista de las estructuras de la organización social, Arango y Molinier la analizan a partir de dos principios: a) principio de separación (hay trabajos para hombres y trabajos para mujeres); b) principio jerárquico (el trabajo del hombre vale más que el de la mujer) (2011, p. 3). Según las autoras, estos principios son legitimados por la ideología naturalista de la condición reproductora de la mujer.

En este sentido, el trabajo del cuidado surge asociado exclusivamente a las mujeres, aunque el problema no es necesariamente la relación de la mujer con esta actividad, sino el valor social que se le ha asignado. Esto obedece principalmente al ocultamiento de la mujer en el espacio doméstico, el cual, debido a sus características, distancia a las mujeres del mundo público. Por lo tanto, el trabajo en el hogar es una labor oculta que no tiene reconocimiento social ni económico; incluso la mayoría de las mujeres que desarrollan esta actividad consideran que nunca han trabajado, esto es, que, para ellas, el trabajo doméstico y el trabajo del cuidado no son trabajo. Así, pues, “el trabajo doméstico se considera como un trabajo tonto que no requiere talento especial” (Arango y Molinier, 2011).

No obstante, las actividades domésticas y del cuidado *son ante todo un trabajo*, que desde la perspectiva feminista se ha definido como el conjunto de actividades que responden a las exigencias que caracterizan las relaciones de dependencia. De hecho, la configuración del trabajo del cuidado transita en la dicotomía entre las categorías dependencia versus

autonomía, unidas al concepto de vulnerabilidad. Ese trabajo también está comprendido en el hecho de hacer algo que implique el mantenimiento y la preservación de la vida del otro, es decir, asistirlo o asistirla en sus necesidades primordiales, como comer, dormir, asearse y dedicarse a sus propios intereses, etc. (Arango y Molinier, 2011).

El trabajo del cuidado constituye un elemento esencial de la socialización de los roles femeninos, tradicionalmente asociados con las funciones que las mujeres deben ocupar en la sociedad. De esta manera, tanto en el plano familiar como en el mercado laboral, se evidencia el otorgamiento de los trabajos del cuidado a la población femenina. Por supuesto, tal actividad, por ejercerse en el ámbito privado de la familia, es justificada con base en la disposición de las mujeres para suplir las necesidades ajenas, en honor al amor, la solidaridad y el altruismo, características culturalmente asignadas al género femenino (Castro, 2011). Por esta razón, en la historia de vida de Nidia no se reconoce la relevancia del trabajo del cuidado, que en realidad tiene una influencia que trasciende la esfera privada, así se vea difuminada detrás de los muros del hogar.

La Encuesta Integrada de Hogares, adelantada en Bogotá en el curso del tercer trimestre de 2008, encontró que las mujeres continuaban ejerciendo una labor preponderante en el seno de la familia. El 83% afirmó que hacía oficios en su hogar, frente al 58% de los hombres; y en cuanto al cuidado y la atención de niños y niñas, el 31% de las mujeres indicó dedicación, frente al 17% de los hombres (Dane, Geih, Villamizar, 2009, citado en Castro, 2011).

En la problemática del trabajo del cuidado radica la invisibilización y la falta de remuneración pecuniaria de las mujeres, que trae consecuencias tales como menores oportunidades en el momento de acceder al mercado laboral, ingresos más bajos, limitación en la participación social y política y efectos negativos sobre los costos personales, económicos y de salud. Se estima que la división sexual del trabajo incide para que el trabajo del cuidado esté relacionado con el afecto, aspecto que restringe la participación ciudadana de las mujeres en otros ámbitos de la vida pública (Castro, 2011).

En la perspectiva de Arango y Molinier (2011), la invisibilización del trabajo del cuidado se relaciona con las percepciones y la valoración socio-cultural que las trabajadoras hacen de sí mismas. Las investigadoras la describen de la siguiente manera:

- la desvalorización, tanto de las propias cuidadoras como de los demás.
- la invisibilidad que caracteriza las condiciones que conducen al éxito.
- la naturalización en la femineidad.
- las formas “patéticas” de su expresión discursiva.
- las defensas viriles de quienes manejan las decisiones estructurales.

Por otra parte, “las características de una sociedad capitalista orientada por la meta de la maximización del beneficio, solo obtiene valor el tiempo mercantilizado, entendido como la capacidad de ser transformado en dinero y por ende posee reconocimiento social, mientras que el tiempo generador de la reproducción que incluye los cuidados, el afecto, la gestión administración doméstica, relaciones y ocio, no es un tiempo pagado sino un tiempo vivido, donado y generado que constituye la sombra de la economía en el tiempo dominante, basada en el dinero”. (Castro, 2011)

Desde este punto de vista, el trabajo doméstico produce bienes útiles para la subsistencia de los miembros del hogar y que son indispensables para mantener bajos los costos sociales de reproducción de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, aunque estas actividades no incidan directamente en la tasa de ganancia de la producción capitalista, sí producen riqueza social (Puyana, 2007).

Respecto de la distribución del trabajo y de las relaciones de género, en la vereda se observa el predominio de la cultura patriarcal, evidenciada de diferentes formas en el proceso de investigación. Uno de los casos más peculiares se presentó en la negativa de los hombres a que las mujeres participaran en las entrevistas o en las actividades comunitarias que propusimos para acopiar información.

Con algunas mujeres fue imposible entablar algún tipo de diálogo. Por lo general, el cónyuge brindaba la información solicitada y argumentaba que la mujer no tenía ninguna

opinión sobre los cambios operados en la vereda. De conformidad con el discurso del esposo, ellas no han salido de la casa, ya que su lugar es ese, así como su oficio es cuidar de los hijos en el hogar. Con este criterio, las mujeres no estarían en “capacidad de brindar información del mundo exterior”, ya que éste es conocido solo por los varones.

Por otra parte, cuando atinábamos a encontrar solas a las mujeres en su hogar y proponíamos entablar un diálogo con ellas, se negaban aduciendo cierto temor de contradecir a su compañero en su propósito de no brindar la información o de establecer algún tipo de relación con la investigación. De estas ocasiones se puede inferir que existen agendas ocultas de maltrato, discriminación e invisibilidad de la importancia de las mujeres en la construcción social de la vereda, aun cuando el mayor número de informantes y participantes en el proceso investigativo estuvo compuesto por mujeres.

Finalmente, los testimonios de las mujeres entrevistadas expresan valiosos elementos conceptuales en torno a la división sexual del trabajo, las diferencias de género y la ética del cuidado de personas. Tales nociones y dimensiones se relacionan con las características de las familias campesinas, cuya columna vertebral son las mujeres, que tradicionalmente han desempeñado roles reproductivos y productivos en el seno de la familia y de la sociedad.

En la mayor parte de la vereda Siete Trojes se identifica una estructura monoparental, con jefatura femenina y muy asociada a las características de las familias del Complejo Cultural Andino. En cuanto a su organización, la familia está compuesta en gran medida por uniones maritales de hecho y madresolterismo, aunque es importante resaltar que la composición familiar evidenciada se sostiene en la familia extensa, que se soporta en los lazos de solidaridad que existen entre las mujeres de un mismo núcleo, como ocurre con las abuelas, hermanas y tías, que conjuntamente se apoyan en la labor del cuidado de los hijos y nietos y en el sostenimiento económico del hogar.

Por otra parte, la relación que se encuentra entre el pasado del complejo andino y la realidad actual se expresa en las condiciones de desarraigo provocado por el proceso de

metropolización, la tenencia minifundista de la tierra o la falta de titularidad de la misma, ya que algunas mujeres son hijas de relaciones extramatrimoniales donde no se les reconoció su herencia.

8. CONCLUSIONES

Para alcanzar nuestra meta conclusiva se formularon tres objetivos específicos orientados a: a) contextualizar la huella del proceso de metropolización en la dinámica del territorio urbano rural; b) establecer los aspectos centrales del proceso de metropolización, basado en la percepción de las familias que habitan la vereda; y c) identificar los principales rasgos que los habitantes de la vereda asignan a la identidad, las relaciones de género y el trabajo en el proceso de metropolización de la sociedad.

El desarrollo de estos objetivos ofrece información relevante a los procesos de transformación de la familia campesina y de su territorio. En este sentido, la pertinencia social en el abordaje de la problemática que se presenta con la metamorfosis de la región radica principalmente en la comprensión de los cambios operados en las prácticas de sobrevivencia de las poblaciones campesinas afectadas por las nuevas concepciones económicas, sociales, culturales y políticas del mundo rural, así como por el deterioro de las zonas de protección del agua, el aire y la provisión de alimentos.

El crecimiento de la ciudad de Bogotá hacia la periferia ha descargado sus efectos sobre los municipios circunvecinos y está presente en el proceso de transformación territorial denominado metropolización, que a su vez ha incidido en el cambio del uso del suelo en los territorios rurales de la Sabana de Bogotá y dado paso a las nuevas expresiones territoriales y culturales de la región.

La expansión de la capital del país sobre los territorios de los municipios vecinos estimula nuevos procesos urbanísticos, denominados conurbación, fase de expansión mediante la cual una ciudad se une con otra en el ámbito territorial y administrativo y la suburbanización que implica el impacto del modo de vida urbano sobre el contexto rural. Estas intervenciones en el territorio se ven reflejadas en los cambios introducidos en el aprovechamiento del suelo, en el aumento de la densidad poblacional y en la baja calidad de vida de la población pobre, problemas particularmente notorios en el municipio de Soacha y en los del primer anillo demográfico de la Sabana occidental y la Sabana central.

Los cambios en el uso del suelo acentúan la asimetría del crecimiento demográfico de la región, y las diferencias más notables se localizan en los polos norte-sur (Chía-Soacha). La polarización de la ciudad en las áreas metropolitanas ha estimulado la demanda sobre el suelo rural, la infraestructura institucional y el espacio público, así como la construcción de redes de alcantarillado, energía eléctrica, gas y agua. Sin embargo, la eficacia de la dotación de servicios públicos y el acondicionamiento de la infraestructura urbana apta para el desarrollo urbano coinciden con la polarización de la ciudad.

Esta suma de cambios territoriales suscitados por las modificaciones hechas en el aprovechamiento del suelo de zonas rurales del municipio de Mosquera incide en la transformación de la cultura de la población, fenómeno que se pone de manifiesto en la pérdida gradual de la identidad y la economía campesinas, fundamentales para la construcción de estrategias de sostenimiento propias.

Los cambios y transiciones de las familias campesinas que habitan el municipio de Mosquera están asociados a la metamorfosis que ha venido sufriendo el territorio de la Sabana occidental. La degradación del medio ambiente y de las características rurales de la vereda Siete Trojes como consecuencia de los procesos de urbanización e industrialización crea una nueva problemática territorial, en la cual la identidad campesina se transforma en la misma medida en que cambia la vereda.

La identidad campesina de las familias asentadas en la vereda Siete Trojes comenzó a ser afectada por el proceso de metropolización desde la década de 1990 y puso de presente las características de ese territorio: a) economía de subsistencia basada en la economía campesina; b) organización social marcada por la presencia de pequeños productores agrícolas, apartados de la cultura urbana; c) presencia de relaciones sociales y familiares de carácter extenso; d) estrecha relación con el territorio, fundada en la convivencia en común y la construcción de los lazos sociales de largo tiempo.

La incidencia del proceso de metropolización en Siete Trojes afecta principalmente los rasgos definitorios de la identidad campesina, específicamente la producción agropecuaria de pequeña escala, la satisfacción de las necesidades materiales de la unidad doméstica, el

sentido de pertenencia con el territorio, la seguridad alimentaria, la permanencia de los lazos familiares y el fortalecimiento del tejido social comunitario.

Los lazos comunitarios se han debilitado a tal punto, que las interacciones sociales entre los vecinos se convierten en conflictos. Las fricciones cotidianas más comunes se relacionan con la apropiación del espacio público con destino a actividades comerciales o la ampliación de la vivienda, acicateadas principalmente porque el crecimiento demográfico e industrial de la vereda no ha estado acompañado de la planeación municipal.

La inseguridad es otro aspecto relevante del proceso de metropolización de la comunidad de Siete Trojes. Parte de la renuncia a las prácticas agropecuarias ha conducido al constante hurto de la producción campesina. Ahora las actividades laborales se desempeñan fuera de la vereda, en horarios críticos para un retorno seguro al hogar, aspecto que ha desencadenado temor en los habitantes ante el aumento de la delincuencia común.

La transformación de la “identidad campesina” se presenta en el marco de la integración del entramado urbano y rural en el mismo territorio, situación que propicia la pérdida de características propias del área rural, un menor sentido de la colectividad, la fractura de las relaciones sociales comunitarias y el debilitamiento de la economía campesina. Asimismo, el deterioro del paisaje y de los recursos naturales, además del tránsito de la vereda al barrio, estimulan nuevos procesos de identificación ciudadana.

Las familias poseedoras de tierra tienen mayor o menor sentido de pertenencia con el territorio, según sea su grado de afectación por el proceso de metropolización. Como se evidencia en el análisis de los resultados de la investigación, las familias cuyo territorio fue objeto de transformación se sienten más presionadas para migrar, mientras aquellas menos afectadas afianzan su pertenencia territorial.

En las narraciones de abuelas y abuelos puede identificarse una mayor identidad campesina, que sin embargo empieza a disiparse en sus descendientes, quienes han cambiado o abandonado prácticas tradicionales como el trabajo agrícola, las celebraciones comunales o el sentido de pertenencia al territorio. Más adelante, en las nietas y los nietos, desaparecen casi totalmente los relatos que dan vida a la identidad campesina y sus narrativas traslucen una afinidad con el desarrollo académico de carreras técnicas y

profesionales como medio de alcanzar un ascenso social y económico en el contexto de la ciudad.

El proceso de metropolización que ha germinado en el marco del actual modelo de desarrollo no es un punto de referencia positivo para las economías campesinas, caracterizadas por el autosostenimiento de la unidad familiar, el trabajo de la tierra y la transmisión de la herencia cultural; en este sentido, la organización de la economía campesina se fundamenta en la “familia”, que ha cambiado sus mecanismos de subsistencia, ahora más acordes con el mundo urbano.

La posesión de la tierra por las familias campesinas de la vereda tiene influencia destacada en el cambio de las actividades laborales, que en el decenio de 1960 eran principalmente agropecuarias, mientras ahora la falta de acceso a la tierra limita el trabajo agrícola y la transmisión cultural del mismo. Debido al cambio operado en el aprovechamiento del suelo, las actuales generaciones quedan condicionadas a los nuevos tipos de desarrollo territorial, que hoy ofrecen otros empleos, como el comercio informal, la albañilería, el trabajo en la industria de las flores y en las bodegas, actividades que se distancian de la tradición del trabajo agropecuario, ahora relegado por la industria y el comercio.

En el plano familiar, la estabilidad en el tiempo de los lazos sociales y las redes familiares, caracterizadas por relaciones afectivas y de parentesco, se han visto debilitadas por el individualismo y la presión social a salir del sector. Se evidenció que las mujeres de la primera generación ocupaban su fuerza de trabajo en la parcela familiar; sin embargo, la segunda y tercera generaciones se ven abocadas a emplearse en las condiciones actuales del territorio, caracterizadas por las lógicas de la productividad y la competitividad del sector industrial.

A su vez las familias, sumergidas en el proceso de asimilación de la nueva realidad territorial y cultural, inventan estrategias encaminadas a acomodarse a las exigencias del mercado laboral. Allí donde la mayoría de las mujeres trabajan fuera del hogar, se crea una red del cuidado hogareño conformada por hermanas, tías o abuelas que viven cerca o que comparten el territorio, estrategia que se fundamenta en la familia extensa, cuya permanencia depende de su duración en el territorio. Esta organización de tipo social

atraviesa actualmente un proceso de desintegración propiciado por la presión de la venta de sus predios y la salida de la vereda hacia otros lugares.

Con frecuencia, el trabajo del cuidado es invisibilizado y en ocasiones no remunerado, debido principalmente a la naturalización de los roles femeninos en el ámbito privado, de donde se infiere que las estructuras de la cultura patriarcal aún están presentes en el escenario público y privado. Además, las nuevas condiciones del territorio inciden en las redes de apoyo que las mujeres poseían en el seno de la familia y la comunidad; como consecuencia de la venta de predios familiares, la vida fuera de la vereda se manifiesta de manera aislada entre los núcleos que actualmente conforman la familia extensa.

Finalmente, la concepción negativa del campesino asociada a la pobreza, la ignorancia y el analfabetismo aceleran la marginalización y la descomposición del mismo, transformando los modos de vida tradicionales del campo, en una inmersión progresiva en el mundo urbano; por lo tanto, la noción de desarrollo se fundamenta cada vez más en la urbanización e industrialización del área rural, lo que evidentemente deteriora el medio ambiente natural y la calidad de vida de las familias que históricamente han habitado el territorio rural.

En este sentido, el campesinado colombiano atraviesa una nueva crisis, ocasionada por las constantes presiones del actual modelo de desarrollo económico, que han condicionado la economía campesina a la intervención de las empresas multinacionales, los paquetes tecnológicos de la “revolución verde”, el desplazamiento forzado a causa del conflicto armado interno, los tratados de libre comercio y la transformación del territorio evidenciada en los cambios del uso del suelo, todos ellos factores que han puesto en crisis los procesos sociales, culturales y económicos de la población campesina que históricamente ha resistido a las presiones del capitalismo.

Las transformaciones de las familias campesinas por efecto del proceso de urbanización tienen su importancia en el modelo de desarrollo económico y de modernización del país, y están presentes en los actuales cambios de la política económica que estimulan la industrialización, hecho que ha impulsado a los habitantes de las regiones a migrar a la ciudad y a sus alrededores, desestabilizando la dinámica territorial de las zonas rurales.

9. RECOMENDACIONES

En primer lugar, es necesario restablecer la toma de decisiones mediante el cambio del paradigma centro-periferia. La supremacía de la ciudad sobre los municipios vecinos ha puesto al servicio de la urbe las zonas rurales y transformado su cotidianidad y su territorio. En ese sentido, en la formulación de las políticas públicas y en los planes de ordenamiento territorial deben tenerse en cuenta las trayectorias de vida de las familias campesinas, a fin de conservar las relaciones comunitarias y familiares construidas históricamente en el territorio, aunque ellas tengan menor importancia en la lógica de la expansión urbana.

La participación de las comunidades rurales en las modificaciones de los POT permitirá al gobierno municipal, departamental y distrital incluir las sugerencias y necesidades de la población campesina en el destino del territorio, proceso que determinará de manera incluyente el resultado de la integración territorial.

La administración pública debe establecer áreas de conservación natural destinadas a proteger los recursos naturales de las zonas rurales susceptibles de urbanización, en especial las fuentes hídricas amenazadas constantemente por la expansión de la ciudad.

Entidades como el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), la Corporación Autónoma Regional (CAR) y el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena) deben formular proyectos de capacitación en asignaturas como la agricultura urbana y ecológica, de tal manera que el proceso de transformación de las familias campesinas sea mediado por una actividad cultural y económica que mitigue el desarraigo de la comunidad campesina y permita poner en marcha proyectos productivos que vuelvan activar la cooperación y la solidaridad comunitarias.

Una última recomendación resulta de los actuales diálogos de paz en la Habana Cuba, donde se debe discutir el problema de la tenencia de la tierra para que fruto de las conversaciones entre los distintos actores se logre consolidar las reservas campesinas como un mecanismo que asegure una distribución más equitativa de la tierra y de esta manera poder conservar la cultura y economía campesina en el país.

ANEXOS

Anexo 1. Formato de entrevista a familias en proceso de transformación de la vereda Siete Trojes primera y segunda generación

	PREGUNTAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS	PREGUNTAS CON RELACIÓN A LOS CAMBIOS DEL USO DE SUELO
SABER Identidad cultural saber acerca de su entorno	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿se identifica como una persona del campo y qué significa para usted ser campesino (a)? 2. ¿Cómo son las relaciones entre los vecinos, han tenido conflictos, como los han resuelto y que comparten común? 3. ¿Qué han aprendido juntos como comunidad? 4. ¿considera usted que tiene un papel importante en comunidad? ¿cuál? 5. ¿Cuáles son sus saberes tradicionales? 	<p>¿Cómo era la vereda hace (10) o (20) años y que cambios se han generado?</p> <p>¿Cómo considera esos cambios para usted y su familia?</p> <p>¿Cuál ha sido el aprendizaje con estos nuevos cambios?</p> <p>¿Qué ha pasado con eso conocimientos tradicionales?</p>
HACER Trabajo en la tierra, comercialización de productos otros quehaceres	<p>¿En que trabaja actualmente?</p> <p>(¿Cuál son los usos de los productos del campo? ¿Ha tenido dificultad en la comercialización de estos?)</p> <p>(¿Cómo se clasifica usted, como productor agrícola pequeño o mediano?)</p> <p>¿Cuál de los dos trabajos le genera mejor ingreso?</p>	<p>¿Se han presentado algún cambio importante en las actividades económicas de la familia?</p> <p>¿En que trabajan sus hijos?</p> <p>¿Considera que los cambios del uso del suelo ponen en riesgo su actividad laboral y convivencia familiar?</p>
ESTAR Pertenencia territorial	<p>¿Hace cuánto tiempo vive en esta vereda?</p> <p>¿Qué actividades sociales y culturales se desarrollan en esta vereda?</p> <p>¿Quiénes son los dueños de la tierra donde usted y su familia viven?</p>	<p>¿Los cambios del uso del suelo ponen en riesgo su permanencia en esta vereda?</p> <p>(¿Qué decisiones espera tomar con relación a estos cambios?</p>
SER Tomar decisiones a partir de la autonomía que genera la certeza de saber quién soy tanto para si como los otros.	<p>¿Quiénes eran y que hacían sus padres y abuelos?</p> <p>¿Consideran que su familia ha incidido en su forma de ser y su actividad laboral?</p> <p>¿Cómo son sus relaciones actuales con su familia respecto a la distribución de las tareas en la casa y en el trabajo?</p>	<p>¿Cree que se han presentado algunos cambios en la distribución de tareas en el hogar y en trabajo, cuales son a que se deben?</p> <p>¿Cómo se siente usted frente a los cambios?</p>

Anexo 2. Formato de entrevista a familias en proceso de transformación de la vereda Siete Trojes tercera generación

	PREGUNTAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS	PREGUNTAS CON RELACIÓN A LOS CAMBIOS DEL USO DE SUELO
<p>SABER</p> <p>Identidad cultural saber acerca de su entorno</p>	<p>¿Se identifica como una persona del campo y qué significa para usted ser campesino (a)?</p> <p>¿Para usted que es un campesino (a)?</p> <p>¿Cómo son las relaciones entre los vecinos, han tenido conflictos, como los han resuelto y que comparten común?</p> <p>¿Qué han aprendido juntos como comunidad?</p> <p>¿Considera usted que tiene un papel importante en comunidad? ¿Cuál?</p> <p>¿Cuáles son sus saberes tradicionales?</p>	<p>¿Cómo era la vereda hace (10) o (20) años y que cambios se han generado?</p> <p>¿Cómo considera esos cambios para usted y su familia?</p> <p>¿Cuál ha sido el aprendizaje con estos nuevos cambios?</p> <p>¿Qué ha pasado con eso conocimientos tradicionales?</p>
<p>HACER</p> <p>Trabajo en la tierra, comercialización de productos otros quehaceres</p>	<p>¿En que trabaja actualmente?</p> <p>¿En algún momento ha considerado ha idea de trabajar como agricultor (a)?</p>	<p>¿Usted ha observado cambios en el trabajo que desarrollaban sus abuelos, con relación a sus padres y a usted mismo?</p> <p>¿Cuáles son esos cambios y como los considera para su vida?</p>
<p>ESTAR</p> <p>Pertenencia territorial</p>	<p>¿Hace cuánto tiempo vive en esta vereda?</p> <p>¿Qué actividades sociales y culturales se desarrollan y desarrollaban en esta vereda?</p> <p>¿Quiénes son los dueños de la tierra donde usted y su familia viven?</p>	<p>¿Considera que los cambios que se están presentando en la vereda ponen en riesgo su permanencia en este lugar y afecta de alguna manera su convivencia familiar? ¿Qué decisiones espera tomar con relación a estos cambios?</p>
<p>SER</p> <p>Tomar decisiones a partir de la autonomía que genera la certeza de saber quién soy tanto para si como los otros.</p>	<p>¿Quiénes eran y que hacían sus padres y abuelos?</p> <p>¿Consideran que su familia ha incidido en su forma de ser y su actividad laboral?</p> <p>¿Cómo son sus relaciones actuales con su familia respecto a la distribución de las tareas en la casa y en el trabajo?</p>	<p>¿Cree que se han presentado algunos cambios en la distribución de tareas en el hogar y en trabajo, cuales son a que se deben?</p> <p>¿Cómo se siente usted frente a los cambios?</p> <p>¿Qué recuerda de su infancia que sea especial respecto a la vereda?</p>

Anexo 3. Campaña publicitaria

KIRA: TU VEREDA, MI MUNICIPIO, NUESTRO PAÍS



PROYECTO DE PARTICIPACIÓN COMUNITARIA Y FAMILIAR

Te invitamos al taller de identificación territorial el día Sábado 4 de Agosto de 2012 en el salón comunal de la vereda Siete Trojes

Usos actuales y futuros del territorio de la vereda Siete Trojes

Anexo 4. Derecho de petición

Mosquera Cundinamarca, 15 de noviembre de 2012

Señor

CARLOS GUILLERMO GRANADOS

Personero Municipal

Mosquera-

Asunto: Derecho de petición interés general art. 23 C. P.

MARÍA SORAIDA CAJAMARCA ciudadana colombiana en ejercicio identificada con cedula de ciudadanía Número 39706389 de Mosquera (Cund), residente en Finca Consuelo Vereda Siete Trojes, teléfono 311-8193706 y VICTORIA ROBAYO ciudadana colombiana en ejercicio, identificada con cedula de ciudadanía número 52.834.090 de Bogotá, residente en la dirección Calle 8 No 18-80 sector Sopo, teléfono 312-4670715, en ejercicio del derecho de petición consagrado en el **artículo 23 de la Constitución Política de Colombia y con el lleno de los requisitos del artículo 5 del código contencioso Administrativo**, respetuosamente me dirijo a su despacho con el fin de solicitarle la información

Los motivos de esta petición son los siguientes:

1. El pasado 12 de septiembre de 2012, usted se comprometió con la comunidad de la vereda siete trojes a suministrar información de los siguientes puntos:

- **Licencia de construcción:** la comunidad siete trojes solicita información del porque la alcaldía municipal no les ha otorgado las licencias de construcción y asimismo el desenglobe de sus predios.
- **Servicios públicos:** discriminados así:
Servicio de agua como se comentó en la reunión en mención la misma ya llega a los hogares pero de mala calidad por presentarse turbia y tener mal olor.

Servicio de gas, se nos ha informado la imposibilidad de acceder a este servicio, porque la empresa manifiesta que nos es viable extender las redes para la conexión del mismo.

Por otra parte se solicita información e intervención sobre la carencia de alumbrado público y la ausencia de autoridades en la zona que generan ambiente de inseguridad.

- Solicitamos información sobre la terminación de la vía sector Sopo.
- Debido a la falta de información de los futuros usos del suelo de la vereda Siete Trojes, tenemos incertidumbre sobre el destino de nuestros predios, la permanencia en la vereda, y el impacto que estos cambios traerá a la comunidad.
- Se solicita información del porqué; los desechos de construcción son arrojados en los potreros o lotes desocupados que son aledaños a las viviendas, generando problemas de contaminación y de invasión a los predios.

2. Como comunidad solicitamos lo pertinente a su pronunciamiento, es de gran interés por parte de nosotros el saber lo relacionado al futuro de nuestros predios en mención.

ANEXO:

Copia del documento ya conocido por usted y en el cual giraron las discusiones y compromisos ya mencionados en la reunión realizada el día miércoles 12 de septiembre de 2012.

Espero respuesta en el término legal y al amparo del derecho Constitucional invocado a la dirección anota da al inicio de este escrito.

Atentamente,

Nombre de la persona

C.C. de _____

Nombre de la persona

C.C. de _____

C.Co. Planeación

Alcandía Municipal de Mosquera

REFERENCIAS

Alcaldía de Chía (2000). Plan de Ordenamiento territorial, <http://www.chia-cundinamarca.gov.co/>

Alfonso Oscar (2009) Profundización de las relaciones de metropolización de Bogotá con la Sabana. VIII Seminario de Investigación Urbana y Regional. Gobierno de municipios y aglomeraciones urbanas Asociación Colombiana de Investigación Urbana y Regional, ACIUR Instituto de Estudios Urbanos - Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Recuperado de http://institutodeestudiosurbanos.info/dmdocuments/Profundizacion_Relaciones_Metropolizacion_Bogota-Alfonso_Oscar-Documento.pdf.

Amorós Cecilia (2009) Conceptualizar es politizar. En Género, violencia y derecho, Laurenzo Patricia, Maqueda María y Rubio Ana (coordinadoras) Buenos Aires. Editores el Puerto

Ayllón Gutiérrez María Teresa (2003) La inserción Familia-Identidad- Territorio. Estrategias familiares en el entorno rural de fuerte migración. Yucatán a finales del siglo XXI. Universidad Complutense de Madrid España. Trabajo de tesis doctoral. Recuperado de www.uaslp.mx/Spanish/.../María%20Teresa%20Ayllón%20Trujillo.pdf.

Arango Gaviria, Luz Gabriela; Pascale Molinier (2011) (Comps) Antes que todo, el cuidado es un trabajo. En El trabajo y la ética del cuidado Editorial: La Carreta Editores; Escuela Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia.

Ardila Gerardo (2003) (Compilador) Territorio y Sociedad El Caso del Plan de Ordenamiento de la ciudad de Bogotá. Ministerio de Medio Ambiente, Universidad Nacional de Colombia, Red de Estudios de Espacio y territorio, RET, Centro de Estudios Sociales, CES.

Bascuñan Añoover Oscar (2010) Campesinos rebeldes las luchas del campesinado entre la modernización y la globalización. Barcelona, Editorial LA CATARATA.

Ballara Marcela y Soleda Parada (2009) El empleo de las mujeres rurales lo que dicen las cifras. Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) Recuperado de http://www.cepal.org/ddpe/publicaciones/sinsigla/xml/9/35889/empleo_mujeres_rurales.pdf

Barco Carolina y otros (1998) Bogotá–Sabana: un territorio posible. Centro de Estudios sobre el desarrollo económico, facultad de economía, universidad de los Andes –Cámara de Comercio de Bogotá.

Borrero Ochoa Oscar (2008), Ciudad equilibrada en usos y servicios. Localización de comercio, industria y servicios. Recuperado de http://camara.ccb.org.co/documentos/ptciudad_equilibrada.pdf.

Boiser, Sergio (2006) Ciudad región global: Algunas reflexiones para aproximarse al concepto de ciudad – región. Universidad Autónoma de Manizales Recuperado de <http://repositorio.autonoma.edu.co/jspui/bitstream/11182/304/1/Anfora-21-02-Sergio-Boisier.pdf>

Bravo Urzúa Carlos (2002) Hacia una comprensión del construccionismo Social De Kenneth Gergen Universidad Bolivariana Santiago de Chile. Recuperado de <http://www.pruzhanydistrict.com.ar/Hacia%20una%20compresi%20C3%20B3n%20del%200construccionismo%20Social%5B1%5D.pdf>

Castro Romero Vivian Nayibe (2011) El Trabajo de Cuidado en las Mujeres Aseadoras de la Universidad Nacional de Colombia, en: Arango y Molinier (Comp). El Trabajo y la Ética del Cuidado. Universidad Nacional de Colombia. Editorial la Carreta Social. P.257 – 272.

Chayanov Alexander, Kerblay Basile, Tohrner Daniel, y Harrison Mark. (1981) Chayanov y la teoría de la economía campesina. Cuadernos del pasado y del presente. México edición pasado y presente.

Cavelier Carlos Enrique (1992) Relación entre Bogotá y Cundinamarca en Ardila Gerardo (Compilador) (2003) Territorio y Sociedad El Caso del Plan de Ordenamiento de la ciudad de Bogotá. Ministerio de Medio Ambiente, Universidad Nacional de Colombia, Red de Estudios de Espacio y territorio, RET, Centro de Estudios Sociales, CES.

Cetre Castillo Moisés (2011) Bogotá en los años 50: el ABC de sus indicadores Revista Republicana págs. 169-176 Recuperado de <http://revista.urepublicana.edu.co/wp-content/uploads/2012/07/Bogota-en-los-a%C3%B1os-50-El-ABC-de-sus-indicadores.pdf>

Coronell Daniel (2010) Sobrado de lotes. En Perlas del Uribismo Reveladora Radiografía del gobierno de Álvaro Uribe. Bogotá, Colombia Editorial: Random House Mondadori S.A.

Corrales Roa Elcy, Forero Álvarez Jaime (1992) La economía campesina y la sociedad rural en el modelo neoliberal de desarrollo cuadernos de desarrollo rural, Bogotá Universidad Javeriana Catálogo de Publicaciones en Línea. Recurado de <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/desarrolloRural/article/view/3348/2548>

Cortés Lozano Rodrigo (2007) del urbanismo a la planeación en Bogotá (1990-1990) esquema inicial y materiales para pensar la trama de un relato. Publicado en la Revista Bitácora urbano\territorial No 11 (1) 2007.

D'Argemir Dolors Comas (1995) Trabajo, Genero y Cultura, la construcción de desigualdades entre hombres y mujeres. Barcelona Editorial ICARIA.

Dávila Andrés (1994) "Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales". Debate teórico e implicaciones praxeológicas" En Métodos y técnicas de investigación cualitativa en ciencias sociales. Madrid Ed. Síntesis.

Departamento Nacional de planeación - Misión del sistema de ciudades (2013) Evaluación del impacto de la ley 388 de 1997 y sus instrumentos sobre el mercado del suelo en las principales ciudades del país Recuperado de <https://www.dnp.gov.co/LinkClick.aspx?fileticket=QmkbrxdUdN0%3D&tabid=1805#page=9&zoom=auto,82,608>

Donoso Niemeyer Tania (2004) Construccinismo Social: Aplicación del Grupo de Discusión en Praxis, de Equipo Reflexivo en la Investigación Científica Vol. XIII, Nº1: Pág. 9-20. Universidad de Chile. Recuperado de <http://www.revistapsicologia.uchile.cl/index.php/RDP/article/viewFile/17459/18229>

Dureau Françoise y Flórez Carmen Elisa (2005) La movilidad de las poblaciones y su impacto sobre la dinámica del área metropolitana de Bogotá. En Gouëset Vincent, Cuervo, Lulle, Coing, Et al. Hacer metrópoli: la región urbana de Bogotá de cara al siglo XXI. Bogotá: Editorial Universidad Externado de Colombia.

Dureau Françoise y Delaunay Daniel (2005) Poblamiento, acceso a la vivienda y trayectorias residenciales de Bogotá y Soacha (1973-1993). En Gouëset Vincent, Cuervo, Lulle, Coing, Et al. Hacer metrópoli: la región urbana de Bogotá de cara al siglo XXI. Bogotá: Editorial Universidad Externado de Colombia.

Echeverri Ángel Ligia (2004) Tendencias o rupturas de la familia colombiana. Una mirada retrospectiva y prospectiva Departamento de Antropología Universidad Nacional de Colombia.

Escobar Arturo (2007) La Invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo. Caracas Venezuela Edición Fundación Editorial el Perro y la Rana.

Engle Marry Sally (2010) Derechos humanos y violencia de género. El derecho internacional en el mundo de la justicia local. Universidad de los Andes. Editores siglo del hombre.

Estrada Vera Ana Socarras de la Fuente Elena (2004) ¿Modelos de familia en Cuba? Una aproximación desde la cultura, en Familias y Culturas en el espacio latinoamericano. Centro de investigación y desarrollo de la cultura cubana Juan Marinello.

Diario El Espectador (10/08/ 2009) Siguen líos del ex alcalde de Mosquera José Álvaro Rozo. Recuperado de <http://www.elespectador.com/impreso/articuloimpreso155531-siguen-lios-del-ex-alcalde-de-mosquera-jose-alvaro-rozo>.

FAO (s.f) La mujer y la seguridad alimentaria sostenible. Recuperado de <http://www.fao.org/docrep/x0217s/x0217s03.htm>

Fajardo Montaña Darío (s.f) Tierra, Poder Político y Reformas Agraria y Rural Cuadernos Tierra Y Justicia No. 1 Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de www.kus.uu.se/CF/Cuaderno_01.pdf.

Femenías María Luisa (2009) violencia de sexo-génro: el espesor de la trama. En Género, violencia y derecho, Laurenzo Patricia, Maqueda María y Rubio Ana (coordinadoras) Editores el Puerto, Buenos Aires.

Fridemann Sánchez Greta (2011) Ensamblar flores y cultivar hogares. Instituto de Antropología e Historia. Colección Antropología de la Modernidad.

Galeski Boguslaw (1977) Sociología del campesinado, Barcelona Ediciones Península.

Jiménez Mantilla, Fernando (2009): "Hacia la consolidación del territorio urbano del Distrito Capital de Bogotá." Revista de Ingeniería. No 29.

Jiménez, Gilberto (2006) "Cultura, identidad y metropolitismo global" En Revista Mexicana de Sociología. N° 67. UNAM. Instituto de Investigaciones sociales.

Jiménez Reyes Luis Carlos (2001). Organización espacial y región en Colombia en el libro Espacio y Territorios Razón, Pasión e Imaginarios, Bogotá editorial Unilibros.

Giarraca Normas (2004) ruralidades latinoamericanas identidades y luchas sociales. Buenos Aires Clacso.

González Gil Teresa, Cano Alejandra Arana (2010) Introducción al análisis de datos en investigación cualitativa: tipos de análisis y proceso de codificación, Revista de Investigación NURE n° 4. Recuperado de <http://stel.ub.edu/sites/default/files/Tipos%20de%20an%C3%A1lisis%20y%20codificaci%C3%B3n.pdf>.

Gutiérrez de Pineda, Virginia (1975). Familia y cultura en Colombia. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Tercer Mundo.

Helo Juliana y Ibáñez Ana María (2011) Los mercados y la tenencia de la tierra en las áreas rurales. En Colombia en Movimiento un Análisis descriptivo basado en la encuesta longitudinal colombiana de la Universidad de Los ANDES ELCA. Recuperado de

<http://elca-colombiaenmovimiento.uniandes.edu.co/libro/ColombiaEnMovimiento-Completo.pdf>

Herrera Juan (2008) La cartografía social, Recuperado de <http://www.juanherrera.files.wordpress.com/2008/01/cartografia-social.pdf>

Hernández Sampieri Roberto, Fernández Collado Carlos y Baptista Lucio Pilar (2008) capitulo 15 Diseños del proceso de investigación cualitativa. En Metodología de la investigación Cuarta Edición. México Mc Graw Hill.

Gerger Kenneth y Gerger Mary (2011) Capítulo 4 La investigación como práctica construccionista. En Reflexiones sobre la construcción social. España Madrid Ed. Paidós

León Magdalena, (2011) Bibliografía sobre violencias de género. Escuela de estudios de género fondo de documentación mujer y género, programa Integral contra la violencia de género, Fondo de Naciones Unidas y Gobierno de España para el cumplimiento de los Objetivos del Milenio.

León Soler, Natalia (2008) Bogotá: de paso por la capital Universidad Externado de Colombia. Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE. Revista Credencial Historia. (Bogotá - Colombia). Edición 224 Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/agosto2008/bogota.htm>.

Linares Juan Luis (1996) Identidad y narrativa. Terapia familiar en la práctica clínica. Rd. Paidós Iberica Buenos Aires.

Ministerio de Trabajo (2011) Empleo con calidad para Mosquera” Plan Local de Empleo para el municipio de Mosquera. Recuperado de www.mintrabajo.gov.co/.../231-plan-local-de-empleo-de-mosquera-201

Mondragón Héctor y Valderrama Mario (1998) Desarrollo y equidad con campesinos. Bogotá. Editores TM IACA Misión rural.

Moreno Jaramillo Cecilia Inés (2008) La conurbación: rizoma urbano y hecho ambiental complejo. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Ponencia presentada en el VII Seminario Nacional Urbano Regional. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/3363/1/CIM-CONURBACION.pdf>

Moran Edgar (1994) Epistemología de la complejidad. En Fried Schnitman (Compiladora) Nuevos paradigmas cultura y subjetividad. Barcelona Ediciones Paidós Ibérica

Ospina Robledo rosa Inés (1998). Para empoderar a las mujeres rurales. Editores Misión rural. IICA TM

Osorio Pérez Flor Edilma (2007) “Allá se sufre mucho... pero se vive mejor”. Identidades campesinas desde lo perdido: los desplazados y sus percepciones. Recuperado de http://kt.micrositios.net/action.php?kt_path_info=ktcore.actions.document.view&fDocumentId=11556.

Ortiz Ávila María Natividad (2012) Percepción De Las Madres Con Respecto Al Peso Corporal De Sus Hijos Y Sus Prácticas De Alimentación. Universidad Autónoma De Nuevo León Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano http://eprints.uanl.mx/3433/1/Mar%C3%ADa_Natividad_%C3%81vila_Ortiz_Percepci%C3%B3n_de_las_madres_con_respecto_al_peso_corporal_de_sus_hijos_y_sus_pr%C3%A1cticas_de_alimentaci%C3%B3n.pdf.

Navarrete Mejía Julio (2011) Problemas centrales del análisis de datos cuantitativos. Revista latinoamericana de Metodología de la investigación social. No P. 47-60 Argentina. Recuperada de <http://www.relmis.com.ar/ojs/index.php/relmis/article/download/11/13>.

NOGUERA, José Antonio (2002) El concepto de trabajo y la teoría social crítica. Universidad Autónoma de Barcelona. Barcelona.

Nullvalue (1996) Mosquera se Prepara para Afrontar con Éxito su Futuro. Publicación eltiempo.com. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-480623>.

Pachón Ximena (2007) La familia en Colombia a lo largo del siglo XX. Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.

Pakman Marcelo (1997) Construcciones de la experiencia humana. Vol. II Ed. Gedisa, Barcelona España.

Perter Berger y Thomas Luckmann (2001) La construcción social de la realidad. Buenos Aries Argentina. Editores Amorrortu.

Pérez Ramírez Gustavo (1954). Nivel y género en la vida de los campesinos. En el campesinado colombiano un problema de estructura. Bogotá editorial Iqueima.

Puyana Yolanda Ramírez María Himelda Editoras (2007) Familias, cambios y estrategias. Secretaría Distrital de Integración Social, Alcaldía Mayor de Bogotá. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Trabajo Social, Centro de Estudios Sociales – CES Grupo de Estudios de Familia

Piergiorgio Corbetta (2010) Capitulo 1 Los paradigmas de la investigación social. En Metodología y técnicas de investigación social. Italia Editorial Mc Graw Hill

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD. (2011) Colombia Rural. Razones para la esperanza. Informe Nacional de desarrollo Humano Resumen ejecutivo.

Puyana Villamizar Yolanda y Barreto Gama Juanita. (2010) La historia de vida: recurso en la investigación cualitativa. Reflexiones metodológicas Universidad Nacional de Colombia; Colombia. Recuperado de <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/rt/metadata/14265/0>.

Rodríguez Diana del Pilar y Cepeda Cuervo Edilberto (2011) Concentración de la tierra en Colombia. Revista Comunicaciones en estadística Universidad Santo Tomas. Volumen 4 No. 1 Recuperado de revistas.usta.edu.co/index.php/estadistica/article/download/200/162

Rodríguez Pablo (1997) Sentimiento y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII. Santafé de Bogotá. Ariel Historia.

Salgado Araméndez Carlos (2010) Los campesinos imaginados. Cuadernos Tierra y Justicia No 6. Recuperado de <http://www.kus.uu.se/pdf/publications/cuaderno.pdf>

Sautu Rut, Boniolo Paula, Dalle Pablo, Elbert Rodolfo (2005) Manual de metodología Construcción del marco teórico, formulación de objetivos y elección de la metodología. Buenos Aires. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Secretaria de Planeación Distrital- Alcaldía Mayor de Bogotá. (2010) “Integración Regional y Cooperación: Avances, Logros y Retos” 2008-2011. Recuperado de <http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/SeguimientoPolíticas/politicaIntegracionRegional/Banco%20de%20Documentos%20de%20Integraci%F3n%20Regional/bancoDocumentos/B62D9AF8ED8839CCE040080A6E0A0FA4>.

Secretaria de planeación de Cundinamarca (2011) Programa Nacional de Asistencia Técnica para el Fortalecimiento de las Políticas de Empleo, Emprendimiento y Generación de Ingresos en el ámbito Regional y Local. Diagnóstico municipio de Mosquera. Recuperado de http://www.mintrabajo.gov.co/component/docman/doc_download/148-mosquera.html.

Shanin Teodor (1979) Campesinos y sociedades campesinas. México Fondo de cultura económica.

Universidad Distrital Francisco José de Caldas (1995) Vidas en el umbral Aproximación al problema de la identidad cultural. Bogotá Cundinamarca. Publicado por Colectivo de Maestros.

Torres Carrillo Alfonso (1996) La Sistematización como Investigación Interpretativa Crítica: Entre la Teoría y la Práctica Seminario Internacional Sobre Sistematización y Producción De Conocimiento para la Acción Santiago de Chile. Recuperado de <http://www.alboan.org/archivos/536.pdf>.

Torres Mazuera Gabriela (2008) Los productores maiceros de Emilio Portes Gil: de campesinos de subsistencia a agricultores de medio tiempo en un ejido que se urbaniza y Transformación identitaria en un ejido rural del centro de México. Reflexiones en torno a los cambios culturales en el nuevo contexto rural. En *¿Agricultura sin ruralidad?* Colegio de México.

Torres Vélez Irene, Gaona Rátiva Sandra y Corredor Varela Daniel (2012) Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afro descendiente de la cuenca alta del río Cauca. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=281823592005>.

Thorner Daniel (1979) La economía campesina en la historia económica. En Shanin Teodor (1979) *Campesinos y sociedades campesinas*. México Fondo de cultura económica.

Utria Rubén Darío (1998) La metropolización de Bogotá y la Sabana. Sociedad Colombiana de Planificación. Recuperado de http://www.sogeocol.edu.co/documentos/metropol_sabana.pdf

Strauss Lévi Claude (1964) *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia* Edición, 7ª ed. Publicación, México, D.F. Fondo de Cultura Económica,

Valdés Ximena (2004) *Familias en Chile: rasgos históricos y significados actuales de los cambios*. En Arriaga Irma y Aranda Verónica (Comp.) *Cambio De Las Familias En El Marco De Las Transformaciones Globales*. CEPAL.